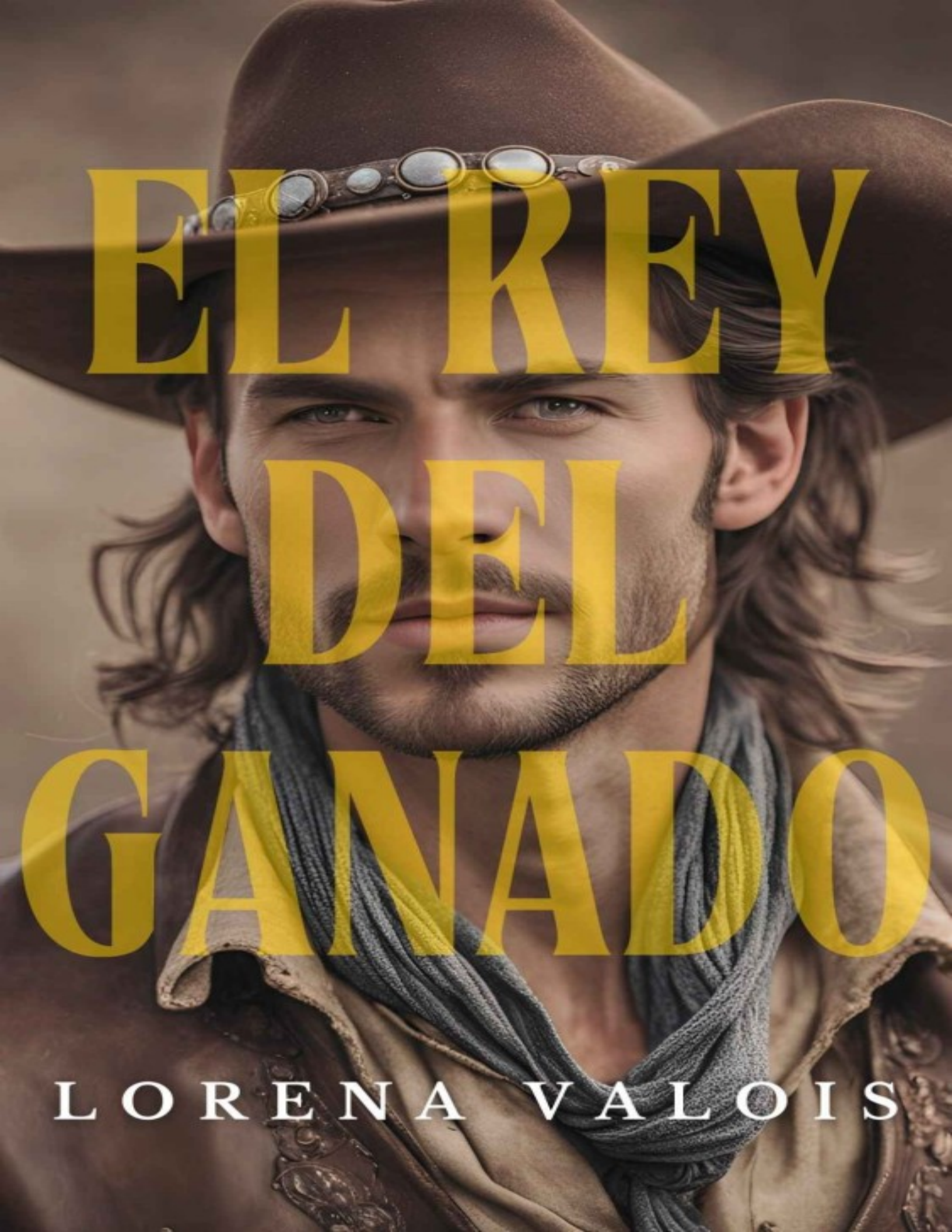

EL REY
DEL
GANADO
LORENA VALOIS

EL REY DEL GANADO

LORENA VALOIS

Autora: LORENA VALOIS

Edición y Corrección: ROGUE

Portada: ROGUE

Copyright © 2025 Lorena Valois

Todos los derechos reservados a nombre de la autora de la obra

Todos los nombres y situaciones utilizadas o nombradas dentro de la obra son meramente ficticias y con sencillo efecto de entretenimiento.

GRACIAS POR HABER DESCARGADO ESTE EBOOK

Dedicado a mis queridos lectores del mundo

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

EL REY DEL GANADO

CAPÍTULO 1

Virginia, 1861

Matilda observó el espejo con detenimiento para controlar el peinado que le había hecho Matty, su esclava.

La joven no era partidaria de castigar con golpes a los esclavos de la mansión, pero con Matty le estaba difícil mantener la paciencia. Llevaba semanas adiestrándola en técnicas de peluquería y a la muchacha le costaba seguir el ritmo de su exigente patrona.

—Por esta vez, lo dejaremos así —anunció Matilda levantándose y dándose por vencida—. Pero espero que puedas pulir lo que te falta porque llevo tiempo enseñándote.

Alisó su vestido y dio otro vistazo a su aspecto.

El espejo devolvía la juvenil y atractiva imagen de una mujer de diecisiete años, con piel de porcelana, cabellera oscura y profundos ojos café. Un esbelto talle sumado a su gran gusto para vestir terminaba de coronar de sofisticación su figura.

Si alguien que no la conociese, se cruzara con ella en la mansión, sería imposible que no se diese cuenta de que se trataba de Matilda Tulstan, la única hija y heredera de David Tulstan, propietario de la Trixera, la extensa y fructífera plantación de algodón y arroz ubicada en el condado de Richmond, Virginia.

Matilda sonrió con el reflejo, profundamente satisfecha con su imagen, pese al desliz del peinado con Matty.

Consciente de su belleza y dueña de un ingenio orgulloso, fruto de la educación y el mimo preferente de su progenitor, Matilda creció entre algodones pese a haberse criado sin una figura materna principal, ya que su madre falleció en el parto.

El señor Tulstan pudo haberse casado cuando su hija era pequeña, pero se negó a hacerlo, ya que aún añoraba a su mujer. Cuando Matilda creció, ella fue la encargada de espantar a las candidatas que revoloteaban a su padre como cuervos.

Fue así como quedó determinado que la heredera de Trixera sería Matilda y eso no cambiaría nunca, así que la joven sabía cuál era su destino y su lugar en el mundo, en el pedestal donde fue criada y donde se suponía debía mantenerse por siempre.

Por ello se cultivaba todo lo que era posible. Asistió a una escuela de niñas exclusiva para hijas de terratenientes de la zona y siempre tuvo tutores en su casa, contratados por su padre, porque Matilda sabía que, si pretendía lidiar con las tierras de su padre y todo lo que implicaba, debía estar bien preparada.

Al bajar las escaleras, entornó los ojos al notar que su prima Lydia venía corriendo con los bordes del vestido sucios de barro.

—¡Prima!

—¿Estas feliz por manchar tu vestido tan temprano? —le increpó severa

Pero Lydia daba saltitos de felicidad, como si fuera niña pequeña.

—Ya llegaron los vaqueros a la plantación ¡aceptaron trabajar esta temporada para tío David!

Matilda hizo una mueca de desagrado.

—No puedo creer que unos cuantos obreros te den felicidad ¿acaso no aprendiste que no deberías de confiar en un texano?

—Pero por algo todas las fincas siempre pelean por sus servicios y esta vez de nuevo, el tío David ganó la pulseada —razonó Lydia

Matilda hizo un gesto a Lydia para que la siguiera. El desayuno estaba por servirse y no le gustaba comer sola.

Y la única razón de permanencia de Lydia en la finca, además de que su familia era pobre y no podía mantenerla, es que debía fungir de compañía para su altiva prima.

Al pasar por el lado de la ventana, pudo notar a los mentados vaqueros mencionados por su prima, mientras entraban al establo.

Claro que Matilda los conocía.

Eran unos vaqueros texanos que venían al Sur cada año y permanecían en el pueblo unos seis meses por temporada, prestando servicios por los cuales eran muy bien pagados porque eran muy requeridos para doma de caballos.

Y no había mejores que los texanos para ese trabajo. Año tras año, las fincas se disputaban sus servicios, pero desde hace un año, esos rudos vaqueros sólo aceptaban trabajar para Trixera.

Y eso es lo que justamente más le disgustaba a Matilda.

El líder del grupo era un hombre joven al que apodaban Brazo de Hierro, supuestamente porque era el hombre más fuerte del Oeste y uno de los más experimentados pese a su juventud.

Pero Matilda lo detestaba, porque ese gigante maldito de ojos azules, hace un año atrás la vio en su lado más vulnerable cuando la salvó de una serpiente que se había colado cerca del invernadero.

Ella estaba saliendo del área cuando se topó con la serpiente, paralizándola de miedo. Los esclavos de la casa la vieron y se asustaron. Sólo el hombre desconocido a bordo del caballo fue capaz de saltar y arrojarle un cuchillo certero a la cabeza del reptil.

Fue la primera vez que lo vio.

Era un gigante de cabellera oscura, con ropas de vaquero y un sombrero café. Cubierto de polvo y ondeando una sonrisa burlona.

Ella nunca había visto un hombre tan alto y de aspecto tan recio por la notoria musculatura aún bajo la ropa. Daba miedo pese a tener un rostro varonil y armonioso que se coronaba con un par de enormes ojos azules.

Alzó el cadáver de la serpiente, para horror de Matilda.

—De donde vengo, las damas nos recompensan con besos cada vez que las salvamos de algún animal y pienso que en el Sur no debe ser una excepción.

El susto inicial de Matilda se disipó, trayendo aparejada una ira feroz.

Le dio una cachetada al desconocido, que no se movió un ápice pese a la brutalidad del golpe. Para rabia de Matilda, el hombre siguió sonriendo exhibiendo una dentadura completa. Una rareza en esos hombres de vida salvaje.

Por un momento tuvo la tentación de ordenar que le trajeran el látigo y castigarlo como si fuera un esclavo de su plantación, pero se abstuvo.

El vaquero salvaje era un contratista independiente al que todos querían contratar y no tuvo más remedio que contenerse, pese a que el recuerdo de su sonrisilla insolente la molestó toda la temporada.

Hubo un par de encuentros más y siempre él haciendo gala de su fuerza y posición masculina, como cuando tuvieron que pedirle su ayuda para quitar un baúl pesado de la casa. Un trabajo que solía tomar tres esclavos, él podía realizarlo sin esfuerzo alguno, así que su sobrenombre de Brazo de Hierro se lo tenía bien ganado.

Lo otro era el imán que representaba para todas las jóvenes, amigas de Matilda que visitaban la casa. Todas querían tomar la clase de equitación o simplemente verlo cuando domaba unos potros salvajes en el establo y las barbacoas de Trixera se llenaban, para ver el espectáculo de los texanos domando caballos.

Para los finos caballeros sureños, aquello era una rareza y para las damas, era algo que nunca imaginaron que un hombre blanco era capaz de hacer.

Lo peor fue esa tarde cuando ese entrometido la salvó de romperse el cuello evitando que cayera del caballo.

Esa vez su caballo, usualmente dócil, pareció volverse loco sacándola a galope sin control. Él único que se atrevió a abordar su caballo y seguir la carrera fue ese hombre, quien tuvo el atrevimiento de cogerla del talle para salvarla de una caída.

Todos celebraron la audacia del texano, pero Matilda lo tomó como una afrenta y más cuando recordaba la sonrisa burlona de él y peor, la calidez de su mano rodeándole el talle.

Cuando él se marchó aquella vez, Matilda suspiró aliviada.

Ya no debía preocuparse de encontrarlo en cualquier parte de sus jardines o de verse obligada a realizar barbacoas con las amigas que pedían verlo.

Pero ahora había vuelto, para su desgracia.

Acabado el desayuno, Matilda obligó a Lydia que se cambiara el vestido manchado y luego siguió a su padre al despacho para leer unas cartas que acababan de llegar.

—¿Llegó carta de Boston, padre? —preguntó ansiosa.

—Apenas ha pasado una semana de la última, tu primo es una persona muy ocupada y no esperarás que escriba cada tres días —observó David Tulstan mientras examinaba unas cartas de negocios.

Matilda se dejó caer en el sillón, desganada.

Las únicas cartas que esperaba siempre eran las de su primo materno Jeremiah Morley, un joven banquero residente en Boston, que ahora administraba el patrimonio que fuera de su familia.

El atractivo Jeremiah vivió en Trixera durante tres años antes de marcharse a Boston y esos pocos años sirvieron para crear un vínculo hacia él que creía irrompible.

Jeremiah Morley era rico y de ilustre apellido. Además, era guapo, a tenor del ultimo retrato que había enviado, y que terminó por alimentar las fantasías de su prima, que tenía idealizado a su primo como el hombre perfecto y él único que se merecía su mano.

Por ello mantenía correspondencia frecuente con él.

Y él, atento siempre enviaba regalos para su adorable prima.

Así que pasaba sus días, esperando sus cartas, donde anunciase su visita para finalmente pedir su mano en matrimonio. Ella se estaba reservando para él, y aunque en Richmond le sobraban pretendientes atraídos por su belleza y su posición de heredera, ella los rechazaba a todos, porque en su corazón, ya tenía decidido que sólo se casaría con su primo.

Su padre sabía de las ideas de su hija, y aunque no era contrario a aquella unión, también lo veía como un espejismo de juventud que podía disiparse en cualquier momento, con la aparición de algún galán que le quitara esas ideas a Matilda.

Su heredera debía casarse con un buen hombre, capaz de lidiar con Matilda y con Trixera.

El viejo David Tulstan miró de reojo a su hija.

—También recibí una propuesta matrimonial para ti…

—¿Es de mi primo?

Su padre negó con la cabeza.

—Entonces ya sabes la respuesta.

—El caballero en cuestión me pidió permiso para hablarte de esta propuesta y su franqueza me tomó por sorpresa, así que no te sorprenda que te lo pregunte en cualquier momento.

Matilda entornó los ojos, el asunto no le interesaba. Ni se preocupó en preguntar por la identidad del muy tonto que pronto seria rechazado. En realidad, podría ser cualquiera, porque todos los jóvenes que venían a visitar Trixera, ya sean hijos de otros terratenientes o de condados vecinos, lo hacían porque tenían puestos sus ojos en ella, quien coqueta tampoco los desalentaba por vanidad femenina.

Esa noche se celebraba una cena en la casa y tenían invitada a varias familias de la zona, y Matilda se había comprometido a preparar una especialidad única: un estofado de carne con patatas y arroz.

Matilda no conoció a su madre, salvo por un cuaderno de recetas escrito por la propia señora Tulstan con descripciones de sus platillos favoritos.

Las señoritas de las casas como ella no acostumbraban cocinar, pero la difunta señora Tulstan fue una experta cocinera y fue por ello que Matilda se obstinó en aprender, siempre cuidando que sus delicadas manos no se vieran mancilladas en la tarea. Las esclavas de la cocina se afanaban cortando las verduras y carnes y Matilda terminaba de hacer la magia, siguiendo estrictamente las recetas de su madre.

Su estofado ya era una pequeña leyenda que todos alababan y hoy volvería a prepararlo para que los degustaran los comensales en la cena.

Quizá poniéndoles buena comida en la boca, dejarían de hablar de un tema recurrente en todas partes hoy en día que era el inminente estallido de la guerra.

Los caballeros sureños estaban convencidos que separarse de la Unión era lo mejor ya que ese maldito presidente Abraham Lincoln apareció trayendo esas ideas tan peligrosas como lo era la de abolir la esclavitud, que pondría en peligro el modo de vida del Sur.

Separarse de la Unión y unirse a la Confederación, como lo hicieron muchos estados como Carolina del Sur o Georgia, en represalia a las ideas de Lincoln.

Eran días de mucha tensión, pero de extraña algarabía de los jóvenes, queriendo ir a luchar por sus ideales y más porque hace apenas el día anterior, el ejército confederado atacó Fort Summer en Charleston, como intento de sustraerlo del control del gobierno federal.

Todos aguardaban noticias de las consecuencias de aquel ataque.

Matilda suspiró. Esperaba que ninguna tontería relacionada con la guerra arruinara su cena.

Su mente juvenil y ocupada en otras cuestiones, consideraba a la guerra como algo lejano y propio de hombres que nunca tendría consecuencias para ella.

Pensaba eso mientras aliñaba la comida y dirigía a las esclavas.

Se le ocurrió que podría llamar a Lydia para mortificarla.

Seguro estaba espiando a los texanos mientras la auténtica señorita de la casa preparaba la comida.

Tendría que darle una lección a Lydia en breve, ya le faltaba un escarmiento para que se acordara de su lugar.

Cuando acabó con todo, se encontraba absolutamente cansada, así que se Matty se apresuró en quitarle el delantal y traerle un cubo de agua para limpiarle las manos y otras áreas visibles, antes de ir a prepararle el baño.

Sería inadmisible que algún invitado la viera en esas fachas.

—Caminaré un momento por los jardines, así que ve y asegúrate de que el baño esté listo, no quiero encontrarme con la sorpresa de que faltan jabones o sales ¿entiendes? —aseveró a Matty como advertencia.

Iba a pasear unos minutos, luego echaría un vistazo al comedor que seguramente ya fue organizado por Mara, la enorme matrona negra que fungía de ama de llaves en Trixera antes de finalmente asearse con agua bien tibia y enfundarse en algún sugerente

vestido, que haría olvidar a sus invitados de la guerra, la confederación o Lincoln.

Cuando cruzó cerca del invernadero, una sombra le salió al paso. Y eso la asustó, porque ningún esclavo se atrevería a cortarle el paso a su ama.

Abrió mucho los ojos al notar que se trataba de aquel texano, quien caminó unos pasos hacia ella. Estaba vestido con una camisa extrañamente limpia y con el sombrero en la mano.

Sin duda, un hombre demasiado atractivo para ser un simple vaquero.

Dio un paso hacia atrás.

—¿Qué está haciendo usted aquí? Este no es el establo —le recriminó la joven.

Él no portaba la misma sonrisa socarrona de siempre.

En cambio, mantenía su rostro serio y no exento de nerviosismo. Eso podía notarlo por el brillo particular de sus ojos claros.

—Su padre, el señor Tulstan me permitió hablar con usted —dijo él—. No sé si usted sabe que mi nombre es Luke Garrett.

Ella se encogió de hombros.

—No necesitaba recordarme su nombre completo, creo que llamarlo con su apodo de Brazo de Hierro es suficiente —Matilda no entendía que quería ese sujeto—. Como sea ¿a qué ha venido?

—Porque quiero cambiar eso —declaró él—. Desde que la vi el año pasado, sólo tuve una cosa en mente al venir a Richmond y era hacerla mi esposa —él sonrió de lado—. He alcanzado a pensar en usted, más de que lo pensaría en un plato de frijoles y a decir de un vaquero, eso es bastante.

Él se atrevió a dar un paso más.

—Usted tiene una fortaleza que es difícil de olvidar.

Matilda escuchaba impávida e incrédula.

No sabía si era por tensión de saberse abordada por un hombre tan guapo o por la indignación de saber que el pretendiente del cual le habló su padre era aquel texano.

Pasado los segundos iniciales de la sorpresa, dejó relucir todo su enfado snob.

¿Cómo se atrevía ese sucio vaquero a insinuársele?

—¿Qué demonios se ha creído usted? ¿Quién le dio las agallas para atreverse a pensar que podía acercarse a mí con esas intenciones? —Matilda puso sus brazos en jarras sin ninguna intención de dar un rechazo amable—. Es usted un muerto de hambre salido de algún agujero de Texas ¿Cómo se atreve a decirme esto?

El joven parpadeó confuso. Si sabía que la joven Tulstan tenía un carácter fuerte y justamente eso fue lo que le gustó de ella, sumado a su gran belleza, pero no imaginó que ella dejara salir tanta violencia para rechazarlo.

Ella comenzó a alejarse, no tenía ninguna intención de seguir conversando con ese atrevido palurdo, que además la comparó con un plato de frijoles.

Él permaneció callado mientras ella se marchaba, sin despedirse ni añadir más.

Durante toda la travesía desde Texas a Richmond con sus compañeros pensó en las palabras correctas para pedirle matrimonio, siempre y cuando su padre se lo permitiera.

No sabía si era amor o eso de lo que tanto hablaban las mujeres, pero sí le gustaba. Lo suficiente como para quererla para él.

Su tío el viejo Leroy, quien era uno de sus compañeros le advirtió que sería mala idea. Las muchachas sureñas no eran como las texanas.

Pero Luke no quería perder la partida.

Como el señor Tulstan no se mostró contrariado, Luke decidió hacerlo.

Era capaz de mudarse al sur por ella, porque ya el padre le advirtió que el lugar de Matilda era Trixera y eso no era negociable.

Su orgullo masculino se encontraba herido, pero tampoco sorprendido.

¿Quién le mandaba que le gustara una joven tan difícil y de posición social tan diferente a la suya?

.

.

.

Matilda entró al despacho de su padre sin anunciarse.

—Papá ¿Por qué no me dijiste que el pretendiente era ese texano? Un hombre sin nombre ni fortuna ¿tiene el atrevimiento de pedir matrimonio en nuestra casa?

David dejó los papeles sobre el escritorio.

Como suponía, a Matilda no le gustó nada aquella propuesta.

Y con lo empecinada, le sería difícil explicarle a su terca hija que, si había aceptado que ese rudo vaquero le hablara, fue porque le agradó el tono franco con el que le habló.

—Le prometo que ella nunca estará desprotegida y la cuidaría con mi vida.

Que usara las palabras "protección a costa de mi propia vida" fue lo que le agradó al hombre.

Algún día, Matilda quedaría sola en el mundo, con Trixera a cuestas. Y no parecía agradarle ningún hijo de los vecinos, porque los rechazaba a todos. La perspectiva del primo Morley no terminaba de ser real para el viejo David. Si ese moscón realmente quisiera casarse con Matilda, ya hubiera venido desde Boston a asegurarse el botín.

Pero si un hombre fuerte como Luke Garrett, un texano sin problemas de mudarse al sur acababa siendo el marido de su hija, podía sentirse en paz de que su hija quedaría protegida.

Pero viendo su reacción, quizá fue mala idea.

—Aunque lo hayas rechazado, espero hayas mantenido cierta educación al hacerlo. Lo invité a cenar hoy y no quisiera que fuera demasiado incómodo para nadie.

Matilda bufó con la cabeza.

Por supuesto que sería una cena incomoda.

—Ya te dije muchas veces que con la única persona con la que voy a casarme es con el primo Jeremiah Morley.

Dicho eso, la joven se marchó ofuscada.

Ese texano no sólo le había arruinado la temporada con su presencia, sino también la cena de hoy.

.

.

.

En la larga mesa de los Tulstan se dispusieron las deliciosas fuentes de ensaladas y cremas. Pero el plato estrella era el estofado tan famoso de la señorita Tulstan.

Estaban invitados todos los vecinos más cercanos, los Jones, los Williams, los Miller y los Brown.

Y en el medio de todos ellos y los anfitriones, se encontraba Luke Garrett en una incómoda posición. Todos hablaban enérgicamente de la guerra y que Virginia pronto tomara posición dentro de la Confederación.

Matilda permanecía en silencio junto a las otras muchachas. Lydia estaba sentada a su lado y fue la que notó las extrañas miradas que le dirigía el vaquero a ella.

—El señor Garrett te mira de forma extraña —le susurró Lydia

—Ese palurdo se atrevió a pedirme matrimonio —le respondió Matilda en voz baja.

El franco rostro de Lydia se llenó de sorpresa y le sonrió a su prima.

—A mí no me hubiera molestado que un hombre como ése me hubiera propuesto ser su esposa…

Matilda le dirigió una mirada feroz a su prima.

—Eso lo dices porque eres pobre —y siguió comiendo, ignorando la palidez del rostro de su prima al oír aquel comentario tan ofensivo.

De pronto, uno de los Jones le preguntó algo a Luke.

—Señor Garrett ¿piensa enlistarse usted? Texas forma parte de la confederación.

Brazo de Hierro dejó de comer.

—No estoy de acuerdo con pelear guerras que no se puedan ganar, la confederación nunca podrá ganarle a la Unión, aunque no les guste escucharlo, no tenemos el mismo armamento ni las mismas fábricas. Sin contar los bloqueos…mucha sangre se derramará en vano.

—¡No pretenda creer que un yankee pueda ganarle a un caballero del sur! —contestó otro

—¡Los yankees de la Unión no podrán contra nosotros! —vociferó otro.

Luke ya estaba arrepentido de dar su sincera opinión, pero no pensaba mentir en ese aspecto. La guerra le parecía absurda.

Notó que Matilda lo miraba con más desprecio. Si albergaba alguna esperanza que ella cambiara de opinión, eso acababa de echarse a perder.

Maldita la hora que aceptó cenar con ellos y más conociendo como eran los entusiastas sureños con respecto con la guerra que se avecinaba.

Iban a seguir las discusiones, pero alguien entró repentinamente al comedor, sobresaltando a todos. Era uno de los mensajeros del señor Meade, uno de los delegados de Richmond.

Se acercó y le habló al oído al señor Tulstan, quien palideció al oír lo que el mensajero le susurró.

Todos estaban expectantes ante el mensaje.

David se levantó.

—Señoras y señores, Lincoln acaba de hacer un llamado a la Unión para invadirnos, como respuesta al ataque de Fort Summer en Charleston.

Todos los comensales se levantaron.

—La guerra oficialmente ha comenzado …y Virginia se ha separado de la Unión y entró a la Confederación —dijo el señor Tulstan con voz trémula—. Iremos a la guerra.

Fue como una mecha que dispersó confusión en la mesa con la extraña algarabía que se instauró entre los hombres, felices al fin de

que la guerra comenzara para darle una lección a esos yankees.

Las mujeres quedaron relegadas ante la estampida de los caballeros de la mesa.

Sólo uno de ellos permaneció en silencio hasta que minutos después se escabulló silenciosamente del lugar.

Luke Garrett no tenía pensado participar de aquella charla.

Si la guerra había comenzado, era necesario hacer planes. Y siendo que Matilda Tulstan lo rechazó, nada él tenía que hacer allí.

Se dirigió al establo, para despertar a los otros tres vaqueros que conformaban su grupo y ponerlos al corriente, pero sintió que alguien lo seguía corriendo a sus espaldas. Al darse vuelta, se dio cuenta que se trataba de Matilda.

Ella si se había dado cuenta que él escapó de esa mesa.

—Señorita Tulstan, imagino que viene a dejarme unas palabras para despedirme…

—Todos los hombres de verdad irán a la guerra y usted está huyendo ¿verdad? Hice bien en rechazarle.

Luke se masajeó el puente de la nariz.

—La guerra es estúpida, pero eso no significa que la vaya a eludir, así que volveré a mi tierra a esperar por ella.

—Y en caso de ser así ¿peleará por la confederación?

—Preferiría no hacerlo, pero ¿acaso tengo opción? Ya los caballeros de su distinguida mesa dejaron en claro que sólo ellos podrían darle una lección a los de la Unión —Luke rió—. Son gente que se asusta ante la visión de un cordero muerto ¿Cómo cree que les iría viendo un cadáver mutilado?

A Matilda le ofendió profundamente la crudeza de ese hombre.

Pero, aunque él se veía duro, sus ojos azules se notaban cansados y tristes.

Meneó la cabeza.

—Suficiente de mí —colocándose el sombrero—. Me marcho, señorita Tulstan y es probable que no volvamos a vernos —quitó un pequeño broche de madera que emulaba a un caballo y que tenía grabado "Brazo de Hierro "y se lo pasó a la joven, quien miraba el

objeto, pero sin tomarlo—. Es para usted, se suponía que se lo diera como regalo de boda.

Matilda hubiera preferido dejarlo caer, pero por la extraña pizca de conmiseración que se apoderó de ella, lo cogió, pero pensando que lo tiraría a la basura apenas ese texano atrevido desapareciera de su vista.

—Adiós, señorita Tulstan —y se perdió en el interior del establo, que ya tenía bastante movimiento con los vaqueros del grupo de Brazo de Hierro ensillando caballos y cargando sus alforjas. Todos se marchaban a galope también.

Matilda comenzó a caminar hacia la casa, y sólo miró atrás una sola vez cuando los caballos salieron.

Distinguió la recia espalda de su ex pretendiente en la oscuridad antes de perderse definitivamente en la oscuridad.

Fue la última vez que vio a ese osado de Luke "Brazo de Hierro" Garrett.

CAPÍTULO 2

Virginia, 1865

Matilda miraba sus uñas negras, por causa de haber escarbado toda la mañana para recolectar patatas.

Se quitó el velo protector sin atreverse a mirar el trozo de espejo roto que estaba pegado a la pared.

Donde antaño se encontraba un hermoso tocador con espejos, hoy sólo quedaba eso.

Como el resto de la antigua casa principal en Trixera, que era lo único que seguía en pie porque los establos y graneros fueron completamente destruidos en la última incursión del general yankee Sherman.

La guerra acababa de terminar oficialmente cuando el general confederado Lee se entregó al general Grant de la Unión, dando por cerrado por un sangriento capítulo de la historia americana, donde el sur quedó sepultado bajo las brasas de la contienda, donde cientos de miles de valientes confederados se perdieron para siempre en esos rescoldos donde tuvieron que bajar la cabeza ante el Norte.

Matilda se acercó a mirar por la ventana, para asegurarse que tanto Matty como Lydia siguiera recogiendo las patatas.

Matty y el negro Sam eran los únicos esclavos que no escaparon en esos años, más por temor a lo desconocido además en Trixera siempre los habían tratado bien y además el señor David siempre se aseguraría de alimentarlos.

Realmente el primer año de la guerra, el asunto de la guerra no fue difícil en Trixera, las incursiones no llegaban a esa zona y había abundante comida aún.

Y para Matilda, alejada de esos asuntos de la guerra, pasaba las semanas organizándose con las otras damas en lo comités hospitalarios y rifas para recolectar fondos para La Causa.

David Tulstan no fue alistado porque era demasiado viejo para hacerlo, pero se presentó como activo colaborador en todas las actividades de ayudas, y Matilda tras su padre, aunque ella con menos convencimiento que su padre. Ella lo hacía más por una cuestión social, porque era la única oportunidad para salir de casa, asistir a comidas o rifas.

Pero poco a poco las cosas se fueron agravando, primero con el bloqueo yankee, que no permitía que preciadas mercancías como té, café, telas y muchos otros enseres domésticos llegaran al sur. Se recurría al contrabando, pagando como mil veces más el valor de aquellos objetos.

David Tulstan previsor, mandó ensanchar todas las huertas que poseían, sin descuidar el algodón, aunque poco a poco iban quedándose sin negros que los recogieran, porque varios escapaban. Pero el hombre estaba convencido de que Trixera debía poder fabricar su propia comida, así que hizo plantar todo tipo de legumbres y verduras.

Cuando la contienda se fue agravando aún más, el viejo Tulstan mandó hacer agujeros tras la casa principal que emulaban a trincheras cerradas, como sitios para ocultarse en caso que los yankees entraran al pueblo, con suficiente lugar para diez personas y al menos una vaca.

Gracias a su padre, Matilda no decayó en ningún momento, aun cuando muchas cosas comenzaban a escasear. Por ejemplo, tuvieron que entregar todas sus joyas para la Causa.

Lo único que guardaron fue el anillo que fuera de su madre, después no quedó nada.

Esos años de supervivencia sirvieron a Matilda para tranquilizar parte de su altivez natural y ya no era tan dura con su prima Lydia.

Lo otro que le daba vida eran las cartas que llegaban de Boston de su primo Jeremiah Morley.

Matilda hubiera querido escapar de ese desastre y casarse con él de una vez, pero amaba demasiado a su padre como para dejarlo.

Lydia le pidió permiso para marcharse a Boston, pero Matilda no se lo permitió. No iba a quedarse sola, además ¿Qué tenía que hacer su prima tonta en ese lugar?

Sobrevivieron a dos incursiones yankees en Trixera, en la primera robaron todas las gallinas y las vacas. También se llevaron todos los caballos que pudieron, pero no se toparon con nadie ya que como David Tulstan previó pudieron guarecerse todos en las trincheras ocultas junto a dos vacas y una cesta de carne seca y otro tanto de vegetales.

Esos primeros yankees no saquearon la casa a fondo, pero meses después si fue peor porque los invasores resultaron ser unos desertores que robaron hasta las cortinas y quemaron la huerta.

De nueva cuenta la trinchera, salvó a los habitantes de la casa de ser asesinados o las mujeres violadas.

Pero lo de la huerta fue un duro golpe.

Tuvieron que reconstruirla, y ya para aquel entonces en Trixera solo quedaban Matilda, su padre, Lydia, Matty y Sam.

Las noticias que venían aun eran más desesperantes.

Todos los jóvenes que conocían, que fueran hijos de otros terratenientes o habían muerto en el frente o hechos prisioneros.

Muchos vecinos de Matilda, de los que sobrevivieron acabaron huyeron así que literalmente Trixera estaba sola.

Pero cuando aparentemente se daría un respiro con el posible fin de la guerra ya que el sur prácticamente ya no tenía hombres ni suministros, le llegó un mensaje al señor David Tulstan de que el alto mando confederado tomó conocimiento de que Trixera aún tenía reservas alimenticias. Se los pedían para la Causa.

Fue así que el propietario de Trixera tuvo que ensillar una carreta con un caballo y llevarse a Sam con él para cumplir con el pedido.

—¡Con todo el sacrificio que hemos hecho ya! ¿quieren que entregues lo poco que nos queda? —se quejó Matilda.

David Tulstan no tuvo más remedio que abrazar a su hija, quien aún no entendía que el suministro no podría llevarlo Sam solo, sino

que él mismo debía encargarse, porque era una orden del Alto Mando.

Su padre se marchó al día siguiente, con Sam rumbo a Charleston.

Dejó a Matilda con numerosas instrucciones con respecto a la trinchera y lo de racionar los alimentos. Y no descuidar la huerta.

Matilda lloró tanto esa tarde, cuando lo último que vio de su amable padre fue esa sonrisa bonachona y alegre, que ella no heredó de él.

Nunca más volvieron a tener noticias suyas.

Pasaron seis meses y la guerra acabó. Y con ella, ninguna información del paradero de David Tulstan.

Trixera se volvió punto intermedio para recibir a los raídos soldados confederados que regresaban a casa.

Matilda tuvo que ponerse a cocinar. No tenían mucho pero su padre le había dicho que a los soldados que sangraron por el sur debía honrárseles. Sólo por eso lo hizo, porque si era por ella se hubiera ocultado en las trincheras hasta que se marchen.

Además, conversar con aquellos soldados, algunos vecinos suyos que regresaban, le servía para preguntar si habían visto a su padre.

Sólo le restaba sobrevivir, cuidando la huerta y cocinando durante el día.

Matty se encargaba de lavar la ropa y asistirla en la siembra. También de limpiar.

Lydia también participaba.

Por las noches, dormían las tres juntas en la misma habitación, con Matilda apretando el arma que le dejó su padre.

Si antes la excusa para no ir a Boston era no dejar a su padre, ahora era porque deseaba esperar noticias suyas.

Su primo Jeremiah Morley le volvió a insistir que vinieran a Boston, que él pagaría los boletos de ferrocarril. Con muchos carriles destruidos, el viaje tomaría más de una semana, pero su primo le aseguró que correría con todos los gastos.

Matilda ahora si se atrevió a mirarse al espejo.

Era una mujer de veintiún años más delgada y pálida de lo que fue a los diecisiete, antes de la guerra. Sus hermosos ojos café se encontraban apagados, pero conservaba su porte esbelto pese a toda la desgracia.

El otro motivo por el cual no huía a Boston en ese instante es que le avergonzaba que su primo la viera así. Quería ganar algo de color y al menos que Matty le cosiera un vestido nuevo.

Recordaba que aún tenían un trozo de tela en el desván que ocultó de los saqueos.

—¡Señorita Matilda! —oyó que le gritaban. Era la voz de Matty, la criada.

La joven entornó los ojos, siempre había algo que arreglar en la finca y no podían sin ella. Así que se volvió a atar el delantal, pero cuando iba a responder, notó que la criadita entraba llorando con las manos en alto.

Un hombre con aspecto de yankee entraba tras ella y portaba un arma.

Era alto y delgado, con unos ojos claros malévolos que delataban una mala intención.

—¡La guerra ha terminado! Usted no puede entrar a las casas, váyase o lo denunciaré a su coronel ¡se lo advierto! —le gritó Matilda.

El hombre, que tenía la cabellera larga muy rubia la miró con detenimiento y con grosería, estudiando las esplendidas formas de Matilda.

—¿A quién le importa lo que le pase a una rebelde? —el hombre le dio un culatazo a la negra que cayó al suelo desvanecida.

Ya no le importaba la criada, no cuando se había topado con aquella belleza.

Matilda miró a todas partes, era demasiado tarde para correr y arrojarse a la trinchera, que aún seguían conservando, porque ese hombre lo vería.

Las intenciones del yankee eran inequívocas, se veía la lujuria en sus ojos. No le importaba que ya no estuvieran en guerra, era un

matón despreciable, pero Matilda no pensaba dejarse, no se lo iba a hacer fácil a ese descarado animal porque cuando intentó hacer un movimiento al ver que el bandido bajó su pistola, él la atrapó con fuerza.

—¡Quieta, sureña! —reclamó él

Pero él era demasiado fuerte, y aunque intentaba desasirse del agarre, le era imposible pero igual continuó forcejeando. Él alcanzó a besarla a la fuerza, metiéndole la lengua, pero al segundo intento, Matilda le mordió la boca hasta hacerle sangrar, esto hizo que él la soltara y ella cayera al suelo mientras se limpiaba los labios ensangrentados.

—¡Maldita zorra!

Matilda en el suelo, comenzó a gatear rápidamente para ganar la puerta.

—¡Lydia, ayúdame! —comenzó a gritar el nombre de su prima.

La muy tonta estaría durmiendo a esas horas o en la parte más lejana de la huerta, no sería capaz de oír.

De repente, sintió sus piernas siendo arrastradas.

Era el intruso así que Matilda se volteó y comenzó a patear con todo lo que tenía.

A la par que gritaba con todo lo que daba sus pulmones, pero el sujeto le dio una bofetada dolorosa que le dobló el rostro.

Por unos segundos, perdió algo de la noción por el mareo del golpe mientras sentía que las manos del hombre tanteaban partes de su cuerpo, alzando su falda e intentando desprender sus pantaletas.

Él le rompió parte de la parte superior del vestido intentando revelar sus senos, pero Matilda aun aturdida alcanzó a darle un rodillazo a la entrepierna del sujeto, quien cayó a un lado mientras gruñía.

Matilda aprovechó para incorporarse como pudo para ir hacia la puerta, pero el hombre volvió a tomarle del talón desde el suelo.

Intentó desprenderse, pero cuando él volvió a incorporarse supo que estaba perdida.

—Me la vas a pagar, maldita zorra…sólo pensaba divertirme un poco pero no pienso dejarte viva después de esto…

Matilda estaba aterrorizada, le temblaban las piernas y tenía el rostro aun dolorido por la paliza.

Era claro que era un asunto de supervivencia.

Era él o ella.

Mientras él se acercaba cojeando un poco, por el dolor evidente en la entrepierna, ella paseó la mirada por toda la habitación. Sus ojos y pies fueron rápidos al notar algo que podría ayudarla y antes que él pudiera cogerle del brazo, ella ya había tomado el viejo atizador que estaba junto a la chimenea y le dio un golpe al rostro al sujeto que lo hizo trastabillar.

Pero no era hora de tener miramientos, no con un hombre que no lo tendría con ella, así que repitió el impacto, pero desde el lado puntiagudo del atizador con toda la fuerza que tenía.

Le hizo una feroz herida en la mejilla izquierda, comenzando a sangrar a borbotones y el hombre comenzó a gritar. Matilda se asustó y volvió a darle otro golpe, pero a la cabeza y el sujeto cayó al suelo inconsciente.

Sólo allí Matilda se dio cuenta de lo que había hecho.

Tiró el atizador al piso, mirando el cuerpo del sujeto, asustada y trastornada. Se dejó caer al suelo unos minutos.

—Acabo de matar a un hombre…

Sus manos le temblaban mientras la sangre proveniente del hombre manchaba el suelo.

En eso, Matty despertó, tocándose la cabeza.

Sólo le bastó ver a su ama en el suelo y al hombre en el piso para entender que Matilda había asesinado a su atacante.

Solo cuando su criada despertó, Matilda tuvo el discernimiento que estaban en un problema. La guerra acabó, existían leyes y matar a un hombre no era exento de ello. Se levantó rápidamente.

—Matty, ayúdame a rebuscar en sus bolsillos. Tenemos que deshacernos del cuerpo antes que Lydia lo vea —le ordenó a su temerosa sirvienta.

Las mujeres se apresuraron en vaciar los bolsillos de dinero del hombre.

En una de esas, Matilda leyó una placa y presumía que se trataba del nombre del muerto.

Sargento Gideon T.

—¿Nos los quedamos, señorita? Esto puede fundirse para vender y tendremos dinero para semillas de plátanos…

—Si el de la tienda conoce el nombre estaremos perdidas sin poder explicarlo.

Guardado el dinero hallado en los bolsillos, ambas mujeres cargaron el cuerpo a la carreta y lo llevaron hacia la zona del rio, donde desde cierta altura y con dificultad, consiguieron arrojar el cuerpo.

—Es mejor que se pierda en el cauce y si lo encuentran no podrán asociarlo a nosotras —dijo Matilda, volviendo a subir a la carreta.

Matty iba callada pero ya sabía que aquel secreto era algo para llevarse a la tumba.

Regresaron a Trixera y actuaron como si nada hubiese pasado.

La criada se encargó de limpiar la sangre del suelo y cuando Lydia preguntó por el golpe en el rostro de Matilda, ella adujo que tuvo una caída en la cocina.

Matilda y Matty no volvieron a hablar de esa tarde.

El trauma que les generaba las perseguiría si osaban hacerlo.

.

.

.

Fue así que Matilda Tulstan decidió al fin, acceder a los pedidos de su primo Jeremiah Morley y marchar a Boston.

Estando las tres solas, comiendo de una huerta y sin dinero, no era buena idea. Todavía había malvivientes rezagados por las calles y ni siquiera tenían vecinos que pudieran ayudarlas.

No llegaban noticias de su padre, pero al casarse con Jeremiah, le sería más sencillo que él lo rastreara por ella, al menos la

ubicación de su tumba.

Si ella regresara a Trixera con un esposo, nadie se atrevería a intentar dañarlos.

Por lo que sabía, a Jeremiah no le fue mal en estos años, no tuvo grandes pérdidas y no se alistó al ejército porque tenía un brazo con una herida antigua.

Él podría protegerla y ayudarla con Trixera.

Escribió una carta a su primo y éste le envió un giro postal para costear los gastos, aduciéndole que, si se producían más gastos, él los honraría cuando ella llegara a Boston.

Por supuesto, se llevaría a Lydia y a Matty con ella, iba a necesitar criadas de confianza. Quizá en unos meses posteriores a su boda con Jeremiah, podría pensar en enviar a Lydia a casa de su familia.

Fueron días de preparación, no tenían mucho que llevarse, pero Matilda no quería llegar como una mendiga y ordenó a Matty que le cosiera el vestido con el remanente de telas.

Algo curioso ocurrió mientras vaciaba unos baúles, buscando algo que sirviera para llevarse.

En un viejo bolsillo de un vestido roto que yacía en el fondo de un mueble, y que comieron las ratas encontró un dije de madera en forma de caballo.

—¿Qué es esto? —se dijo la joven mientras examinaba el objeto.

Brazo de Hierro decía la inscripción.

Le tomó uno segundos, pero al fin lo recordó, era la tontería que le dio ese cowboy atrevido aquella noche antes de huir.

—¿Cómo es que sigue aquí? Qué tontería —se dijo mientras hizo amago de arrojarlo por la ventana, pero se detuvo de hacerlo.

No significaba nada para ella, pero de algún modo ese dije era un pequeño recuerdo de mejores épocas, muy diferentes al infierno que estaba viviendo.

Cerraba los ojos y podía sentir el aroma del pasto de aquel día, cuando aún era la altiva señorita Tulstan. Por añadidura, recordó también las facciones de aquel texano temerario.

Nunca vio a otro hombre tan alto o de facciones tan ridículamente masculinas como ése. Tenía que admitir que poseía ojos bonitos y extraños.

¿Qué habrá sido de él?

Viendo como huyó esa noche, seguro sobrevivió a la guerra utilizando las mismas estratagemas escurridizas.

O quizá murió de alguna bala por la espalda, con esos salvajes que se juntaban con otros tiradores, uno nunca podría estar segura.

Finalmente volvió a guardar el pequeño dije de madera, pero en su bolsillo.

Debía terminar de empacar porque ya tenían los boletos y dejar de pensar en el pasado.

.

.

.

El viaje fue peor de lo que Matilda pensó.

Tuvieron numerosas demoras y se extraviaron dos de los tres baúles que llevaban.

Pero en cada estación que llegaban, Matilda se sentía más cerca de su destino.

Pronto acabarían las miserias y volvería a tener la vida de reina que tuvo antes. Miraba sus manos ajadas, aunque Matty le consiguió aceites y una vieja colonia, era difícil disimular que sus manos ya no eran las de una dama.

Pensaba en su primo y lo que estaba a punto de sucederle.

Al fin se casaría con el hombre, que llevaba posponiendo tantos años. Maldita guerra.

Si tan sólo su padre estuviera aquí.

Finalmente, la señal de las bocinas y el humo que indicaban su llegada a la estación de Boston fue como una lluvia de alivio para ella.

Mientras Matty peleaba con los empleados para que le bajaran su único baúl, Matilda intentaba alisar su polvoriento vestido y se apretaba las mejillas para darse color.

No tenía un espejo para verse, esperaba que conservara suficiente belleza para encandilar a su primo.

Al bajar junto a Lydia y la criada que arrastraba el baúl en el andén, las tres permanecieron allí hasta que casi se vacío el gentío apresurado por llegar a su propio destino.

Fue ahí que un hombrecillo con bigote y sombrero, con todo el aspecto de ser un cochero llegó presuroso a ellas.

—¿Señorita Tulstan de Trixera? —preguntó el hombre

—Lo soy —respondió Matilda, con cierta emoción que alguien viniera a buscarlas.

—Soy el cochero del señor Morley, he estado buscándolas por todo el andén ¡qué alivio dar con vosotras! El señor Morley tenía una reunión en el Banco, pero me ordenó conducirlas a la casa —cogió el baúl de Matty—. Tomaré vuestro baúl ¿eso es todo?

Esa pregunta ofendió ciertamente a Matilda, pero lo dejó pasar. La hizo sentir como si no tuviera más posesiones.

La carreta era grande y espaciosa y las mujeres pudieron ir a gusto.

Menos de diez minutos de viaje, que a Matilda le supieron eternos pese a que la pujante ciudad se veía hermosa y prospera a diferencia de Richmond que recién comenzaba su reconstrucción, finalmente llegaron a una enorme casona a las afueras, que tenía un cartel visible en letras doradas.

Residencia de Morley Banqueros.

Era blanco y con varias columnas, que por un momento a Matilda le pareció estar viendo una réplica en pequeño de la casa de Trixera.

Era claro que Jeremiah tenía buenos recuerdos de su estancia en la finca, por eso hizo copiar el diseño exterior. Eso la halagó.

El cochero las ayudó a bajar mientras las mujeres aun admiraban la fachada, no es que nunca hubieran visto algo bonito, es que tantos años de desolación y de vivir en una ciudad que era el principal escenario de una guerra sanguinaria, les parecía muy llamativo.

Apenas bajaron, la puerta se abrió y salió un hombre de allí.

Vestido con un fino traje que parecía costoso, el hombre con aspecto de dandy por su llamativo cabello rubio y su impecable aspecto, les sonrió.

Cuando Matilda lo vio, no pudo evitar lagrimear de emoción.

Su primo Jeremiah Morley lucía mejor que el ultimo retrato o que sus propios recuerdos.

El hombre abrió sus brazos.

—¡Prima Matilda Tulstan! Al fin habéis venido a mi humilde morada.

La joven caminó hacia él.

Al fin, el destino le sonreía.

O eso creía ella.

CAPÍTULO 3

Boston, 1867

Matilda empujó la barrita de hierro calentada para alisar el precioso vestido.

Era de una tela hermosa y costosa.

Ni siquiera ella en el pasado, tuvo una igual.

No contaba con mucho tiempo para recrearse con el pasado, porque el vestido debía estar listo antes del mediodía, porque la dueña pensaba lucirlo en un almuerzo de damas de la ciudad.

Hizo un mal movimiento y parte del hierro caliente le rozó uno de sus dedos, haciendo que lo soltara rápidamente para llevarse el dedo a la boca.

Ya no lloraba al menos.

Aprendió a fuerzas que ella sola se había metido a la boca del loco.

Dos años atrás, llegó a Boston llena de sueños y esperanzas, buscando la protección del que se suponía era el único hombre capaz de protegerla.

El primer mes fue de alivio, porque su primo Jeremiah Morley se mostró exquisitamente solícito y amable, les proporcionó alojamiento y alimentos.

Matilda le pidió ayuda para buscar información de su padre y también ayuda para levantar Trixera.

Ése fue el gran error de su vida, ya que Jeremiah apareció una tarde con un abogado y un sinfín de papeles para firmar. Él le dijo que eran simples poderes para que Jeremiah pudiera ejercer la administración de Trixera, generar dinero y que Matilda no volviera a preocuparse por nada.

Ciega y agradecida, Matilda lo firmó todo.

Fue ahí que su adorable primo cambió drásticamente con ella y efectivamente se casó, pero no con ella como esperaba, sino con su prima Lydia.

Lydia, esa mosca muerta de cara de no romper un plato, emergió como una cobra feroz dispuesta a vengarse.

Cuando se enteró de lo que estaba pasando, Matilda decidió marcharse de vuelta a Trixera, pero allí se enteró de lo que realmente firmó no era un poder de administración, sino una cesión a favor de Jeremiah, quien no contento con eso, le hizo firmar un pagaré en blanco con el que tenía amenazada a su prima.

De todos modos ¿Dónde recurriría ella?

Boston era una ciudad grande desconocida para ella y los Morley eran de renombre.

Por un tiempo pensó huir y regresar a Trixera. Recordaba el algodón que almacenaron en las trincheras durante la guerra y que no pudieron vender.

Ahora fácilmente podía colocarlo.

Esa idea también se esfumó porque Lydia sabía de ese algodón y fue de las primeras cosas que informó a Jeremiah, así que quien se aprovechó de aquel cargamento fue su primo. Ese dinero ya podía darlo por perdido.

No necesitó especular lo que ocurrió para que Lydia acabara casada con Jeremiah.

La propia Lydia se lo contó con pelos y señales, con el gusto perverso de mortificarla, ya que su artera prima pidió expresamente que Matilda quedara como su sirvienta personal así podía atosigarla todos los días.

—No nos conviene que vaya a regar su versión de la historia en la ciudad, recuerda que aún no eres el favorito del alcalde —le recordaba Lydia a su marido.

La historia de Jeremiah y de Lydia no estaba exenta de malas prácticas.

Llevaba tiempo llevando correspondencia privada con Jeremiah en secreto, cuando fingía portarse como la abnegada prima que

ayudaba en Trixera.

Cuando al fin se vieron cara a cara, Lydia hizo uso de una descarada estrategia que avergonzaría hasta a las damiselas que trabajaban en la taberna para seducirlo.

Eso volvió loco de pasión a Jeremiah, quien prefirió casarse con la prima pobre que con la mujer que era dueña de Trixera.

—Esa fue mi idea, yo le dije que no necesitaba renunciar a mí, siendo que eres tan tonta, siempre y cuando firmes lo que se necesite para quitarte Trixera—reía Lydia—. No era necesario casarse contigo para obtenerla.

Pero el peor día de su vida fue cuando Lydia le informó con malicia de que Jeremiah planeaba vender Trixera a la explotación de ferrocarriles.

Matilda, con sus raídas ropas de sirvienta, se coló al despacho de su primo y le rogó que no lo hiciera, pero ya era demasiado tarde ya que su primo ya inició las tratativas.

Esa noche intentó escapar, pero Jeremiah la hizo traer con el alguacil, que era pagado por él.

—Esa mujer es mi sirvienta y de aquí no va a irse hasta pagar esta deuda —y exhibía el pagaré que Jeremiah hizo rellenar con la estrafalaria suma de diez mil dólares.

El alguacil le advertía que un intento más de escape y la llevaría al calabozo.

Por supuesto, Jeremiah nunca hizo buscar al viejo David Tulstan, de todos modos, era imposible sobrevivir en esa época por esos caminos tortuosos en medio de una guerra mortal.

Por habitación le dieron una que debía compartir con otras tres y ni siquiera podía llorar en sus únicas horas de descanso o las otras sirvientas la golpeaban, porque no las dejaba dormir con sus sollozos.

Con la ambición sin escrúpulos de Jeremiah y la crueldad de Lydia podía decir que estaba pagando con creces sus actitudes del pasado, pero aun así ella jamás se atrevió a ser tan malvada.

Ni siquiera podía jurar vengarse porque se sentía atada de pies y manos.

En su actual posición debía soportarlo, incluso el acoso de otros sirvientes varones, en especial de Ceasar, el lacayo de Jeremiah.

Pese al sufrimiento y al descuido, Matilda conservaba su belleza. Eso le valió que nadie de la servidumbre quiera volverse su amiga, algunas por envidia de su belleza porque significaba que los sirvientes hombres pegaran sus ojos en ella, otros porque recordaban que fue ella quien llegó hace dos años con aires de princesa y con pretensiones de casarse con el amo.

Pero Ceasar era el más insistente, incluso la besó a la fuerza en una ocasión. Matilda logró golpearlo para salir de él, pero sabía que, si ese hombre no abandonaba sus pretensiones, su situación sería complicada porque nadie la protegería.

—Matilda, quiero que vayas a la tienda de la señora Gardiner, tu sabes de guantes bordados y tráeme un par del mismo color del vestido —le ordenó Lydia, quien se retocaba frente al espejo.

Ya se había puesto el hermoso vestido que Matilda estuvo planchando antes pero nunca se sentía satisfecha con su imagen.

—¿Qué no oíste? ¡Que vayas, te digo! —le gritó Lydia.

Le decía eso porque tenía la seguridad que ella no escaparía por temor al alguacil.

Matilda se apresuró en buscar la cofia y salir.

La servidumbre no podía usar los carruajes destinados a los señores, así que un mozo se encargó de llevarla en la carreta a la tienda que quedaba a veinte minutos de viaje.

En la tienda ya la conocían como la criada de la señora Morley, así que solo debía escoger un bendito guante para Lydia y que lo anotaran a su cuenta.

Pero, aunque hiciera rabiar a su prima, esa vez quiso perder unos minutos y se recreó viendo los estantes con sombreros y cintas. Los escaparates estaban llenos de ropa importada de Europa, ventajas de no sufrir los efectos de una post guerra ya que Boston fue parte de la Unión y no sufrió como el Sur Confederado.

Deslizó sus dedos por los muebles, viendo unas hermosas cintas, quedando frente a la vitrina con una mirada soñadora y nostálgica.

—¡Eh, muchacha! No toques las cintas con las manos sucias —le gritó una de las dependientas.

Todas las señoras que estaban comprando en la tienda rieron con el sermón.

Matilda dejó de tocarlo y levantó la mirada.

Alguien estaba del otro de la vitrina mirándola fijamente.

Matilda se congeló al reconocer esos ojos, pero sobre todo la enorme cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda.

El hombre vestido con chaqueta y pantalón, con sombrero de cowboy la miraba con una sonrisa diabólica que hizo que el corazón de Matilda se desbocara de terror.

¡No era un maldito espejismo como recuerdo de aquel asesinato!

Recordaba el nombre bordado por sus ropas: Gideon T.

Ese hombre estaba bien vivo.

Su pecho comenzó a temblar, así como el resto de sus extremidades, tanto que apenas se dio cuenta cuando la dependienta le entregó los guantes ya envueltos.

Ni siquiera se despidió y empujó la puerta para salir corriendo y alcanzar la carreta para salir de allí.

Pero apenas salió, él alcanzó a sostenerla fuertemente del brazo.

—Mira a quien tenemos aquí…—le dijo muy cerca de su cuello.

Matilda estaba aterrorizada y algunas lágrimas suyas pugnaban por salir.

—Si grito, avisaran al alguacil —le advirtió—. Suéltame.

Él paseó sus ojos en ella de forma descarada por su escote.

—No estaba muerto, pero si inconsciente…y si no hubiera sido por gente que me vio en la vera donde me arrastró ese rio, yo no estaría aquí —la soltó haciendo que ella se masajeara el brazo adolorido por el tirón—. Te acabo de ver bajando de esa carreta de los Morley, son los banqueros, ¿verdad? —se acercó a susurrarle al oído—. Ahora ya sé dónde encontrarte y cobrarme lo que me debes, maldita zorra que arruinó mi cara.

Aprovechando que él la soltó, Matilda ya no respondió, sino que emprendió la huida, subiendo a la carreta para salir de prisa de allí.

Sólo miró una vez atrás, y lo vio parado frente a la tienda de la señora Gardiner, con una sonrisa siniestra de quien acababa de pescar una presa.

Matilda no necesitaba imaginar lo que ese hombre querría hacerle.

Tan asustada estaba que el mozo le tuvo que zarandear cuando llegaron a la mansión.

La mujer bajó y entró rápidamente a las habitaciones de Lydia a quien le entregó el paquete, e hizo oídos sordos al horrible regaño que le dio por haberse tardado tanto.

Matilda no escuchaba nada, sino que después directamente fue a su habitación compartida.

Sólo recordaba la cara del hombre de la cicatriz.

—Esto es una pesadilla sin fin…

Pero el miedo que le daban Jeremiah y sus amenazas no era nada con el pánico que le daba el sujeto de la cicatriz, a quien ella pensaba muerto y enterrado en las profundidades del río.

Temblando comenzó a hacer un improvisado morral con sus escasas pertenencias, incluido cincuenta dólares, que era todo el dinero que tenía. Comprar un boleto lejos de aquí, porque ese sujeto sabía dónde buscarla.

¿Cómo demonios llega un muerto de Richmond a coincidir con ella en Boston?

No podía volver a Trixera, necesitaba un lugar lejano. Pensó en Nueva York, era grande y una ciudad pujante para comenzar de nuevo, en realidad sólo pensaba en cualquier sitio donde ese hombre no pudiera hallarla nunca.

Subrepticiamente salió de la casa, cargando su pequeño morral. No podía coger la carreta para no ser descubierta así que tuvo que caminar a toda velocidad hacia el centro, para encontrar la estación, comprar el pasaje y marcharse antes de que alguien la reconociera como la sirvienta de los Morley y acabara delatándola.

Cuando llegó al centro, se ocultó en unos callejones, porque le pareció ver a las chismosas señoras, amigas de Lydia aparentemente camino al almuerzo al que también iba su prima.

El callejón estaba entre la funeraria y la herrería, así que se sintió con cierta libertad para estudiar el terreno, en especial ver si el hombre de la cicatriz seguía por la zona. No lo vio pese a pasear la mirada por todo el lugar y entonces se inició una pelea en la taberna y una corrida de curiosos bastante conveniente así que se colocó la cofia para salir a la estación aprovechando la distracción, pero cuando giró, repentinamente alguien le dio una bofetada en el rostro que la lanzó al suelo boca abajo.

Mareada y totalmente atontada, con cierta sangre que caía como un hilito de la boca, Matilda intentó incorporarse, pero sintió un peso en su espalda.

Y luego ese horrible aliento caliente en su nuca.

—La gatita fina…valió la pena seguirte —le dijo mientras le alzaba la falda e intentaba romper las enaguas. Era Ceasar, el maldito lacayo de su primo que estaba obsesionado con ella.

Matilda intentó desasirse, pero él la había puesto en esa posición a propósito para tenerla a su merced, aplastando su espalda, con una mano le tapaba la boca y la otra rebuscaba quitarle la falda y las pantaletas para violarla.

Matilda intentó de todo, desde morderle la mano a Ceasar, pero él sólo respondió con más violencia estampándole la cara al suelo.

—Por favor…no —alcanzó a rogar.

Pero todo el mundo estaba curioseando en el área de la trifulca en la taberna.

Pero cuando se suponía que Ceasar debería alcanzar su victoria al tenerla ya sin las pantaletas, de repente se vio libre del peso de ese hombre y un grito de dolor por parte de él.

Un hombre apareció en el lugar.

Tomó a Ceasar en vilo y le propinó un puñetazo que lo estampó a la pared.

Un hombre vestido como vaquero, por la chaqueta, botas y sombrero. Más no lo vio detalladamente.

Matilda sólo alcanzó a verlo de reojo, pero estaba más apurada por marcharse que se acomodó la ropa como pudo, recogió su morral, esgrimió un débil gracias sin mirar a su salvador y salió corriendo con dirección contraria.

Le agradecía a su bienhechor, pero ella no podía darse el lujo de perder el tiempo, no cuando ese asqueroso de Ceasar diera la voz de alarma. Necesitaba esconderse a toda prisa.

De nuevo debía escabullirse a como diera lugar y sobrevivir.

.

.

.

Luke Garrett le dio un doloroso puntapié al hombre en el suelo.

La punta de la bota de Luke era de plata y dolía como si fuera una puñalada.

Era un gigante moreno, cuyos enormes ojos azules apenas se vislumbraban bajo el sombrero pero que cuando estaba enojado, emitían una letalidad que daba pavor.

—Y esto es para que aprendas a respetar a las mujeres ¡saco de hormigas!

El violador yacía en el piso inconsciente y ensangrentado, nadie que hubiera recibido un puñetazo de Brazo de Hierro era capaz de recobrar el sentido en medio día.

La mujer ya había desaparecido por el otro lado del callejón y se quedó viendo por donde salió.

—¿Qué pasa, Luke? —le preguntó otro hombre vestido de vaquero que llegaba a ver la escena—. ¿Quién es este fulano? —señalando al hombre tendido.

—Uno que no sabe respetar a las mujeres, debería castrarlo antes de irnos de aquí —rugió Luke.

—Es más sencillo entregarlo al alguacil —le comentó el que se llamaba Tucker, su acompañante.

—¿Ya acabó la pelea en la taberna? Les dije a los chicos que no quería que dieran espectáculos, además mañana nos largamos de aquí y no me hicieron caso —bramó Luke recordando que dos de sus hombres tuvieron una pelea en la taberna por alguna tontería con los locales.

—Podemos negociar con el alguacil, que no levante cargos contra esos tontos a cambio de entregarle este violador —le propuso Tucker.

La idea agradó a Luke, quien con una sonrisa y sin esfuerzo alguno, cargó al hombre ensangrentado a su espalda para hacer un trueque con el corrupto alguacil.

De paso le hacía algo de justicia a la pobre mujer a la que acababa de salvar y a la que ni siquiera pudo ver bien porque huyó antes de eso.

Una mujer que le recordaba a alguien, pero que no estaba seguro de a quién.

CAPÍTULO 4

La vieja posadera golpeó una vez la puerta de la habitación donde durmió la joven a la que hospedó por la noche.

—Muchacha, baja a desayunar porque luego debes irte —le avisó.

La posada que regenteaba se encontraba a la salida de la ciudad, y la señora Honey estaba muy orgullosa de ella, porque la posada de diez habitaciones con restaurante era completamente suya.

Viuda hace años, lo único bueno que le dejó su esposo que era un golpeador y un ebrio, fue una cuenta de banco que le sirvió para construir su negocio.

Su negocio tenía buena fama de ser un hotel íntegramente familiar, no permitía que vinieran hombres a pernoctar con mujeres contratadas de las tabernas o lo mismo, tampoco mujeres con reputación cuestionable. La esencia de su negocio era ése y los clientes siempre regresaban por ello, sumado a la limpieza de las habitaciones y la comida casera porque la señora Honey servía las tres comidas del día y el restaurante se llenaba.

Pero anoche, ocurrió lo impensable cuando aquella joven con ropas magulladas y evidentes signos de haber sido golpeada, entró a su local por la puerta trasera a rogarle un sitio para dormir, que le pagaría trabajando en su cocina porque solo contaba con cincuenta dólares y necesitaba comprar un boleto para salir de la ciudad.

Honey no supo que ocurrió, pero, aunque en otras circunstancias hubiera echado a la joven, verla con ese aspecto le recordó a sí misma cuando aún estaba a merced de su maldito marido.

Sabía que era la sirvienta de los Morley y no quería meterse en problemas con el banquero o con el alguacil quien era un gran colaborador de ese usurero, así que acordaron que debía largarse por la mañana.

Pero no pensaba dejarla morir de hambre.

—Sírvete el café, y tenemos pan de maíz con frijoles —le indicó el rincón, cerca de la cocina, porque no quería que la vieran en el comedor.

Al verla comer, Honey notó que lo hacía con buenos modales, lo que evidenciaba que no era una simple sirvienta.

—No eres tan simple como aparentas —le indicó la posadera.

—¿No somos todos así? —respondió Matilda bebiendo el café caliente.

—Sabes que los Morley tienen los recursos para buscarte por todas partes, y nadie de la ciudad te dará trabajo o alojamiento para no quedar en malos términos con el banquero —le indicó Honey, para que la muchacha entendiera el alcance de su situación.

Posiblemente, aunque ella llegara a la estación, los Morley le darían alcance antes de que el ferrocarril saliera.

En eso bajaron unos huéspedes al comedor y Honey salió de la cocina.

—No salgas afuera, quédate aquí hasta asegurar que nadie pueda verte ¿entiendes? —le advirtió la posadera —. Pero igual ve preparando tus cosas.

Honey salió a atender a esos clientes, le daba cierta pena aquella joven, por eso creía estar descargando parte de su consciencia ofreciéndole al menos una cama por una noche y un desayuno caliente por la mañana.

.

.

.

Matilda devoró el pan horneado con frijoles a la par que vaciaba la jarra de café.

No había comido nada desde el día anterior y tenía el estómago vacío, sólo que ayer no se dio cuenta por estar más preocupada en huir y mantenerse alerta. Estaba aterrorizada por su encuentro con el ex soldado cicatrizado y tampoco quería ser encontrada por su primo.

Al pensar en Jeremiah y en Lydia, la ira se agolpó en su pecho.

Matilda había sufrido mucho, pero no era ninguna santa ya que de tener oportunidad se vengaría de esos dos.

Pasó muchas noches recreándose con imágenes de ella dándole una lección a esos dos.

Desde hacerlos caer en bancarrota y enviarlos a la cárcel.

Pero de todos, Lydia fue la peor.

Matilda la mantuvo a su lado todos esos años y durante la guerra, se aseguró que no pasara hambre y la protegió.

Estuvo cuidando una serpiente, que todo el tiempo, estuvo esperando la oportunidad para morderla y herirla de todas las formas posibles.

Dejó de pensar en aquella desgracia y bajó su jarra vacía.

Cuando se disponía a recoger para lavar lo que había usado, notó que el joven mozo de la señora Honey que era tartamudo trajo un papel. Le estaba haciendo un agujero para colgar afuera.

Mientras el chico se afanaba buscado la herramienta, Matilda leyó de reojo.

Se busca mujer para trabajar en un rancho de Texas.

Salario acorde.

Alimentación y alojamiento.

Posibilidad de viajar una vez al año a su ciudad natal.

Informes con la señora Rose en el hotel de la señora Honey.

Cuando el chico al fin encontró el clavo, se encontró con que Matilda apretaba fuertemente el papel entre sus manos.

El chico le hizo gestos de que le entregara el papel, tartamudeando unas palabras.

Pero Matilda no se lo devolvió.

—¿Dónde puedo encontrar a esa señora Rose? ¿está aquí? —insistió Matilda, quien vio abrirse una esperanza en medio de tanta incertidumbre.

—¡Víctor, niñato tonto! Te dije que colgaras el cartel en el comedor —Honey entró a la cocina

—¿La señora Rose está hospedada aquí…?

Honey pestañeó sorprendida.

—Sí, es una señora texana y me pidió el favor de que la ayudara a reclutar una mujer para el rancho donde ella es ama de llaves. Parece que las chicuelas de su zona son muy tontas —le dijo Honey con los brazos en la cintura.

Oír eso fue esperanzador para Matilda.

—Esta podría ser mi llave de salvación…

Honey meneó la cabeza.

—No te impediré que hagas la entrevista pero que sepas que es probable que te pida una referencia o recomendación. Yo no soy tan buena persona para poner las manos en el fuego por ti ¿me oyes?

Matilda no tenía una sola opción.

Si estaba en ella, jama iría a Texas, pero en este momento, con el hombre de la cicatriz y su primo pisándole los talones, cuanto más lejos mejor.

O acabaría muerta muy pronto, por supuesto luego de haber sufrido los peores tormentos físicos.

—No me importa, quiero entrevistarme con ella….

Honey enarcó una ceja.

—Eres bien terca —se cruzó los brazos—. Bien, Rose bajará enseguida y lo único que te diré es que no la importunes ni atosigues, es una dama de edad y no necesita absorber tus problemas ¿entiendes?

El chico tartamudo le dio una feroz mirada y le quitó el cartel de las manos para llevarla a colgar en la entrada del hotel, como estaba pautado.

Honey volvió al comedor y Matilda esperó en la cocina que la dueña del hotel le avisara que podía salir.

Estaba muy impaciente.

No tenía ninguna noticia aún.

No sabía que habría sido de ese libidinoso de Ceasar, si ya despertó era probable que fuera con el cuento a su primo y a estas horas ya la estuvieran rastreando en la estación.

Lo cual añadía aún más dificultad a su huida.

No alcanzó a sentarse cuando el chico tartamudo, quien ya le había cogido manía volvió a aparecer.

—La-a se-se-seño quie-quiere que venga.

La joven lo tomó como una señal y rápidamente pasó al comedor.

En la estancia, solo se encontraban la dueña del hotel y una anciana de aspecto recio. Bajo el grueso vestido, usaba botas lo cual delataba su origen.

Era claro que debía ser rápida, porque la señora Honey no quería que la vieran en su hotel.

No tenía idea que hacer en una entrevista de trabajo. Nunca tuvo una.

Se le ocurrió la torpeza de hacer una reverencia a modo de saludo, aunque se sintió tonta de sólo hacerlo.

—Es claro que no eres una simple sirvienta, tienes modales que competirían con la reina de Inglaterra —rió la anciana—. Soy Rose Wilkes, soy la ama de llaves del Rancho *El Rey* en Texas ¿habéis oído hablar de ese lugar?

Matilda nunca lo oyó, porque jamás estuvo interesada en esos lares.

Negó con la cabeza, avergonzada.

—Estoy seleccionado una sirvienta calificada para llevarme a Texas, porque las tareas en la casa grande se extienden cada vez más y las muchachas de la zona no son capaces de ayudarme a llevar una mansión. Son mejores en el establo —Rose tomó un trago de su café—. ¿Cómo te llamas?

La joven vio su oportunidad de alardear algo de sus habilidades, muchas de las cuales aprendidas a la fuerza en la guerra y bajo la cruel tutela de sus primos.

—Mi nombre es Matilda y soy perfectamente capaz de asistir en una mansión, desde escoger los colores correctos de flores, el punto exacto de un té o cuidar la cristalería…

—Pero no tienes referencias que darme…

Matilda se desinfló. Contra eso no tenía opción.

Pero Rose observaba a la joven con interés.

—Dime una cosa ¿estas escapando de tu esposo o de algún hombre?

En ese punto, Matilda supo que no podía mentirle a una mujer que parecía leerla.

Honey no le había dicho una sola palabra.

—Escapando de dos hombres que quieren hacerme daño —recordando a su primo y al hombre de la cicatriz—. Ninguno es mi esposo…y tampoco mi proxeneta —Matilda le levantó la mirada con orgullo. No quería que aquella señora sospechara que era una prostituta.

Rose seguía estudiándola, no sólo escudriñando su aspecto físico y sus palabras.

La mujer se levantó.

—Honey, dile al pobre chico que vuelva a quitar el cartel, voy a contratar a esta muchacha.

Al escuchar aquello, Matilda no pudo evitar saltar de felicidad.

—Pero que quede claro muchacha, que, si fallas o intentas algo indecoroso, lo sabré y me aseguraré de devolverte a esta ciudad para que esos hombres que te buscan puedan hallarte —mirando severamente a la joven—. Saldremos al mediodía, trae tus cosas y consigue una cofia si no quieres ser reconocida camino a la estación —le advirtió la anciana

La entrevista fue corta y concisa.

La señora Honey sonreía y se acercó a Matilda cuando Rose salió afuera.

—Tendrás la protección de una gran casa y no te conviene defraudar su confianza.

Matilda hubiera querido preguntarle más cosas a Rose, pero se notaba que la anciana era de pocas palabras.

—¿Viajaremos con los dueños?

—Creo que no, entiendo que ellos viajaron antes porque tenían otros negocios de camino, pero no te preocupes por el acompañamiento, ya que Rose viaja con dos vaqueros asignados a escoltarla y nadie se metería con esos chicos texanos, así que, si

uno de esos locos se te aparece, los vaqueros le darían de balas antes de que hablen.

Matilda contenta, regresó a la cocina a empacar su morral, que estaba algo maltrecho. Afortunadamente tenía una cofia que le serviría muy bien para evitar ser reconocida en el camino.

Nunca creyó que su camino volvería a desviarse, a una tierra tan diferente a ésta o a Richmond.

No pudo evitar una lagrima recordando a Trixera y lo que su primo le había hecho.

Honey le empacó una comida para el viaje.

—No lo tomes como un regalo, porque me los vas a pagar cuando vuelvas —le dijo la anciana al despedirla.

Y la dueña del hotel tuvo razón porque cuando tocó las tres de la tarde, aparecieron dos vaqueros a llevarse el equipaje de la señora Rose y para vergüenza de Matilda, su miserable morral.

Cuando los vio, tuvo una reminiscencia de su propio pasado en Trixera, cuando ella también conoció a unos cowboys texanos que eran la sensación del condado por sus habilidades.

Fue un instante nostálgico y desechó el pensamiento porque le daban ganas de llorar.

Se cubrió con la cofia y marcharon a la estación.

Todo fue muy surrealista para Matilda, en parte por el alivio que sintió que nadie la seguía o reparaba en ella.

Sólo cuando el viaje comenzó y el ferrocarril se movió, la joven respiró de alivio.

Sentada junto a Rose, su mirada se perdió en los paisajes que dejaba atrás.

Vivió dos años en Boston, en una especie de pesadilla luego de tantos sueños rotos.

Unos malditos sueños.

Pero en este lugar ni en Trixera ya no había lugar para ella.

Bueno, no por el momento.

CAPÍTULO 5

El largo viaje desde Boston a Texas no fue tan cansador, como la que Matilda tuvo hace un par de años desde Trixera hasta Boston.

Aquella vez, tuvo que arrastrar sus pies y comer sobras de la cocina, durmiendo con un ojo abierto para evitar que le robaran todos sus baúles. Sin dinero para propinas y con hambre permanente, y teniendo a Matty y a esa estúpida de Lydia detrás.

Ahora el viaje fue placentero.

La señora Rose tenía con que ocuparse de todo.

Viajaron en primera clase y tenían a esos vigilantes con ellas, que lo mismo las cuidaban de cualquier inescrupuloso que quisiera robar a la anciana o de los más atrevidos que se acercaban por la belleza de la más joven.

En las paradas de estaciones, ellas podían refrescarse mientras ellos iban a comprar comida.

—El patrón ha sido claro, que debemos atender a la señora Rose, pero, aunque no nos hubiera mandado eso, nosotros seriamos capaces de dar nuestra vida por ella, que es el alma del rancho —le dijo uno de los hombres, que dijo llamarse Charles.

Tanta lealtad y cariño.

En fin, Matilda lo agradecía porque de paso ella salía beneficiada.

Rose también le explicó varias cosas del trabajo que encontraría en el rancho.

—La mansión es nueva y el rancho es el más grande de Texas, por tanto, mi señor recibe siempre a terratenientes y gente del gobierno en la casa, es por ello que la mansión necesita mano de obra que conozca de casas de ese tipo —le explicaba la anciana—. Es claro, por tu acento sureño, que conoces de casas bonitas y todo el cuidado que trae aparejado.

Matilda nunca le había hablado de su pasado de heredera de una plantación. No pensaba hablarlo nunca, era tocar la fibra más íntima

de su orgullo.

—No te juzgaré, no sois la única del sur que lo ha perdido todo —siguió diciendo Rose—. El puesto de sirvienta que te doy implica varias responsabilidades, desde limpiar habitaciones, ordenar la platería o servir las comidas pero que quede claro que eso no te da libertad de meterte en los asuntos de los señores —Rose le dedicó una feroz mirada y Matilda entendió la indirecta. Se refería a que no intentara usar su belleza para alcanzar status que nadie le pedía—. Lo mismo se aplica para los cowboys del rancho, que son poco más de treinta, no admito relaciones sin mi aprobación porque somos una casa decente, así que te advierto que, si rompes esa regla, no dudaré en echarte y que te devuelvan a Boston.

Le explicó el salario, que era mensual y el alojamiento.

Ella dormiría con otras dos sirvientas. Las habitaciones eran espaciosas y con luz natural, y tenían el mobiliario adecuado. La zona de la servidumbre era una casa más pequeña a varios metros al fondo de la casa principal.

Rose, no dormía allí por insistencia del señor de la casa, y lo hacía en una habitación de la mansión, pero eso no significaba que la anciana no estuviese enterada de todo lo que ocurría en esa casa pequeña.

A esas alturas Matilda entendía que no debía ofender a Rose y si la mansión era nueva, era claro que la fortuna del amo del rancho era más o menos reciente y Rose debió de ser conocida del amo, desde antes que adquiriera su fortuna.

Al llegar a Texas, una carreta con caballos ya las aguardaba cerca de la estación.

No pasaron por el pueblo, para lamento de Matilda que le hubiera gustado dar un vistazo al pueblo, tenía interés de saber la ubicación de la oficina postal.

Aunque Rose le había pintado un paraíso, Matilda no tenía expectativa.

—Estos pueblerinos…yo lo he visto todo ¿Qué gran cosa podría existir en Texas? —pensó, recordando su orgulloso pasado.

Una de las cosas que lamentó de este viaje es no haber podido traer a Matty con ella.

Esa pobre negra sorteó con ella los años de guerra en Trixera y luego esos dos años infernales en Boston, bajo la cruel tutela de Lydia y de ese idiota de Jeremiah.

A pesar del estatus de negra liberada que ella tenía, seguía siendo una sirvienta y era cruelmente maltratada por Lydia si estaba de mal humor.

Apenas se pudiera asentar, tenía que rescatar a esa pobre muchacha.

Aun pensaba en la muchachita cuando pasando un tupido bosque, se encontraron con un pórtico alto y cerrado, con un cartel tallado que rezaba Rancho El Rey.

La ex heredera, quien pensaba hallar un cumulo de polvo y vacas, quedó con la boca abierta al ver el hermoso prado y caminero tras pasar el pórtico, y que conducía a una enorme mansión de dos plantas. No era del típico diseño sureño de casa con innumerables columnas blancas como fue Trixera, pero igual de imponente.

—Tenemos una huerta propia y varios graneros —le señaló la anciana—. La casa menor se encuentra a pocos metros de la puerta trasera de la casa.

Desde esa distancia, ya pudo vislumbrar varias caballerizas.

—Y más hacia allá están las barracas donde duermen los vaqueros.

El lugar no era en absoluto como ella esperaba y quedó con la boca abierta.

El carruaje no quedó frente a la casa principal, sino que pasaron por el caminito a la zona de la casa menor que era de una planta, pero espaciosa por fuera.

Rose quería instalarla y que descansara del viaje, y comenzara a trabajar desde mañana.

La casa menor tenía una enorme habitación con tres camas, Matilda tomó la que Rose le señaló como libre y para que guardara su morral.

La otra habitación tenía dos camas que eran ocupados por otras dos sirvientas, pero según entendió Matilda, eran mujeres más enfocadas en tareas manuales afuera de la casa, como cuidar la huerta y cuidar a los animales del corral como las vacas o las gallinas, para ordeñarlas o recoger huevos en el segundo caso.

Matilda compartiría el espacio con la cocinera y otra sirvienta que prestaba servicios en el interior de la casa.

—También tenemos otro chiquillo sirviendo en la casa, pero él duerme con los vaqueros —Rose entornó los ojos—. El muy tonto quiere ser uno de ellos al crecer.

Luego de acomodarla, Rose se marchó a la casa principal y Matilda se recostó, intentando descansar al fin luego de tanto tiempo.

En la buhardilla en la que dormía en la mansión de su primo en Boston debía hacerlo con un ojo abierto, porque Jeremiah cuando estaba ebrio solía tener extraños arranques hacia ella e intentó sobrepasarse en varias ocasiones, aun cuando ya estaba casado con Lydia.

Esa fue otra cosa que tuvo que sortear en esos dos malditos años.

Lejos de Trixera.

Al fin lejos de Boston.

Durmió profundamente luego de eso.

.

.

.

Matilda creyó estar en una duermevela cuando la despertaron unos sollozos y unos sonidos en la habitación.

—¿Y esta mujercita como se ganó el privilegio de dormir a estas horas? —dijo una voz

—¿A quién le importa, Daisy? ¡Me acaban de despedir! —gritó la mujer que sollozaba.

Matilda se incorporó y encontró a dos mujeres.

Ambas la miraron de pies a cabeza, con gesto despreciativo, incluso la que lloraba.

—Su alteza real finalmente despertó de su sueño ¿quiere que le traiga su desayuno? —satirizó una de ellas—. Mira su cara, es claro que Rose la trajo de alguna taberna donde se entretienen hombres.

—¿Acaso importa si la trajeron para divertir a los vaqueros? —gritó la que lloraba y que Matilda oyó se llamaba Nanny West—. Yo no cogí nada del inventario, no merezco ser despedida de esta forma.

Matilda se incorporó y comenzó a doblar la sabana.

En eso entró Rose, con rostro impasible.

—Uno de los vaqueros te llevará en carreta al pueblo, esta noche no puedes quedarte en el rancho.

Nanny West se arrojó a los pies de Rose.

—¡Juro por dios que yo no tomé nada del depósito! ¡Es injusto que me saquen de aquí luego de llevar un año trabajando para el rancho!

Rose le tenía lastima a la Nanny West, pero la decisión estaba tomada.

—No seré quien contradiga la palabra del señor Bowles, es el administrador de la casa y si él dice que faltan cosas, es que así es.

—¡Esperaré por el amo!

—¡No seas atrevida, muchacha! No voy a permitir que lo molestes con situaciones que están a cargo del señor Bowles —Rose se desasió del agarre.

En la puerta ya la estaban esperando y Nanny West se dio cuenta que ya no tenía opción.

Matilda no terminaba de entender lo que estaba pasando y permanecía callada junto a su cama extendida.

Pero cuando la llorosa Nanny West pasó a su lado para recoger su baúl le dijo unas palabras.

—¡A ver cuándo te toca a ti ser despedida por una injusticia!

La mujer se marchó porque Rose ya no podía permitir su presencia en el rancho.

—Daisy, me asistirás en la cocina, con la partida de Nanny West, el rancho quedó sin cocinera y me pondré al frente mientras buscamos una —le anunció Rose a la otra sirvienta.

—Yo no sé nada de cocina…—refunfuñó la mujer, que era una oronda morena.

—No te he preguntado —zanjó Rose.

Matilda vio en esa su oportunidad. Al principio no comprendió, pero cuando captó que lo ocurrido fue que acababan de despedir a la cocinera, no dudó en pedir el puesto.

Lo sentía por la mujer que se marchó, pero en este momento le importaba más ella.

—Señora Rose, yo tengo amplia experiencia en cocina —le anunció a la sorprendida ama de llaves y a otra sirvienta que la veía con desprecio.

—¿En verdad?

—Claro que sí, puedo hacer todo tipo de cazuelas, carnes, asados —refirió Matilda.

Rose la observó un momento.

—Bien, veremos que puedes hacer en la cena, aunque preferiría supervisar tu trabajo.

Matilda asintió.

Rose ya estaba en la puerta cuando Matilda volvió a detenerla.

—Sólo hay un asunto que deberíamos discutir —mencionó Matilda—. El salario de una cocinera no es equiparable al de una sirvienta típica…

Matilda no era tonta.

Los cocineros siempre ganaban más y no pensaba regalarle el dinero que a ella si le hacía mucha falta.

Rose la miró. Realmente no estaba acostumbrada a gente que reclamara su parte.

—Sea, pero luego de ver tu desempeño, porque si no me gusta volverás al trabajo original —Daisy quiso decir algo, pero la anciana la paró en ese momento—. No quiero oír ninguna tontería, Daisy.

La sirvienta se marchó dando un portazo.

La nueva no le gustaba y se lo hacía saber.

Pero Matilda no estaba allí para hacer amigas.

Además, nunca sería amiga de una sirvienta tan vulgar como esa Daisy.

Quería causar una buena impresión y que le dieran el puesto en la cocina, así que se propuso cocinar la mejor receta que recordaba.

.

.

.

Cuando el grupo de vaqueros traspasó el pórtico de la entrada, el primer grito que Luke oyó fue la de Frankie.

—¡El amo ha vuelto! —anunciando su llegada a todo el rancho, luego de tantas semanas de ausencia.

Hizo el viaje acompañado de seis hombres, incluido el viejo Leroy en una gira que incluyó Boston y Abilene. Para la primera parada había llevado a Rose que insistía en buscar una nueva sirvienta en esa ciudad, porque no dejaba de quejarse de las muchachas del pueblo.

Cuando bajó del caballo, se quitó el sombrero y todos en la casa salieron a mirarlo.

Al hombre le encantaba cabalgar viajando con sus vaqueros, pero nada se comparaba con regresar al hogar.

Vio a Rose con una sonrisa brillante y al rato vio llegar a Jasper Bowles arrastrando su pierna mala con un bastón. Gracias a él no necesitaba preocuparse de su casa, ya que Bowles, antiguo compañero de armas en la guerra, se encargaba de administrarla.

Del rancho se ocupaba personalmente él, porque de algo que él si sabía eran de vacas y caballos.

Y era cierto porque cuando llegaba al rancho, su presencia imponente llenaba el espacio vacío que se generaba con su ausencia.

Rotundo y recio, los años no habían hecho más que mejorarlo.

Vestido a la usanza cowboy con chaqueta, su viejo sombrero y botas con puntas de plata, saludó a los muchachos.

Estaba cansado, pero eso no impediría que celebraran el regreso con una buena cena.

Aunque ya Rose le advirtió que no se sentaría en la mesa sin antes pasar por un buen baño caliente, que ella misma prepararía.

Luke se dejó llevar, como niño chico.

Si fuera por él, cenaría y dormiría en ese mismo estado, pero nunca podría causarle un desaire a Rose.

.

.

.

Rose estuvo supervisando la cocina de la muchacha nueva, pero luego tuvo que descuidarse porque con la llegada de los muchachos era más imperativo prepararle el baño a Luke, antes de que Daisy o alguna otra atrevida se ofreciera.

Las reglas de Rose eran estrictas en ese sentido.

Cuando terminó de acomodar las cosas de Luke, regresó con prisa a la cocina.

La comida, un suculento estofado ya estaba listo.

Al principio, Rose no daba una pizca de esperanza por aquella chica que trajo de Boston, pero el repentino despido de Nanny West fue inesperado. Nunca hubiera creído que la chica era una ladrona, pero ¿Cómo dudar de la palabra del señor Bowles, un honorable ex soldado confederado?

Le dio un bocado a la olla de Matilda, quien esperaba expectante el veredicto de la anciana.

La mujer tuvo que probar otro bocado para confirmar que el sabor del caldo y la carne tan tierna eran reales.

Aun así, la anciana no tenía pensado darle demasiadas a alas a la nueva.

—Daisy, comienza a llevar la comida al comedor —ordenó la anciana, quien cogió la cesta de pan—. Y tú, verifica que la comida vaya caliente en las fuentes—fue la única palabra que le dirigió a la tal Matilda.

.

.

.

Mientras Bowles le hablaba de algunas novedades del pueblo, Luke escuchaba sin demasiado interés.

Estaba demasiado cansado para tener una opinión, así que apenas les pusieron la olla frente a sus ojos, Rose se apresuró en servirle un plato a él y a Jasper.

La comida del rancho no era mala, pero él había probado mejores sabores en los viajes así que se llevó una cuchara a la boca sin mucha expectativa.

Apenas lo hizo, quedó sorprendido.

Volvió a probar otra cuchara y eso confirmó que el sabor que tenía frente a sus ojos era completamente diferente a lo que él estaba acostumbrado.

Jasper le seguía hablando de inversiones y negocios, pero él ya no escuchaba.

El extraño y delicioso sabor de aquel estofado se le figuró extrañamente nostálgico.

Luke había estado en muchas partes, viajado bastante y probado cientos de sabores.

Pero estaba seguro de que este estofado no era como los otros y sólo había probado ese tipo de sazón una vez hace muchos años.

En otra vida.

Hace mucho tiempo.

Y sólo una persona sabía hacerlo de esa forma.

CAPÍTULO 6

La que no durmió nada fue Matilda, pese a que Rose vino a decirle que la comida fue bien recibida por el comedor principal, que tanto el señor de la casa como el administrador Jasper devoraron la olla servida.

Matilda enarcó una ceja, ella estaba terminando de preparar el estofado cuando se oyó el estruendo en toda la casa y todos los criados salieron a mirar porque el amo había llegado.

Ella fue la única que no salió, ya suficiente tenía de tantas humillaciones por parte de la tal Daisy, quien era una grosera insoportable, dándole a entender en todo momento que no era bienvenida, que no era texana sino una arrimada con ínfulas de fina.

Rose también le contó que las ollas que fueron enviadas a las barracas de los vaqueros regresaron completamente vacías.

Matilda escuchó aquello, pero no le interesó, ella sabía que tenía buen tino con la comida usando las antiguas recetas de su madre que tenía guardadas en la memoria.

Quien pensaría que dichas recetas antes se servían a invitados a Trixera y ahora lo hacía a peones y vaqueros del Oeste, definitivamente la guerra había arruinado el orden de las cosas.

La idea de servir un plato tan delicioso era justamente obtener el puesto como cocinera, que implicaba mejor salario y, sobre todo, mayor libertad al no tener que verse obligada a realizar las otras tareas de sirvienta, así que este movimiento fue perfectamente calculado por ella.

Además, le sirvió de trampolín para pedirle a Rose que le facilitara papeles y una pluma. La anciana no se sorprendió que la joven supiera leer y escribir, pero aun así aquellas dotes eran llamativas.

Matilda necesitaba escribir una carta esa noche si quería seguir con su plan de despistar a sus primos.

Tuvo que hacer malabares para sacar la vela de la habitación y poder alumbrar mientras escribía en la vieja mesita que estaba en el porche de la casa de sirvientas.

La carta era un anuncio a Jeremiah de que se encontraba en Richmond y que no pensaba regresar a Boston.

La idea de Matilda era hacer una triangulación desde la oficina postal, enviándola primero a Richmond para que la estampillaran y que desde allí la enviaren a Boston.

Era una idea arriesgada, pero esperaba con ello despistar a Jeremiah.

—Ya me lo ha quitado todo… ¿porque seguiría buscándome? — pero no debía fiarse, porque Jeremiah debía tener sus razones para no dejarla ir todo ese tiempo, además de los pagarés firmados.

El otro motivo era despistar a su otro enemigo, ese yanqui apestoso de cara cicatrizada que quería vengarse de ella. Era claro que ese imbécil la buscaría y estaría atento a noticias de ella.

Si llegara una carta diciendo que su paradero era Richmond, ese infeliz perdería la vida buscándola allí.

Así que era un buen plan.

Apagó la vela y guardó la pluma.

Lo otro difícil era enviar la carta a la oficina postal del pueblo.

Frankie, el chiquillo pelirrojo que la asistió en la cocina pelando las patatas le dijo que en el pueblo todo se abría a las cinco de la mañana, porque la diligencia y el ferrocarril salían a esas horas.

La oficina postal debía estar abierta.

Matilda no confiaba en nadie más que en sí misma para hacer la tarea, porque debía asegurarse de que el encargado de la oficina postal del pueblo no sellare la carta.

Afortunadamente seguía teniendo los cincuenta dólares que aún no había gastado, podría pagar el franqueo y quizá un poco más por las molestias al encargado.

¿Cómo llegar al pueblo?

El único modo era a caballo y Matilda había alcanzado a ver que el establo estaba repleto a de ejemplares.

No sería difícil coger uno y salir.

Regresaría antes de una hora y si alguien preguntaba, inventaría una mentira sobre un pariente enfermo al que tenía que enviar una carta.

Sonaba demasiado arriesgado, pero en su mente, entrenado en años de escenario de supervivencia de una guerra y luego lo de Boston, la hacía creyente de poder sortearlo.

—Soy Matilda Tulstan, nada puede ser difícil para mí…así que coger un caballo a hurtadillas no debería ser complicado —decía ella mientras regresaba al interior, a esperar oír el primer canto del gallo de la madrugada para seguir con su plan.

.

.

.

Afortunadamente Daisy y las otras tenían el sueño pesado y Matilda pudo salir a hurtadillas.

Colocó la carta en su seno y caminó lentamente hacia los establos.

Tenía miedo, no podía negarlo, pero también poseía un orgullo inflado por ser una superviviente. Ella era una chica dura del sur profundo, que dio pelea contra los yanquis, así que esto no debía ser nada.

En efecto, al llegar al establo, se topó con varios caballos dispuestos en cubículos individuales. Todos con suficiente agua y paja.

Estos caballos vivían mejor que muchos sureños derrotados de Richmond.

En el segundo cubículo, se topó con un caballo mediano que podría servirle. No se animaba a subir encima de algún ejemplar grande.

Tenía las bridas puestas y la sacó afuera.

—Ven aquí amigo…sólo haremos un corto viaje y te regresaré —le murmuró la joven.

Ella no sabía nada de colocar monturas así que tendría que montarlo a pelo.

Quizá debió prestar más atención a cuando esos engreídos texanos venían a Trixera a presumir de sus destrezas.

Subió al caballo con cierta dificultad y apretó las riendas, intentando guiar al animal.

Pero apenas pasaron unos metros el establo, el caballo no acostumbrado a la improvisada jinete o la falta de montura, comenzó a alzar velocidad, asustando a Matilda, quien no pudo detenerlo aun haciendo uso de toda su fuerza.

El caballo comenzó una loca carrera.

Matilda intentó de todo, pero el animal no se detenía y la joven creyó que moriría.

Pero escuchó el casco de otro caballo que parecía seguirla, y cuando Matilda pudo voltearse a mirar se dio cuenta que un hombre se posicionaba a su lado.

—¡Quieta! páseme su mano si no quiere morir.

Matilda estaba demasiado aterrorizada, pero al final le pasó la mano al hombre, quien directamente la estiró, pero del codo para atraerla a la montura de él.

En un instante, Matilda estaba subida al caballo del otro hombre. Todavía le temblaba el cuerpo por el susto, pero sentía a sus espaldas el olor a sudor varonil, aroma a café y a tabaco.

—Agárrese —le ordenó él mientras regresaban de vuelta hacia la casa.

El caballo desbocado también se había tranquilizado y se quedó a pastar allí donde el hombre la atrapó.

—Y ahora te tranquilizas…estúpido caballo —murmuró Matilda viendo al animal.

Pero olvidaba su rabia contra el equino al recordar que debía pensar en una excusa pronto. Uno de los vaqueros la atrapó y le pediría explicaciones. Esperaba que no tuviera que hacerlo frente a Rose, apenas su segundo día y ya estaba creando dramas innecesarios.

Ya estaba amaneciendo así que sabía que ni siquiera podría escudarse en la oscuridad.

El hombre bajó y luego la ayudó.

Ella no se atrevía a verlo a la cara aún.

—Sólo quería ir a la oficina postal…es que tengo un pariente enfermo —comenzó a balbucear mirando al suelo.

Pero lo que ella recibió a cambio fue una risotada insolente por parte del sujeto enorme frente a ella.

Ella se indignó y alzó la mirada dispuesta a encararlo.

Pero ella jamás imaginó toparse con una persona inesperada.

Ella conocía ese sombrero.

Aun lo recordaba como parte de los retazos melancólicos de su vida anterior.

Mas presto, recio y musculoso que nunca, detalle que se percibía pese a tener puesto una gruesa camisa. La misma piel morena, algo más curtida pero los ojos azules tan distintivos no daban margen de error.

¡Era ese texano atrevido!

—No hace falta que me invente excusas, señorita Tulstan —la voz de él, terminó por darle la razón.

No esperaba volverlo a encontrar nunca pero allí estaba.

¡Era ese Brazo de Hierro Garrett!

Y con él no tenía ganas de fingir.

—¿Eres cowboy aquí…? Pero ¿Cómo?

—Soy texano, la pregunta sería más bien ¿Qué hace una chica del sur en el oeste?

A Matilda le daba cierta vergüenza darle la información, pero imaginaba que siendo cowboy del rancho no tardaría en enterarse.

—Trabajo aquí…—le dijo en voz más baja.

Él rió y se volvió a su caballo para quitarle la montura.

Su aspecto era impresionante y ella no pudo evitar admirar esas anchas espaldas.

—Pues era mal momento para salir de excursión— comenzó a decir él—. ¿Cómo pensaba franquear los pórticos? Los cowboys de

guardia le hubieran pegado un tiro antes de preguntar y aunque haya alcanzado a salir, siempre puede toparse con algún indio o un Raffle, que son los bandidos locales.

Matilda se asustó.

—¿Hay indios por aquí?

—Estamos en Texas y tenemos de todo por aquí —él se volteó—. Hasta sureñas insolentes que creen aun estar en la tierra de papi ¿verdad?

Matilda se indignó profundamente, más aún recordando a su desaparecido padre. Eso le dio valor para sacar a relucir toda su rabia, aquella que no pudo sacar en años por causa de la frustración por sobrevivir esperando nada.

Se llevó las manos a la cintura en porte desafiante.

—Y dime una cosa ¿el mentado Rey del Ganado también tiene una hija a la que intentes seducir?

Una de las cosas que oyó mientras cocinaba es que el dueño del rancho tenía un apodo con el que era famoso: El rey del ganado.

Matilda esperaba herirlo y molestarlo con ese cruel comentario, pero Luke no se inmutó.

—Realmente tiene suerte que la haya encontrado y si no recuerdo mal, es la segunda vez que la salvo de romperse el cuello. Estamos predestinados, señorita Tulstan —le dijo él con total tranquilidad.

—Aunque mi situación haya cambiado, eso no te da derecho a tratarme como una igual, no lo somos y nunca lo seremos.

Él sonrió de lado y regresó junto a su caballo.

—Le sugiero volver a su cama, señorita Tulstan porque si la ama de llaves descubre que anda husmeando las caballerizas, no será bueno para usted —cogió las riendas del caballo y se marchó caminando hacia el interior de la misma, no sin antes hacerle un gesto con el sombrero como despedida.

Matilda quedó sola en el patio viéndolo desaparecer en el interior del establo.

Apretó los puños de rabia.

No tanto por la humillación de que justamente ese maldito cowboy que la pretendió en el pasado estuviera trabajando en el mismo lugar que ella, sino por esa extraña sensación de alivio y mitigación que sintió al ver a ese hombre.

Pese a todo, él formó parte de aquel pasado que perdió y que le arrebataron.

Nunca pensó que volver a ver a Luke "Brazo de Hierro" Garrett le llegaría a producir tal sensación de sosiego.

CAPÍTULO 7

Matilda regresó a la cama esa madrugada, pero lo poco que quedaba, no volvió a dormir.

No dejó de pensar en aquel encuentro.

Tenía ganas de morderse la lengua por haber sido tan grosera e impulsiva con Brazo de Hierro. Le costaba admitirlo, pero él no era un mal hombre. No lo fue en el pasado y en su mente aun lo asociaba con el atrevido sujeto de posición inferior que le pidió matrimonio.

Era intrépido, había que reconocerlo.

Siempre fue un hombre sumamente atractivo, capaz de revolucionar a las muchachas en Richmond, pero ahora es cuando estaba hecho un hombre en toda regla.

En el fondo lo envidiaba, mientras los del sur profundo lo perdieron todo, estos de Texas habían seguido su vida normal. Recordaba como él escapó aquella noche cuando llegó a Trixera el anuncio del inicio de la guerra.

La cobardía lo puso a salvo y ahora de nuevo se encontraba sirviendo a ricos rancheros como si nada.

Recordaba que en uno de sus bolsillos aún tenía el estúpido broche de madera con forma de caballo. Esa cosa ni siquiera le hizo el favor de perderse.

Tuvo que levantarse a las siete, cuando Daisy amenazó con derramarle agua fría.

—Los señores y los vaqueros esperan el desayuno, holgazana —le dijo la sirvienta.

Cocinar era demasiado sencillo para Matilda, pero mientras lo hacía no dejaba de pensar en Brazo de Hierro.

Quería volver a verlo, hablar con él y el simple hecho de encontrar alguien de su pasado, con quien pudiere tener, aunque

sea tres palabras, le daba una paz que no conoció en mucho tiempo.

Las bandejas con bollos, pan de maíz recién horneado, sémola de maíz, jaleas y café fueron enviadas tanto al comedor de la casa principal, como a las barracas de los vaqueros. Además de eso, en la mesa de las sirvientas, también se servía.

En ese lugar, Matilda compartía mesa con Rose, Daisy, Frankie y las otras muchachas.

Cuando sonó la campanilla, Rose se levantó porque la llamada era para ella.

Cuando la anciana se marchó, Daisy no dudaba en iniciar la particular guerra que inició contra Matilda, y además aliándose con las otras muchachas, quienes la escogieron como bando porque era más antigua.

Así que Matilda no tenía a nadie con quien hablar y las veces que intentó acercarse a Frankie a preguntarle por los vaqueros, porque le daba curiosidad saber más datos de Brazo de Hierro y el tiempo que llevaba trabajando para el rancho, el chiquillo cambiaba de tema.

Matilda se dio cuenta que no confiaba en ella.

Así que la joven se quedó con la curiosidad difícil de satisfacer.

Cuando se disponía a guardar el pan que sobró, Rose apareció en la cocina.

—El señor del rancho y el administrador desean conocerte —le avisó.

La anciana entornó los ojos al decir esas palabras, como una especie de advertencia a Matilda de que no intentara sobrepasarse con la oportunidad que se le presentaba.

La mujer dejó el pan en la alacena y se limpió las manos.

No conocía aun al amo del rancho, aunque sí tenía muy presente al señor Jasper Bowles, el administrador, ya que gracias a él y que despidió a Nanny West, es que ella tenía trabajo como cocinera.

Matilda siguió a Rose y no pudo evitar cierto nerviosismo.

Por un momento temió que Jeremiah la haya rastreado y que hubiera llegado junto al dueño a presentar una queja contra ella.

Se horrorizaba de pensar en aquello.

Cuando llegó al comedor, junto a la mesa, sólo había tres comensales en ella.

La mujer se quedó petrificada al reconocer al hombre sentado en el centro, que la miraba hasta divertido.

Brazo de Hierro la observaba fijamente y sus enormes ojos azules parecían penetrarla.

Junto a él, se sentaba otro hombre joven, vestido más elegante y ella detectó enseguida el bastón junto a su silla. Ese tenía que ser el administrador, el tal Jasper.

Al otro lado, estaba un hombre más viejo pero que Matilda también reconoció. No recordaba exactamente su nombre, pero pertenecía al grupo que acompañaba a Luke cuando iba a Trixera. Ese sujeto parecía sorprendido de encontrarla en ese lugar.

Matilda volvió a mirar al hombre del centro.

¿Qué clase de broma era ésta?

¿Cómo es que el administrador permitía que un vaquero cualquiera ocupara el sillón del dueño de casa? Eso era una blasfemia.

Tan pasmada estaba que sólo cuando Rose carraspeó, despertó y se dio cuenta que no había saludado.

Con mucha vergüenza de su parte, hizo una corta reverencia a modo de saludo, más dirigida al hombre que ella identificó como el administrador.

—Vaya modales tan interesantes, aunque le aseguro que aquí en Texas no estamos acostumbrados —comentó ese Jasper, examinándola de pies a cabeza.

—¿Me habéis mandado llamar? Entiendo que el amo quería conocerme —dijo Matilda con lo primero que se le ocurrió. Procuraba no mirar a Luke.

—En efecto, quería conocerla —pero fue Luke quien habló.

Matilda lo miró atónita.

Él le sostuvo la mirada y se notaba que se encontraba muy divertido con todo esto.

—Debo felicitarla por el estofado de anoche y el desayuno de esta mañana —comentó Luke—. No tenía idea de que habíamos cambiado de cocinera.

—No es algo por lo cual debáis molestaros, los asuntos de la casa están a cargo mío —le respondió Jasper—. Por ello, me designasteis administrador.

Aunque la verdad ya le golpeaba el rostro, sólo allí Matilda entendió completamente lo que estaba pasando.

¡Luke "Brazo de Hierro" Garrett era el Rey del Ganado!

¿Por qué no dijo nada cuando se reencontraron a la madrugada, donde apareció fungiendo como su salvador?

Lo peor es que él parecía muy divertido y relajado, por darle la sorpresa.

¿Qué clase canalla hace eso?

El administrador, el sujeto llamado Jasper indiferente a la tensión que ella dirigía al dueño de casa, señaló los panes de la mesa.

—Los panes estaban muy bien y eso me da la pauta de que puede hacer más recetas innovadoras —observó Jasper—. Pronto recibiremos una importante visita en el rancho y viene desde Nueva York. Es mi prima y es muy exigente, y creo que la calidad de sus platillos podría satisfacerla, así que le aviso que nos reuniremos mañana para hablar de eso y de los insumos necesarios.

—¿Su prima, la señorita Delilah viene de visita? —preguntó el anciano Leroy

—Creo que es una visita que agradará mucho al señor Garrett —comentó Jasper, de forma tendenciosa.

Aquellos comentarios comenzaron a molestar a Matilda, quien seguía parada allí sometida al escrutinio de Luke.

—Estoy a sus órdenes, señor Bowles —se limitó a decir, también como forma de alejarse de allí.

—Puede retirarse —la dijo el administrador.

Matilda hizo otra reverencia corta y se retiró de inmediato de allí.

Si no estuviera tan acostumbrada a las humillaciones por tantos acontecimientos acaecidos en esos últimos años, probablemente

hubiera llorado.

¿Cómo es que ese sujeto era tan rico ahora?

Tendría que existir un truco detrás de todo.

El orden natural de las cosas es que siguiera siendo un muerto de hambre, como ella misma se lo dijo en el pasado.

Volvió a la cocina y prácticamente arrojó unos vegetales al suelo.

Tuvo que fingir que fue un accidente antes de que Daisy le fuera con el chisme a Rose.

Mientras preparaba el almuerzo, no dejaba de pensar en Luke, ese imbécil y en cómo se divirtió con ella. Era claro que ya sabía que ella era la cocinera y la llamó para reírse a su costa.

La comida fue un delicioso guiso con carnes y vegetales cocidos, con suficiente pastel de maíz para que todos pudieran repetir.

Luego de que Matilda enviara las ollas a las barracas, notó que Frankie fue a comer con los vaqueros y las otras sirvientas se sentaron lejos de ella.

Todos excepto uno, que era ese sujeto de piel cetrina que oyó que llamaban Rufus y que era criado del administrador. Fue el único que vino a sentarse a comer junto a Matilda.

En otras ocasiones, Matilda nunca le hablaría a un sujeto de aspecto tan fantasmal como ése, pero Matilda tenía mucha curiosidad y no tenía a nadie con quien satisfacerlo.

Rufus no parecía afín con las otras sirvientas, porque nunca hablaba.

Así que Matilda le sirvió un plato más rotundo que a los demás.

El criado lo notó y no dijo nada.

—Es claro que quiere preguntar algo y no se atreve ¿verdad? —le dijo el sujeto repentinamente.

—Soy nueva en el rancho y no conozco nada de este lugar porque en Boston nunca oí hablar de el —Matilda fue rápida ideando lo que iba a decirle—. ¿Por qué le dicen el rey del Ganado al dueño del rancho?

Rufus enarcó una ceja mientras comía.

—Porque tiene más ganado que cualquier otro ranchero en varios estados…y porque es rico, más del dinero que alguna vez verá usted…—comentó el criado, con cierto aire conspirativo.

Matilda notó con desagrado que aquel sucio criado la miraba con los mismos ojos que antaño la veía Ceasar, con ese tinte lujurioso.

—Todos dicen que se ganó la fortuna capturando ganado salvaje y llevándolo a Arkansas sin perder una sola res…pero hay otro chascarrillo más creíble —le hizo un gesto para que ella se acercara.

Matilda dudó porque ese hombre le desagradaba demasiado, pero la necesidad de información era más profunda así que puso su oído cerca de los susurros de Rufus.

—Dicen que encontró el tesoro perdido de la confederación, que él asaltó el convoy asesinando a todos para que no quedaran testigos, ocultó el oro y cuando terminó la guerra, lo utilizó para ser el hombre rico que es ahora….

Matilda quedó atónita y asqueada con aquella información.

Rufus parecía divertido de por fin hallar un oído afín con quien esparcir los chismes que tenía, pero Matilda sentía repulsión y rabia.

Volvió a su labor frente al fogón, pero no dejaba de pensar en aquello.

Como todo sureño, ella conocía la misteriosa leyenda que rodeaba a la desaparición del oro confederado, aquel último gran recurso de los estados derrotados del sur destinados a pagar a soldados y sus provisiones que nunca llegó a destino.

Confederados pelearon famélicos y sin provisiones en la última batalla.

Matilda apretó el trapo con rabia.

Su propio padre tuvo que marcharse para llevar víveres a los cuarteles, como uno de los últimos recursos disponibles, a causa de que oro nunca llegó, desapareció y nadie supo nunca que ocurrió de él.

Su padre desapareció por ese motivo.

Probablemente muerto en alguna tumba olvidada y desconocida en medio de tanto horror y otros cadáveres sin nombre.

Y todo porque un maldito cobarde y egoísta decidió robarse el oro de sus compatriotas.

Sentía una rabia profunda, tanta que tuvo que salir del recinto a respirar algo de aire fresco.

Dio una mirada a la fachada del rancho.

¡Todo esto era fruto de robar a otros hombres inocentes que sangraron por la Confederación!

Fruto del dinero sucio y el asesinato.

Las manos del rey del Ganado estaban manchadas con sangre. Todo el maldito rancho estaba sucio de eso.

Se limpió una lagrima que no pudo detener.

Tenía que preparar el café de la tarde, que se preparaban en grandes ollas, porque lo bebían en todo el rancho.

Cuando Daisy vino a buscar las hogazas de pan recién horneado, le hizo una mueca de desprecio.

—El patrón quiere que le lleves el café…

—¿Qué…?

—¿Ahora eres sorda? No sé qué jueguitos te traes, ya esta mañana, el señor Jasper quiso verte y ahora el dueño del rancho —le hizo un gesto con el dedo—. Apresúrate a llevarle el café y una taza de suero de leche.

Daisy se marchó moviendo sus caderas de forma presuntuosa.

Luke la volvía a llamar para darle otra lección de humillación y mostrarle que ahora tenía más que ella.

Igual no pensaba darle el gusto, aunque perdiera el trabajo.

Cogió la jarra caliente con una taza y otra con suero de leche para cargarla en una fuente y se lo llevó al Porche donde Daisy le señaló que el amo fumaba su tabaco.

Estaba demasiado enojada y probablemente no se iba a contener.

Lo encontró cómodamente sentado, mirando hacia los prados del frente mascando su tabaco, como si nada lo aturdiera y sintiéndose dueño del mundo.

Con una actitud combativa, ella se acercó sin saludar y dejó la fuente sobre la mesa junto a él.

Él la miraba, pero ya sin esa pizca divertida e irónica de la mañana.

Ella se volteó dispuesta a marcharse sin decir nada, pero unas palabras de él la detuvieron.

—¿Por qué está molesta? ¿no vino a Texas sabiendo que yo era el dueño del rancho?

—¿Y que con eso? No lo sabía y aunque lo hubiera sabido ¿Qué tipo de ayuda le hubieras prestado a la hija de un soldado confederado desaparecido?

El rostro de él se contrajo con aquella información.

—Siento oír eso —le dijo—. Su padre era un buen hombre.

—Pues definitivamente fue mucho mejor que otros que corrieron con mejor suerte, aunque no fueran merecedores—replicó la mujer marchándose a toda prisa, antes de que él volviera a criticarle algo porque no lo soportaba.

Y temía echarse a llorar y que él la viera, además.

CAPÍTULO 8

Ya había visto y oído al que fungía como administrador de la casa, que era ese Jasper Bowles.

Literalmente era gracias a él que tenía ese trabajo porque él despidió a la anterior cocinera.

Jasper Bowles administraba la casa y su posición lo colocaba por encima de la propia Rose. Tenía un despacho propio cerca del salón y era allí donde Matilda se dirigía a llevarle una jarra de café y a conversar, porque Jasper quería hablarle de los platillos a preparar para la dichosa prima que venía desde New York.

Un asunto ridículo que alcanzaba a molestarle.

Recordaba el día anterior cuando Jasper comentó que la supuesta muchacha que vendría de visita "era importante para Luke"

Que ridiculez, ahora tenía que cocinar platos para la amante de ese sujeto.

No entendía porque la idea la molestaba tanto.

Al llegar, vio que Jasper escribía en un cuaderno mientras tenía abierto otro.

La joven entró llevando la bandeja.

—Señor Bowles, le traje el café y me dijeron que tiene tiempo para hablar del menú para la visita —acercándose, aunque el escritorio se encontraba repleto y no veía sitio donde bajar la fuente.

—Acérquese, señorita ¿Matilda? Nunca tengo claro su nombre. Sírvame el café —le pidió el sujeto

Era una situación molesta porque al no existir espacio para bajar la fuente, Matilda tuvo que servir todo con una mano mientras con la otra sostenía la bandeja.

El hombre no daba señales de darse cuenta, y Matilda sirvió el café.

Le pasó un papel donde contaba una lista.

—Estos son los platillos favoritos de mi prima Delilah, intente replicarlas lo mejor posible y no se lo digo porque sea mi pariente, sino porque ella podría su futura ama porque todo parece indicar que será esposa del señor Garrett en un futuro cercano. Mi idea es agasajarla lo mejor posible y que ella vea la buena predisposición de los sirvientes —Jasper bebía su café y le hizo un gesto a Matilda que recogiera el papel.

Con la posición sumamente incomoda de tener que oír esa retahíla donde se enteraba que una prima de ese hombre tan desconsiderado estaba a punto de casarse con Luke, un ladrón que robó a su propia gente, estaba el asunto de que ella aún permanecía con la bandeja y con solo una mano libre para recoger el dichoso papel.

Lo peor, Jasper ignoraba su incomodidad.

Pero cuando Matilda intentó cogerlo, la bandeja se deslizó de su mano sin que pudiera evitarlo y peor, Jasper se sobresaltó para intentar cubrir los libros que empujó la batea con cierta violencia.

La fuente con la jarra y taza se hicieron añicos contra la pared, pero el brusco movimiento hizo que todos los libros abiertos de la mesa cayeran estrepitosamente al suelo.

—¡Oh, por dios! —clamó la mujer

—¡Esto es un desastre! Recójalo todo, que no quiero que se dañen los libros de contabilidad —exigió al administrador.

Matilda tuvo que agacharse a recogerlos del suelo, porque estaban desparramados.

Peor con cierta rabia, porque el asunto ni siquiera fue culpa suya, porque ese Jasper tuvo mala predisposición con ella.

Eran dos libros y muchas hojas desperdigadas.

Al principio los miró sin prestarles real atención, mientras Jasper seguía bebiendo su café como si nada.

Pero cuando cogió un par de papeles para ordenarlas dentro de los libros, notó algo y eso llamó a su natural curiosidad. Los números estaban mal y no tenían mucha coincidencia con varias partes.

Ella sabía leer libros de contabilidad. Su padre la adiestró en ello y ella tenía mucha experiencia en Trixera, además que vio de primera mano, malas prácticas por parte de dos administradores que trabajaron con su padre.

Lo de tener libros paralelos con números aumentados no era algo desconocido para ella y por ello, quedó acuclillada leyendo las notas de los libros.

—¿Qué tanto mira? Como si una analfabeta como usted supiera leer o entender un número. Le dije que lo recoja todo y luego váyase de mi despacho de inmediato, porque su delantal apesta a grasa de cocina.

La furibunda reprimenda de Jasper hizo que Matilda dejara la lectura y cogiera rápidamente los libros para colocarlos sobre el escritorio.

Luego fue a la esquina a recoger la fuente con la jarra rota.

Jasper la miraba como si fuera una intrusa y la joven se apresuró en cogerlo todo para salir de inmediato.

Ese sujeto era imprevisible y Matilda ya tenía suficiente esquivando a Luke y a las otras sirvientas que la detestaban, como para echarse encima también al administrador.

Se había ido tan rápido que olvidó los extraños números que vio en los libros que manejaba Jasper.

.

.

.

Matilda se sirvió el almuerzo, luego de hacerlo a las otras sirvientas cuando Rufus vino a sentarse en la misma mesa de ella.

—Mi señor se quejó de que no es muy lista y dejó caer una fuente, rompiendo cosas y que ya avisó a Rose, para que se lo descuenten del salario ¿Cómo le parece?

Matilda le tenía un desprecio a ese sujeto, pero era el único que le hablaba.

Ni siquiera el mocoso Frankie se le acercaba demasiado, porque parecía sospechar que le tenía animadversión a Brazo de Hierro y

ese sujeto era la adoración del chiquillo.

—Fue un accidente —replicó Matilda.

—Tendrá que corregirlos para cuando llegue a la casa la futura ama del rancho —Rufus hizo un gesto con los dedos—. Es la prima de mi señor.

—¿Y el mal genio es cosa de familia? —preguntó Matilda sin pensar, aunque se arrepintió enseguida de mostrarle demasiado a Rufus.

Pero Rufus rió y movió sus ojos, pensando en la dama en cuestión.

—Es la mujer más hermosa que existe…y el Rey del Ganado tendrá suerte al obtenerla sólo para él —aunque eso ultimo lo dijo con un tono parecido a los celos.

—¿Y vive en Nueva York? —preguntó Matilda.

—Sí, es de allí como lo fue mi amo Jasper, es una muchacha fina —Rufus paseó la mirada en Matilda, quien terminaba de lavar unos vegetales—. Y usted querrá copiar su estilo.

Matilda entornó sus ojos. Jamás le copiaría el estilo a alguien que además era pariente de ese administrador.

Pero viendo a Rufus, se le ocurrió algo.

—La señora Rose me dio permiso para ir al pueblo, necesito ir a la oficina postal ¿puedes llevarme?

Rufus vació su vaso.

—En el establo están los vaqueros, pídele a ellos. Yo solo sirvo al señor Jasper ¿Cómo se verá que me vean conduciendo una carreta llevando a una cocinera? —respondió Rufus con desdén.

De todos modos, Matilda no esperaba mucho de ese personaje. Si le hablaba, es porque era el único que le respondía.

Terminó de lavar los vegetales y luego se quitó el delantal.

Se aseguró de tener la carta, la misma que llevaba días escrita y que no pudo llevar aquella vez porque Luke se interpuso en su camino.

Al salir al establo, se topó con dos vaqueros que limpiaban unas monturas.

No recordaba sus nombres, pero Daisy solía coquetear abiertamente con uno de ellos y que era justamente el que limpiaba la montura.

—Tengo un permiso de la señora Rose para ir al pueblo ¿podríais llevarme? Porque también me dijo que no era prudente ir sola para allá —les preguntó Matilda

El objeto de deseo de Daisy se acercó, enarbolando una sonrisa seductora.

—Pues si es así, me llamo Tucker y estoy a sus órdenes —el hombre se llevó una mano al sombrero—. Tengo como actividad favorita llevar de paseo a muchachas bonitas y más a una que cocina tan delicioso.

El muchacho era guapo, con su cabello castaño y su figura alta. El insolente era consciente de su atractivo y no dudaba en coquetear con todas las muchachas del servicio. No era raro que la tonta de Daisy hubiera caído tan fácil.

Aun pensaba en una respuesta que pusiera de mal humor al vaquero con ínfulas de galán, cuando la voz de alguien más apareció.

—Sigan en lo suyo, estoy por salir al pueblo y puedo encargarme de llevar a la señorita.

Esa voz y ese porte de mando sólo podía ser de él.

Luke "Brazo de Hierro" Garrett emergió sin que nadie lo llamara pero que podía hacerlo cuando le diera la gana. Todo el suelo que ella tocaba le pertenecía a ese hombre.

A Matilda le disgustaba, pero la idea era llevar la carta cuanto antes, y no podía rechazar la oferta.

—Gracias…señor —dijo con una voz impersonal.

El vaquero que estaba con Frankie sacó un caballo del establo, un enorme ejemplar negro.

No pretendía que ella subiera con él ¿o sí?

—¿Iremos en un solo caballo?

—¿Por qué no?

La simple idea de tenerlo tan pegado a ella le causaba un temblor en el cuerpo inexplicable.

—Pero es que…—quiso decir ella mientras pensaba una idea que no la colocara en evidencia—. No creo que sea correcto que lo vean llevando a cuestas a alguien del servicio, pensaba que sería mejor una carreta ¿no?

Luke miró el caballo mientras Tucker sonreía.

—No queremos ofender el pudor de algunas personas así que preparad la bendita carreta —ordenó finalmente.

Matilda quedó parada en la misma esquina mientras Tucker y el otro vaquero traían la carreta y la ensamblaban con dos caballos.

—¿No va a ensamblar a su caballo? —preguntó Matilda, viendo que el enorme caballo negro de Luke regresaba al interior del establo.

—A *Viento Oscuro* no le gusta llevar carretas, es un muchacho con carácter —comentó Luke, subiendo al carro y pasándole la mano para ayudarla a subir.

Aquel gesto la hizo dudar, pero finalmente le pasó la mano.

Él la cogió con fuerza alzándola con mucha facilidad al carro.

Fue un instante, apenas dos segundos de contacto, pero Matilda quedó abrumada con el roce de aquella mano grande y callosa.

Se sentó junto a él, quien manejaba las riendas.

Pero todo el viaje permaneció callada.

Primero por el aturdimiento de la calidez inexplicable de aquella mano y luego por estar mirándolo a hurtadillas y de forma disimulada.

Era imposible no hacerlo.

Era un sujeto que despedía una hombría protectora rotunda, no sólo por la altura de su cuerpo o la forma del mismo, sino por su rostro ciertamente algo curtido pero aquel detalle que delataba su vida bajo el sol le otorgaba un atractivo extra. Tenía unos ojos azules muy grandes, visibles desde lejos.

—¿No le cansa el verme tanto? —preguntó él repentinamente haciendo que ella abandonara el escuadriñaje.

—Yo no estaba viendo nada, solo miraba el camino. Es la primera vez que salgo del rancho.

—Casi olvido de su fallida huida la primera noche que durmió aquí ¿ya notó que es fácil pedir un transporte? Ya no tendrá necesidad de escapar en medio de la madrugada.

Él tenía una gran facilidad para avergonzarla con sus comentarios.

—Aparentemente no le dijiste a nadie en el rancho…de cómo fue que nos conocimos en el pasado —finalmente comentó ella. Sabía que fue así, porque caso contrario, Daisy, Rose o hasta ese entrometido de Rufus ya se lo hubieran dicho.

—Es evidente que no quiere ser descubierta —refirió él sin dejar la vista al frente y sosteniendo las riendas con firmeza—. Además, no soy un bocazas.

El pueblo era grande y muy animado.

Matilda pudo ver por primera vez lo que no pudo el día de su llegada.

Con mucho ambiente y gente yendo y viniendo.

Tiendas de abastecimiento, ropas, zapatos, barberías y hasta restaurantes. En su mente, siempre imaginó que los texanos vivían con cierto retraso en comparación a la opulenta vida en el Sur, pero se equivocaba.

Las oficinas gubernamentales estaban cerca de un hotel. Un cartel individualizaba a uno como la oficina postal y era lo que estaba buscando.

Luke paró la carreta enfrente.

Y para vergüenza de Matilda, él volvió a ayudarla a bajar.

—Tómese su tiempo, yo iré a hablar con la gente de la carpintería —le advirtió.

Matilda agradeció que él no la siguiera.

Pero se aseguró de ver su ancha espalda entrando a la carpintería que estaba a pocos pasos de la oficina postal.

Al entrar en esa dependencia, Matilda tuvo que hacer uso de toda su paciencia para explicar al funcionario su idea de enviar la carta a

Richmond sin sellos y que luego desde la oficina de allá la reenviaran a Boston.

El pobre hombre tuvo que llamar a otro empleado de mayor antigüedad al verse perdido con el petitorio de la muchacha.

—Soy cocinera en el rancho El rey —señaló la carreta que estaba afuera—. Si no confían en mi idea, quizá debería llamar a mi patrón para que me avale ¿no les parece?

Usar la identidad del grandilocuente rey del ganado tuvo un efecto inmediato.

—¿Eso es cierto?

—Yo la vi bajar con el señor Garrett —aseguró el otro hombre.

Finalmente, el segundo sujeto tomó la carta de Matilda.

—Tomaremos su pedido y usted sírvase abonar el doble franqueo porque esta correspondencia hará un largo viaje —le advirtió.

Feliz de que todo saliera bien, Matilda abonó los cuatro dólares, que era un costo muy alto, pero era algo que debía hacerse.

Cuando iba a salir de la oficina, se topó con un rostro conocido.

—Tu eres la muchacha fina que entró a trabajar en el rancho y que tomó mi lugar…

Era la antigua cocinera Nanny West que parecía reconocerla perfectamente.

—Yo no tomé nada, pero el puesto quedó libre cuando usted se fue —le recordó Matilda.

La mujer se acercó sacando unas cartas para entregarlas al dependiente.

—Estoy trabajando en la cocina del señor Wess, pero además de cocinar para un batallón de gente, también tengo que encargarme de enviar su correspondencia porque el señor es un tacaño que no quiere pagar un criado para eso —se quejó la mujer pasándole el dinero al funcionario del correo.

Matilda no tenía ningún interés de oír batallitas y más de esa mujer que la miraba como si fuera la culpable que la echaran de la hacienda.

—No me pagan como en el rancho, pero o es eso, o tendría que dedicarme a lavar ropa en el rio hasta perder los dedos —se volvió a quejar la mujer.

—Que tenga buen día, señora Nanny West —atinó a decirle Matilda con el fin de escapar de allí

—Daisy tenía razón, sin dudas que te das ínfulas de fina —retrucó la ex cocinera del rancho y algunas cosas más que Matilda ya no oyó porque apresuró la marcha.

Al alcanzar la carreta, giró para asegurarse que la mujer no la siguiera.

En eso vio que él caminaba hacia ella, cruzando la calle.

Si sobre un caballo era imponente, verlo caminando era formidable.

Luke tenía la sonrisa fácil y saludaba a todos.

Los hombres lo observaban con admiración y las mujeres, así como ella, también se le quedaban viendo con un arrobamiento impropio y que hubiera escandalizado a las gentes del sur.

—¿Ya acabó? —preguntó revisando las riendas.

—Sí, pero regresaré en unos días a confirmar que hicieron el envío.

Luke volvió a tenderle la mano para ayudarla a subir.

De nuevo, esa calidez sin sentido que menos mal duraba menos de un segundo.

Volvió a acomodarse junto a él para el viaje de regreso.

Ella sin haber perdido los nervios de antes y él tan tranquilo como siempre.

—¿Y cuándo me va a decir el secreto que se trae? —preguntó él repentinamente—. ¿Huyendo de algo o de alguien?

Que él preguntara aquello fue un alivio para Matilda, porque le permitió cambiar esa inquietud nerviosa por una profunda indignación.

—No creo que el salario que me pagas te habilite a hurgar en mi vida ni ahora ni nunca —respondió agriamente, para que él no intentara siquiera bromear de nuevo.

Él se mantuvo imperturbable y siguió conduciendo la carreta, en silencio.

Ella en cambio, en lo único en lo que pensaba es que no debía sentir remordimientos por ser tan grosera con ese hombre.

Él no merecía ninguna consideración, porque era un ladrón.

Y en vez de sentir algún remordimiento por ser tan insolente con él o por no poder evitar que sus ojos se perdieran mirándolo, debía agradecer haberlo rechazado años atrás.

Ese hombre no se merecía nada.

CAPÍTULO 9

Matilda amasaba pan cuando Frankie llegó para pedir algo de comer.

—Tengo carne seca y el pan del otro día en la mesa —le advirtió ella. No estaba de humor, porque en la cocina solo estaba ella y la ayuda inservible de una sirvienta. La cocina rebosaba de trabajo porque Jasper le advirtió que su prima llegaría en cualquier momento y debía tener comida preparada fresca para cuando ella llegara.

Frankie no la ayudaba mucho porque el niño además de arisco, se escapaba mucho a las barracas de vaqueros, pero Rose le pidió que obedeciera la ordenes de la cocinera.

Así que con mucho desgano lo veía arrastrar sus pies para traer leña, recoger huevos y ordeñar vacas.

—Todavía no recogiste los huevos y los necesito para el pastel que pidió el administrador —le repitió Matilda mientras colocaba la masa en la bandeja.

—Daisy puede hacerlo, y le alcanzaría el tiempo si no coqueteara tanto con Tucker —refirió Frankie mordiendo un trozo delicioso de carne seca.

—Pero es tu trabajo ¿o acaso te encargaras de limpiar las habitaciones en vez de ella?

—Eso es cosa de mujeres —gruñó el niño—. Yo soy un hombre.

—Le diré a la señora Rose que no trajiste los huevos y además me aseguraré que no te toque pastel.

—Un día transportaré ganado como lo hizo Brazo de Hierro y nunca más me veréis haciendo de pinche de cocina…

—¡Pues mientras sigues siendo el pinche de cocina!

Frankie se acercó a ella que tenía las manos en la masa y le susurró algo que la enrojeció.

—Pero seré un pinche de cocina con información, ayer fuiste a pasear con el patrón y todos los vimos. Te traes algo y te vas a estrellar cuando venga la futura patrona, la prima de ese estirado del administrador…

El chiquillo se alejó corriendo riéndose a tambor batiente, dejando a la joven con las mejillas arreboladas y prometiéndole darle una lección al niño.

Matilda no podía permitir que se hicieran chismes por lo que pasó el día anterior.

Le quería preguntar al niño donde oyó aquello, pero Frankie no volvió ni para cenar, lo cual era extraño porque era un glotón.

Horas después al sentarse a comer, Tucker entró a la cocina con prisa.

—¿Habéis visto al mocoso?

—No lo he visto —contestó Daisy

—Ese haragán tenía que pelar patatas y no apareció —se quejó Matilda.

Pero el rostro de Tucker no daba lugar a bromas porque al cabo de unos minutos apareció otro de los vaqueros sobresaltado.

—Frankie nunca llegó al pueblo, con Wyatt preguntamos a todas partes y nadie lo vio —informó el muchacho

—¿Qué? —Tucker salió rápidamente afuera, seguido del otro vaquero

Matilda no entendía nada, pero terminó la cena. Intuía que el niño estaba gastándoles una broma a esos hombres y ya no prestó atención.

Pero cuando vio que Rose entraba presurosa a la cocina, comprendió que algo grave pasaba.

—Matilda, prepara mucho café porque se necesitará.

—Todavía no me devuelven las ollas de las barracas.

—Nadie habrá cenado…es que Frankie, ese niño cabeza hueca, desapareció esta tarde y se organizará una batida para buscarlo.

—¿Qué? ¿una batida? Ese niño es un travieso, señora Rose. Seguro estará durmiendo bajo algún árbol para escapar del trabajo

—dijo Matilda.

Pero la anciana estaba seria.

—Se ofreció a llevar algo al pueblo y nunca llegó…pero lo peor es que su caballo apareció solo hace unos instantes con unos rastros de sangre que no eran del animal.

—¡Oh, por dios! —Matilda no esperaba aquello.

Tendría que preparar muchísimo café ya que Luke ordenó una batida para buscar al niño.

Un ambiente lúgubre se respiraba, incluso fue la primera vez que Matilda vio al usualmente risueño Tucker, tan serio y con rastros de culpabilidad en el rostro.

Matilda dejó de bromear y comenzó a preparar el café, mientras Daisy y las demás acarreaban el agua y encendían la leña.

El niño era un bocazas, pero la joven le había tomado cariño.

Tucker junto a Wyatt vinieron a recoger el café de la cocina. Tendrían que llevar bastante en las alforjas porque no sabían qué hora vendrían de la batida.

A pesar de que el rancho tenía muchos vaqueros, ella ya identificaba a esos dos porque eran lugartenientes de Luke. Además de que se parecían bastante porque eran primos, el mismo porte musculoso y cabellera castaña. No tenían la misma altura que Brazo de Hierro, pero eran igualmente sobresalientes en aspecto físico, lo cual parecía enloquecer a las muchachas, en especial a Daisy hacia Tucker, quien era el más abierto de los primos.

Wyatt no hablaba nunca y no daba pie a ninguna broma.

A Matilda le dio pena, esos hombres llevaban trabajando desde el alba y ahora Luke los enviaba a una batida sin horario. Sin duda a *Brazo de hierro* se le daba bien dar órdenes a la gente.

—Les hice el café bien cargado —comentó Matilda señalándole los recipientes—. Al señor le ha de ser sencillo dar órdenes, pero sois vosotros los que saldréis a explorar. Espero que Frankie sólo se haya quedado dormido por ahí —realmente a la joven le costaba disimular la animadversión que le producía el dueño de casa.

Tucker le miró extrañado, pero recogió el café.

—No sé de qué habla, señorita Matilda, pero le puedo asegurar que al señor le preocupa más que nadie encontrar al mocoso y que no se haya topado con algún lobo, un indio perdido o uno de los Raffles. Él liderará la batida.

Tucker le hizo un gesto con el sombrero y salió.

Matilda no esperaba aquel ultimo comentario, porque lo imaginaba durmiendo en su habitación mientras los hombres rastreaban.

Brazo de Hierro lideraría la expedición.

Salió a ver por una de las ventanas.

Efectivamente Luke estaba allí sobre el caballo, organizando y dando órdenes. Se fueron apenas Tucker se acercó con las alforjas llenas.

—¡Andando! —fue el grito de Brazo de Hierro.

Matilda los vio desaparecer en la oscuridad y regresó a sentarse en la cocina. Como estaba preocupada por el niño, no podría conciliar el sueño y tampoco estaba de humor para soportar los desplantes de Daisy en la habitación.

Se sentó y al cabo de unos minutos, quedó dormitando sobre el sillón.

Lo cierto es que se respiraba un clima de mucha preocupación en la casa, tanto que ni Rose apareció para regañarla.

.

.

.

—¡Los hombres volvieron!

Matilda abrió los ojos, aturdida y con los ojos adoloridos. Pasó una noche en duermevela, con frío porque se había apagado el hogar de la cocina. Cuando se le aclaró la vista, entendió que acababa de amanecer y más con el sonido de los cascos de los caballos cruzando el pórtico.

Se estiró el delantal, se lavó la cara con una jofaina que estaba cerca y se acercó rápidamente a las ventanas.

Los hombres habían vuelto.

Vio a Luke bajar del caballo y luego vio a Wyatt cargando en brazos a Frankie.

Matilda se asustó temiendo lo peor.

Pero Tucker entró repentinamente a la cocina con una enorme sonrisa.

—¡Hallamos a Frankie! Se cayó del caballo y se rompió un tobillo, por eso no pudo venir a buscar ayuda —anunció el hombre—. Señorita Matilda ¿podría preparar más del café cargado? Sólo eso nos permitió rastrear por todo el jodido bosque.

—¿Eh? Sí, claro —respondió Matilda.

El temor de su pecho también se había aliviado e imaginaba que Tucker más que los otros. Él fue quien envió a Frankie con aquellos mandados y sabía que se sentía el más culpable de todos.

El medico vería al niño y le pondría un torniquete.

Tucker volvió a salir.

Y mientras Matilda buscaba los granos de café para moler, Daisy entró con los brazos en jarras.

—¿Y tú que haces coqueteando con mi hombre?

—No sabía que era tu hombre —la desdeñó Matilda sin la menor intención de ser paciente con esa majadera.

—Escucha, finita…si me entero que le estás echando el ojo a mi hombre, te arrancaré la piel a tiras.

—Y yo le pondré veneno a tu comida, así que no me vuelvas a amenazar, que tu hombre a mí no me interesa —rugió Matilda

—Contigo podría esperarse cualquier cosa, dicen que también te comportas buscona con el patrón…

Eso sí molestó a Matilda, pero la oportuna aparición de Rose hizo que se apaciguara el ambiente.

—Llevad el café enseguida, los hombres están agotados y necesitan algo caliente—ordenó la anciana.

Matilda vio una oportunidad perfecta para molestar a la celosa de Daisy. Cogió ella el recipiente del café recalentado que sobró de la noche anterior.

—Yo lo llevaré —anunció Matilda—. Y que Daisy se encargue de esperar los diez minutos que faltan para el otro balde de café.

Matilda se alejó rápidamente con el recipiente de café rumbo a las barracas no sin antes darle una sonrisita burlona a Daisy.

El comedor de la barraca ya estaba lleno.

No era la primera vez que iba allí, pero Matilda sentía la mirada de esos hombres en ella.

Se los veía agotados luego de toda la corrida nocturna pero que fue fructífera ya que Frankie pudo ser hallado; el niño descansaba en una habitación que Rose acondicionó para él dentro de la casa principal.

—Hice el café muy cargado, debéis estar agotados. Imagino que ni siquiera os dejaran descansar un poco —comentó Matilda bajando la cafetera—. Con lo ocurrido con Frankie ya me doy una idea de lo peligroso que es ese bosque, no lo vale ni todo el oro confederado perdido.

Se instauró un silencio sepulcral en el comedor.

—Pero no importa lo peligroso que sea —fue Wyatt, ese vaquero silencioso quien habló un poco molesto por las indirectas de Matilda —. Ya sea nos perdamos en ese bosque o seamos capturados por los indios, tenemos la certeza que Luke Garrett nos buscará arriesgando su vida en el proceso. Él nunca abandonaría a ninguno de nosotros.

Tucker, quien estaba su lado, asintió con la cabeza mientras se servía el café.

—Durante la guerra, él fue el único que se quedó para rescatar heridos. Él me salvó de ser masacrado en Gettysburg —recordó Tucker.

—¿En la guerra? —preguntó extrañada Matilda.

—Yo y mi primo lo conocimos allí, él era nuestro sargento y todos podíamos estar tranquilos si él estaba con nosotros porque sabíamos que él nunca nos abandonaría como hacen los otros superiores.

Matilda escuchaba sin creerlo. Hasta hace unos instantes creía que Luke fue un cobarde. Ahora se enteraba que participó en la guerra.

—Por eso no tolero cuando aparecen esas habladurías de gente que lo acusa de haberse robado el oro perdido de la confederación para manchar su reputación —agregó Wyatt quien miraba a Matilda con sospecha.

—Eso es cosa de gente que no acepta que un vaquero del camino polvoriento haya hecho fortuna arriesgando su vida una y otra vez en los peligrosos caminos del ganado. Él fue el primer vaquero que cruzó el Crisholm Trail.

—¿Crisholm Trail?

—Él fundó esa ruta para llevar ganado desde Texas hasta Kansas —recordó Tucker—. Y los primeros viajes lo hizo sólo con el viejo Leroy porque todos tenían miedo de cruzar esa ruta.

—¿Y vosotros?

—Yo y mi primo regresamos a casa luego de la guerra para trabajar la tierra, pero la perdimos al no poder pagar los impuestos, y fue ahí que buscamos a Luke, quien se dedicaba a capturar ganado salvaje y llevarlo a Kansas por ese peligroso camino. Él nos volvió a tender la mano y nos enseñó todo…—Tucker parecía emocionado de recordar.

—Así que no sé qué cuentos pudo haberse tragado usted, pero escúcheme bien, señorita Matilda, no vuelva a hacer comentarios sobre ese estúpido oro confederado —Wyatt directamente le vertió una amenaza, no estaba para juegos. Los grandes ojos claros del rudo cowboy se posaron fijo en ella, como advertencia.

A Matilda casi nunca le cerraban la boca, pero en esta ocasión ella salió del comedor de las barracas en silencio.

Las palabras de esos hombres la habían calado profundamente.

Tanto que tropezó cerca de la puerta de la cocina.

Para que todos esos hombres hablaran de esa forma de Luke, con elogios y sentimiento de lealtad, significaba que ella estaba equivocada sobre él, formándose una idea incorrecta, alimentada por los chismes de Rufus, el único criado que no se unió a la batida porque se echó a dormir y también por sus propios prejuicios dolidos por su pasado en común.

Un sinfín de remordimientos se hizo eco en ella.

Tanto que incluso olvidó hacerle una visita al convaleciente Frankie.

.

.

.

Para la hora de la merienda, Matilda preparó una esmerada bandeja con pasteles y café recién hecho y luego de que oyera de que Luke se encontraba en el porche, fue directamente hasta allí.

Lo encontró sentado, mirando hacia el prado, en dirección al bosque. No había dormido nada porque él lideró la batida de la noche y madrugada. Se le notaba el cansancio y aunque él ordenó que los vaqueros hoy descansaran, él no hizo lo mismo porque no fue acostarse ni siquiera para una siesta corta.

Cuando la vio llegar, volvió a relajar su pose.

—Pero si es la señorita Tulstan…

Ella bajó la bandeja en la mesilla.

No sabía cómo esgrimir una palabra y menos teniéndolo a él mirándola con curiosidad.

—Estos pasteles son de maíz…

—No era necesario que viniera, con enviar a Daisy o a la otra ya es suficiente.

—Tenía que venir —interrumpió la mujer, con la mirada baja—. Realmente no sé cómo decir esto— buscaba las palabras adecuadas porque se sentía demasiado avergonzada—. Me hice una idea equivocada de ti, me comporté grosera con arrebatos que me avergüenzan.

Luke parecía sorprendido.

—Usted no me debe nada, señorita Tulstan…

—Pero si le debo una disculpa…—ella levantó la mirada para encontrarse con la de él, quien parecía más sorprendido que ella—. En Richmond sufrimos mucho, ni siquiera sé si mi padre está vivo o muerto, y me dejé llevar por comentarios indignos que te acusaban

de robar ese maldito oro confederado y también pensaba que huiste de la guerra…

Al recordar a su padre, volvió a bajar la cabeza para que Luke no viera las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

Él se levantó del sillón.

—No sé de donde surgió ese chisme infundado sobre el oro y no me importa —contestó él—. Nunca hablo de la guerra, porque no es algo que haga feliz a nadie. Realmente nunca pensé en oír una disculpa de boca de la señorita Tulstan —él levantó una mano y lo acercó al hombro de ella, para darle un consuelo a la aflicción por su padre. Ella así lo sintió.

—¡Señor Garrett! — un grito los interrumpió y él volvió a bajar la mano, sin alcanzar a tocarla.

Era Rose quien aparecía rápidamente.

—¿Sucede algo?

—Vinieron los vigías avisar que el carruaje que transporta a la señorita Delilah, la prima del señor Bowles, fue visto entrando al pueblo. Que no tardan en llegar —informó.

Luke recogió su sombrero y salió rápidamente.

Matilda se quedó mirándolo mientras subía sobre el caballo, sin mirar atrás.

Era la primera vez que tenían una conversación clara y surgía aquella interrupción.

Era frustrante así que se agachó a recoger la bandeja de nuevo.

Igual su vuelta a la cocina fue bastante incomoda porque Rose la miraba con sospecha y desconfianza.

Con la obvia pregunta en su cara de ¿de qué hacía ella dándole conversación al amo de la casa? Siendo que las reglas eran bien claras y ella se lo había dicho el primer día.

Al pasar junto a Rose, la anciana le murmuró—. Usted y yo hablaremos más tarde.

Matilda se retiró con la bandeja.

Y no sabía que cosa la molestaba más.

Si la recriminación de Rose, que la charla con Luke fuera interrumpida o la inminente llegada de la mujer, que todos en el rancho, definían como la futura esposa de Brazo de Hierro.

CAPÍTULO 10

Matilda intentaba preparar la cena con tranquilidad, pero le ponía cada vez más nerviosa las charlas de las ociosas sirvientas que cotilleaban en la cocina.

—La hubieras visto, Daisy…ese color de piel y ese cabello, es la mujer más hermosa que haya visto. Nunca vi a alguien con el cutis tan deslumbrante pese a las horas de viaje encima —comentó una sirvienta, con los ojos llenos de admiración.

—No soy ciega, claro que vi cuando cruzó el salón, pero el señor Bowles me dijo que me retirara, ya que a la señorita Delilah le molesta la visión de la servidumbre —contestó Daisy malhumorada

—¿Es cierto que toca el piano y habla francés? —preguntó otra de las sirvientas, emocionada como si hubiera visto algo muy raro.

Matilda vigilaba la cocción del pollo que adobó para la cena y estaba de espaldas a esas mujeres.

—Como si fuera que hablar francés o tocar el piano fuera la gran cosa…—pensó con envidia.

Ella tocaba el piano, aunque nunca terminó de llevarse bien con los idiomas, aunque conocía algo de francés. Pero era claro que todo eso era una novedad para unas ratas de campo como lo eran esas sirvientas.

—Dicen que se puso de mal humor, porque el señor Garrett luego de recibirla, tuvo que salir a revisar unas vacadas.

Aquella información le devolvió la sonrisa a Matilda, quien estaba a punto de quitar la bandeja con el pollo horneado.

—¿Escuchaste, fina? espero que esto te sirva de lección y no vuelvas a pedirle al patrón que te lleve a ningún lado, la futura patrona acaba de llegar —Daisy comenzó a atacarla.

Matilda iba a responderle, pero el silencio se hizo en el salón y todas se pusieron a buscar algo que hacer.

El señor Jasper Bowles acababa de entrar a la cocina.

—Esto no es un gallinero —las sermoneó y luego dirigiéndose a Matilda—. Usted ¿ya está lista la cena? Si es así, deje a las otras que sirvan, y sígame.

Matilda se limpió las manos, totalmente desconcertada.

¿Habrá oído algo?

—Quítese ese delantal grasiento —le volvió a ordenar el hombre.

Matilda lo dejó sobre el sillón y siguió al administrador.

Por el camino al seguirlo, se enteró de lo que quería.

—Mi prima no trajo a su doncella y aparentemente usted sabe de vestidos y peinados, así que se encargará de prepararla para la cena.

—¿Yo?

—Estoy hablando con usted ¿no es así?

Siguió a Jasper hasta una de las habitaciones de la segunda planta. Una que la propia Rose se encargó de acondicionar y preparar. Estaba a solo cuatro habitaciones de la que decían pertenecía a Brazo de Hierro.

Luego de vivir tantas humillaciones, ahora se sumaba el de atender a una nueva rica con ínfulas de dama.

Tocó la puerta y la empujó.

La mentada Delilah estaba de espaldas, sentada frente al tocador.

Un tocador que hicieron fabricar a toda prisa con el carpintero del pueblo, con unas precisas medidas y un diseño que Jasper supervisó personalmente.

La joven tenía puesto su vestido de lino, porque acababa de bañarse. Eso lo sabía porque Daisy acarreó el agua caliente para ella.

—¿Mandó llamarme? —dijo Matilda.

—Quiero que me pongas el vestido para la cena, luego de que lo planches y me prepares el peinado ¿el señor ya volvió?

—No lo sé, acabo de terminar la comida —informó Matilda.

—Entonces no sabes nada ¿en que estará pensando mi primo en enviarme una cocinera? —la mujer se volteó y al fin Matilda pudo verla.

Era preciosa, con una piel blanquísima que hacía intenso contraste con la cabellera negra. Tenía unas facciones prácticamente angelicales, con unos labios carnosos y una nariz aguileña. Realmente era hermosa.

Matilda no esperaba que las sirvientas tuvieran razón. Cogió el vestido que estaba sobre la cama y fue a plancharla rápidamente. Cuando volvió, Delilah la esperaba de muy mal humor.

—¿Por qué tardaste tanto?

Matilda tuvo que tragarse sus desplantes mientras ayudaba a colocarle el vestido rojo, que le quedaba como un guante, porque la dejaba elegante y delineaba su linda figura.

En el momento de prepararle el peinado, Matilda tuvo que hacer memoria de sus recuerdos de peluquería. La mujer quería un peinado recogido con unos pinchos rojos que hacían juego con el vestido.

Comenzó cuidadosamente el proceso, pero era muy difícil porque la habitación sólo tenía una vela encendida.

Seguro la maldita lo hizo a propósito para dificultarle el trabajo y ocurrió lo inevitable cuando un pincho tocó la fina piel de la nuca de Delilah.

—¡Estúpida! —levantándose y girándose para darle una bofetada en el rostro a Matilda.

Una que dolió bastante porque Delilah usó sus uñas.

—Lo siento, fue un accidente —intentó justificarse Matilda.

—Lo hiciste a propósito ¿acaso crees que no sé quién eres? Vives en el rancho de mi futuro marido —dijo Delilah repentinamente. Matilda tuvo terror que conociera del pasado en común que tuvieron con Luke en Richmond y la pedida de matrimonio de aquel entonces —. Eres la zorra que se escabulle cada tanto para hablarle y que también logró que él la llevara en carreta al pueblo ¡tantas molestias por una sucia criada! Te le estas metiendo por los ojos, mujerzuela —la insultó, aunque eso representó un alivio para Matilda porque no era nada del pasado. Era claro que Delilah tenía sus espías.

—No es lo que usted cree —Matilda se excusó.

—¡Cuando la futura dueña del rancho habla, tú no tienes cabida! Desde ya te advierto que apenas me case con Luke, te echaré a la calle, no quiero a prostitutas intentando seducir a mi esposo ¿lo tienes claro?

Matilda hubiera deseado decirle unas cuantas verdades, pero esa mujer sería capaz de hacerla azotar y no estaba para sufrir. Se limitó a asentir con la cabeza.

—Ahora vete —ordenó Delilah y fue un respiro para Matilda, pero volvió a pararla cuando estaba en la puerta—. Te encargaras de servir en la mesa, quiero que veas de primera mano lo que ni debes soñar en obtener porque yo seré pronto la señora Garrett.

Delilah agregó el insulto final.

Matilda se marchó de prisa antes de que esa bruja viera las lágrimas de rabia que pugnaban por salir de ella.

Se recostó en una de las paredes, para limpiarse los ojos.

¿Es que su vida siempre sería así?

Arrastrándose y humillándose, desde que comenzó esa estúpida guerra que lo cambió todo.

Cuando creyó oír pasos en la escalera, Matilda se marchó de prisa rumbo a las cocinas.

.

.

.

Servir aquella mesa fue un suplicio para Matilda, peor de lo que imaginaba.

Al entrar se topó con Luke sentado en el sitial principal y sus miradas volvieron a encontrarse.

Delilah se sentaba a su derecha y Jasper a la izquierda.

La joven depositó las bandejas con cuidado, para evitar que esa mujer la regañara en público, frente a Luke para sumar más humillación, pero increíblemente aquella mosca muerta le sonrió con una calidez fingida.

—¿Podría pedirle unas frutas de estación? Me gustan como postre —le pidió.

Matilda miró a la mujer ya que no condecía con su tiránica posición de antes y fue allí que Matilda adivinó.

Esa arpía de Delilah fingía una dulzura y bondad frente a Luke y los otros con una excelente actuación.

Ella misma se encargaba de cortar el pan y dárselo a Luke. Sonreía mucho y en alguna ocasión, rozaba sus manos con las de Luke.

A Matilda todavía le dolía el rostro de la bofetada que le dio en la habitación.

De todas formas, esa Delilah no dudó en darle una o dos miradas de advertencia si notaba que sus ojos iban demasiado hacia Luke.

Qué alivio sintió Matilda al irse acostar esa noche ya que afortunadamente Daisy se encargó de cambiarle la ropa a Delilah por su traje de dormir.

Lo único que, al volver, Daisy no dejaba de alabar la belleza de la prima de Jasper.

—Pues deberías tener cuidado, Daisy…porque Tucker también tiene ojos —le dijo Matilda, desde la cama para molestarla y hacerla callar.

Por esa noche, ya no quería oír hablar de esa mujer.

Le costó conciliar el sueño, ya que la imagen de ella y Luke sentados en la mesa era una que le molestaba demasiado.

Y principalmente él que se dejaba.

Pero si ella no le interesara, no la dejaría andar por el rancho diciéndole a todos que era la futura dueña del rancho.

Esa sola idea la enfadó aún más y se cubrió la cabeza con la manta.

.

.

.

Frankie tendría reposo por un mes, así que Matilda se vio sin su pequeño ayudante.

Todas las tareas del niño se tuvieron que distribuir las otras sirvientas, parte de la camarilla de Daisy y nunca tenían lista la leche

a tiempo, porque debían ordeñarla.

Se levantó antes de las seis para hacer el desayuno: bastante café y unos pasteles de fruta que eran un pedido especial de la señorita Delilah.

Por un momento, Matilda quiso arrojarle sal al pastel de la rabia que sentía.

Menos mal esa mujer no volvió a pedir que fuera ella quien la vistiera al levantarse o que sirviera la mesa. Probablemente su primo le advirtió que era la única cocinera del rancho y tenía que preparar el desayuno de todos.

Se le ocurrió que podría salir del rancho como una forma de huir, aunque sea por un rato y también visitar la oficina postal y preguntar por su carta.

Le pidió permiso a Rose, que necesitaba buscar unas especias que no tenían en el depósito para cocinar el almuerzo y que, de paso, quería visitar el correo.

La anciana se lo permitió, pese a que tendrían mucho que hacer más tarde, pero Matilda había estado haciendo un buen trabajo.

Cuando la anciana volvió con el dinero para las especias, ya Matilda se había montado a la carreta, acompañada de uno de los vaqueros más jóvenes.

Dentro de todo, agradecía que el encargado no fuera Wyatt, porque Matilda le tenía miedo.

Ir al pueblo siempre era una experiencia bulliciosa por el ambiente.

Apenas cruzó, a Matilda se le olvidó la rabia que venía sintiendo desde anoche. Fue a la tienda y escogió unas especias.

Pero ir a la oficina postal era toda una experiencia.

Finalmente le confirmaron que enviaron la carta a Richmond y que el chismoso encargado del telégrafo de esa ciudad le comentó que ya la volvieron a reenviar a Boston.

Era probable que su carta estuviera a punto de llegar a casa de sus primos, si es que ya no lo hizo. Rogaba que eso los despistara y se cansaran de buscarla.

Al salir de la oficina postal, el serio cowboy que aguardaba junto a la carreta le dijo que debían volver enseguida.

—El señor Garrett me encargó cuidarla cuando viniera al pueblo, por eso la seguí y eso implica volver antes del almuerzo —le advirtió el serio joven.

Matilda no podía creer que Brazo de Hierro hubiera ordenado eso, y en eso recordó que tenía en la carreta una muda de ropas que las sirvientas le entregaron, para devolvérsela a Nanny West, la ex cocinera que olvidó ese bulto y que Daisy amenazó con quemar.

Así que Matilda buscó a la mujer frente al negocio del señor Wess, el empleador de la mujer, pero el local estaba cerrado. Miró en la parte trasera de la casa y la puerta estaba abierta.

—¿Nanny West? —preguntó la joven

Enseguida oyó los sollozos y Matilda empujó la puerta.

Debía ser la habitación de la mujer, pero Nanny West lloraba mientras cargaba sus ropas en un paquete.

—Yo le traía unas ropas suyas que quedaron en el rancho —le dijo Matilda, extrañada de ver las ropas desperdigadas sobre la cama —. ¿Tan pronto la echaron?

Nanny West se dejó caer sobre la cama y no dejaba de sollozar.

—El señor Wess es un buen hombre…pero debo irme ¡no puedo permanecer más tiempo aquí!

—¿Y qué fue lo que hiciste? —le preguntó Matilda, enarcando una ceja.

—¡Juro que nada! Pero sólo ayer recibí una amenaza que debía abandonar el pueblo o me iría mal y ¡no sé dónde ir!

—Por dios ¿Quién te amenazaría justamente a ti?

Nanny West se limpió unas lágrimas.

—Eres realmente tonta ¿no? El señor Bowles me mandó decir que me fuera del pueblo y que, si no lo hacía, me iría muy mal ¡tanto así que me parece que también amenazó al señor Wess y no tuvo más opción que despedirme! El señor Wess amaneció enfermo por eso —la mujer se arrojó al suelo con lágrimas desesperadas—. ¡Yo no robé nada del depósito! Y el señor Bowles dijo que me

denunciará ante el alguacil para que me cuelguen si no me voy de aquí.

La desesperación de Nanny West era palpable y Matilda tuvo que cogerla entre sus brazos porque no dejaba de llorar.

Cuando llegó no tenía ninguna intención de interesarse, pero hasta ella era capaz de percibir las injusticias y más cuando Nanny West juraba por sus padres fallecidos que ella no tuvo nada que ver con los robos.

—¡Si me lo hicieron a mí, te lo hará a ti también! —gritó Nanny West

Eso fue lo que la alarmó.

Si no era por Nanny West, debía hacerlo por ella misma.

Debía averiguar la verdad y Matilda sabía exactamente dónde empezar.

CAPÍTULO 11

Luke "Brazo de Hierro" Garrett no era estúpido.

Cuando la prima de Jasper, esa preciosa Delilah anunció su regreso en esta ocasión, era porque deseaba concretar su matrimonio con él.

La conocía desde hace un año, cuando vino por primera vez al rancho.

Y la joven era la más hermosa que hubiera visto nunca y ella tenía claro que algún día sería su esposa o caso contrario, todo el rancho no tendría por hecho aquello.

Luke alcanzó a pensarlo porque no era mala idea y además tenía buena relación con Jasper, un antiguo compañero de armas que en la guerra quedó lisiado. Le dio la administración interna de la casa porque del rancho, el ganado y los caballos se ocupaba de administrar personalmente. No porque desconfiara de Jasper, sino porque eso era lo suyo. Él hizo su fortuna cuidando personalmente de él y quería que siguiera siendo así.

Por él es que pensó que Delilah sería una buena opción, como solía recordarle Leroy, ya no era el muchacho que podía pasear por burdeles, era hora que buscara esposa y que mejor alguien tan bonita y dispuesta como Delilah, pero en el pasado él ya había tenido una cruda experiencia dejándose llevar por una cara bonita pero que ocultaba un feroz carácter, aquella vez que pidió la mano de una heredera orgullosa que lo sacó a volandas de su vida.

Eso fue un tontería y fruto del impulso porque Matilda Tulstan le pareció bellísima y representó un interesante desafío. Era increíble que su padre le autorizara en aquel entonces a preguntárselo.

Mucha agua había corrido bajo el puente desde entonces, vio lo indecible durante la guerra, perdió compañeros y amigos en ella. Si sobrevivió fue gracias a su propia tozudez.

Al volver, se le ocurrió una forma de sobrevivir junto a Leroy, capturando ganado salvaje incluso en territorio indio. Sorteó flechas e intentos de emboscada, pero los sobrevivió todas.

Él y el viejo Leroy transportaron 500 vacas en un primer viaje desde Texas a Arkansas, usando por primera vez una ruta virgen que nadie se animaba a usar, pero como él mismo le dijo a Leroy, si querían ganar fortuna debían jugarse el pellejo para lograrlo.

Volvieron sanos y salvo, y con el dinero suficiente para financiar otro viaje, contratar algunos vaqueros para hacer una caravana modesta y hacer un viaje aún más grande.

Junto a Leroy, crearon las estrategias para capturar más ganado, porque en esa época hubo un gran superávit y poca demanda, salvo que se enviara a Arkansas que tenía los mercados de carne que mandaban a otros estados que pagaban mejor, en plena reconstrucción luego de la guerra civil.

Con el tiempo, los primos Wyatt y Tucker, que fueron soldados confederados como él, lo buscaron y Luke les ofreció trabajo.

Viajaron incontables veces, curtiéndose bajo el sol, jugándose la vida en cada minuto, pero valió la pena.

Construyó el rancho y mantenía una vacada de unos cincuenta mil ejemplares en sus tierras. Ya no realizaba esos viajes, los compradores venían a él si querían adquirir y eran muy demandados, porque el ganado con la marca de El Rey era garantía de calidad.

Se hizo de fama ganadera, tanto que lo apodaron El rey del Ganado, y su palabra en Texas era ley.

Fue ahí que volvió a contactar con Jasper, quien se lisió en la guerra, para darle el trabajo de administrador porque Luke se sentía culpable de que Jasper hubiera recibido la bala en una pierna por no haber llegado a tiempo a ayudarlo esa vez.

Para su desconcierto se enfrentaba a rumores infundados de ociosos que difundían de que él robó el oro de la confederación. En varias ocasiones tuvo que defenderse de ese ataque, pero su

estrategia más practica era no hablar de eso, esperando que el cuento se disipare solo.

Le sorprendió tanto reencontrarse con la orgullosa Matilda Tulstan en sus tierras, trabajando justamente para él.

Siempre pensó en que pudo haber sido de ella, pero imaginaba que la tenacidad pudo haberla salvado. Desde que la vio y la escuchó, supo que arrastraba un gran peso encima de ella, huyendo de eso y él no iba a exigirle saberlo. Que ella se lo contara si quería algún día.

Intentó acercarse a ella los primeros días, pero luego se crearon habladurías y chismes por la cercanía. Brazo de Hierro no quería que se pusiera en entredicho la reputación de la joven, así que mantuvo distancia, pero autorizó que ella podía salir del rancho cuando quisiera, que se le facilitara una carreta y un vaquero para custodiarla.

Nadie salía del rancho sin su aprobación.

Veía por sus ojos, que pasó por mucho sufrimiento y temor. Él no iba a agregarle más tortura así que no la molestó más y salvo el anciano Leroy, nadie conocía de su pasado en común.

No la humillaría revelando su época como hija del propietario de una rica plantación en Richmond.

Extrañamente desde que ella apareció, las probables ideas de una boda con Delilah ya no le parecieron tan agradables como antes.

Le pareció ridículo.

¿Por qué reencontrarse con alguien de su pasado lo condicionaba?

Eso lo puso de malhumor.

.

.

.

Desde que volvió del pueblo, Matilda supo que debía buscar pruebas o indicios ya que Nanny West alegaba inocencia. Además, Jasper no se molestaría en amenazarla de esa forma, de todos

modos, esa mujer era una sirvienta y su palabra no podía valer tanto como la de Jasper, un hombre de confianza para Luke.

Recordó las inconsistencias de esos libros de contabilidad, en ese momento no le interesó, pero quizá era el único lugar donde podría encontrar alguna pista.

Todos decían que Luke era justo.

Si Matilda le llevaba y le explicaba las pruebas en caso de encontrarlos, él podría hacer justicia por Nanny West y por ella misma.

Decidió que debía irrumpir secretamente el despacho de Jasper cuando todos estuviesen distraídos, lamentablemente tenía mucho trabajo así que sólo podía escapar en sus momentos libres, para su mala suerte siempre estaba Jasper en su despacho.

Un día después, tuvo su oportunidad cuando luego de preparar la merienda, Rose en persona junto a Daisy se encargó de llevarlo al porche.

—El señor Garrett, el señor Bowles y la señorita Delilah se encuentran en el porche, llevaremos el té allá —ordenó Rose.

—Tenemos café para los señores y té para la señorita —informó Daisy—. Y las galletas.

Rose revisó las bandejas y luego de aprobarlas, se los llevó con ayuda de Daisy.

Subrepticiamente Matilda las siguió a prudente distancia, para cerciorarse de que Jasper tardaría en venir por mantenerse entretenido.

Al acercarse de forma disimulada a la ventana, los vio.

Jasper sentado de espaldas, riendo y apretando su bastón.

Pero no fue esa visión lo que la molestó.

Luke sentado, sin su sombrero puesto y con Delilah sentado muy cerca de él, sonriendo y dándole palmaditas en el hombro que él no rechazaba.

¿De que estarían hablando?

Ella parecía tan animada y tan en confianza.

Matilda desvió la mirada.

Ni siquiera él se merecía una arpía como ella.

Alguien capaz de forjarse desde abajo debería ser capaz de leer a mujeres así.

Pero si tal vez… ¿él ya lo supiera e igual la quisiera así?

—Quizá siempre le gustaron las mujeres de esa clase… —recordando aquel pasado tan lejano, donde ella era casi igual a esa Delilah.

No pudo seguir viéndolos, así que se alejó rápidamente para llegar al despacho de Jasper, mientras todos estuviesen distraídos, porque incluso vio a Rufus rondando en las cercanías del porche, atento a los pedidos de su señor.

Se dirigió rápidamente hacia esa puerta y la empujó. Afortunadamente se encontraba sin llave.

No fue difícil encontrar para ella los libros de contabilidad.

Estaban apilados y Matilda comenzó a hojearlos.

Se agachó bajo el escritorio y comenzó a leerlos, valiéndose de la luz natural que entraba por la ventana.

Cada tanto alzaba la cabeza, pero ningún sonido se avecinaba.

Al cabo de veinte minutos, tuvo claro que era un libro paralelo y otro oficial, y Matilda le dedicó especial atención a las provisiones de depósito que desaparecieron y que le imputaron a Nanny West.

Matilda volvió a leerlo.

—Esto no está bien en absoluto —sentenció—. Pero necesito estudiarlo con más profundidad —determinó ya que los trucos de contabilidad paralela eran artilugios que ella varias veces detectó en administradores en Trixera, su padre le enseñó cómo hacerlo. Siguió hojeando más, pero en eso le pareció oír unos pasos muy cerca y se asustó.

Decidió esconder el libro más inconsistente y guardarlo bajo el delantal, intentaría leerlo con tranquilidad, aunque tuviera que ocultarse en el granero.

A hurtadillas salió a ver, abriendo la puerta con mucho cuidado y al no sentir nada, escapó sin hacer ruido y mirando a ambos lados. Con llegar a la cocina ya podría sentirse a salvo.

Pero cuando iba a alcanzar la puerta del área de servicio, Rose le salió al paso.

—¿Dónde estabas? Te estaba buscando.

Matilda tuvo un susto tremendo.

—¿Y qué te ocurre a ti? Es como si te hubieran pillado en una tontería —añadió la anciana

—Lo siento, es que …—Matilda inventó algo con rapidez—. Beber café de tarde me hace daño y me estaba aseando.

Rose la miró de pies a cabeza, con desconfianza.

—No importa, igual tenemos una charla pendiente —reprendió la ama de llaves—. Te estaba buscando porque necesito que prepares más café para mandarlo al porche a los señores.

—¿Lo bebieron todo?

—Eso no es de tu incumbencia, ve a preparar lo que te ordené y llévaselos tu misma.

—¿Yo? Pero Daisy y las otras….

—Es para recordarte tu lugar frente al señor Garrett y a la posible futura señora —increpó la anciana.

La mención, en forma de sermón fue como un pequeño golpe de realidad para Matilda.

—Sí, señora —respondió Matilda, intentando disimular frente a Rose y se volvió hacia la cocina a cumplir la orden.

Rose le tuvo lastima.

—Quiero que sepas que hago esto para que no te quedes sin trabajo…y con un corazón roto, porque las muchachas como tú se enamoran fácil de un vaquero que no es para ella.

Al decir eso, la ama de llaves desapareció dejando en el aire aquella afirmación.

.

.

.

Cuando el café estuvo listo, lo cargó en dos bandejas y llamó a Daisy para que la ayudara a llevarlo al porche.

—¿Ya empiezas a dar órdenes? —se quejó Daisy

—A ti si —le replicó Matilda señalando la bandeja y cogiendo la otra.

Daisy siguió protestando, pero Matilda ya no la escuchó, ya que intentaba respirar profundo para que la sensación de mortificación no se le notara.

Al pasar junto a la ventana, vio a Jasper de espaldas, Delilah riendo con una taza de té en la mano, pero Luke estaba parado hablando animadamente con alguien más, quizá algún vaquero del rancho por las ropas que llevaba.

Pero el hombre se volteó y Matilda le vio el rostro.

Quedó petrificada al advertirlo.

Podría reconocer esa cara con la cicatriz en la mejilla izquierda en cualquier parte, porque no existía persona que aterrorizara más a Matilda que él.

Era como un testimonio viviente de un episodio oscuro de su vida.

Era Gideon, ese hombre que vivía en sus pesadillas y que ahora regresaba a atormentarla.

Comenzó a temblarle las manos y dejó la bandeja sobre la mesilla.

—¿Podrías llevarlo, Daisy? No me siento bien…

—La finita y sus dolores de cabeza…

—Prometo no volver a bromear sobre Tucker…—Matilda salió corriendo rumbo hacia la casa menor, a la habitación de criadas sin esperar la respuesta de Daisy.

El miedo era tal que no le importaba nada más, necesitaba esconderse de ese hombre como pudiese.

Un hombre que quería vengarse de ella y peor, sabía de sus primos en Boston.

Incluso puede que estos lo hayan enviado para cazarla y llevarla de vuelta a ese otro infierno.

Un sinfín de ideas le vinieron a la cabeza y ninguna era buena.

El pánico era tal que hasta se olvidó del libro que llevaba oculto bajo el delantal.

CAPÍTULO 12

Matilda cortaba las verduras con nerviosismo mientras las sirvientas no dejaban de parlotear, y peor hasta Rufus vino a holgazanear y comer pan y tampoco dejaba de comentar.

—Es tan alto como el amo.

—¿Fue soldado también?

—Pero era yankee…

—¿Cómo lo recibe el amo?

—Escuché que se conocieron en la guerra y no hay razón para seguir enfrentados —añadió Rufus y luego viendo hacia la cocinera que estaba de espaldas—. ¿Por qué estás tan callada?

—¿Y qué tengo que decir? Ni siquiera sé de qué están hablando —mencionó Matilda, intentando ganar autosuficiencia y que ellos no percibieran su nerviosismo.

Esperaba oír algo como cuando se iría ese hombre.

¿Cómo es que acabó en Texas? Y para colmo conocía a Luke.

—¿Y qué te ocurre? El caldo debe estar terminado enseguida, porque serviremos la cena —Rose apareció en la cocina haciendo que la caterva de chismosos se dispersara a trabajar.

Matilda siguió vigilando la cocción, pero se le hacía muy difícil teniendo la mirada de la anciana sobre ella. Era claro que percibió su tensión y lo último que deseaba Matilda era volver a ser regañada por ella, ya la consideraba una buscona y ahora no quería que se enterara de su pasado.

Las sirvientas se llevaron las ollas de caldo a la mesa principal y también otro tanto a las barracas y Matilda se quedó sola en la cocina. No se movió de allí porque quería aguardar que alguien le dijera si ese hombre se quedaba o no.

O si dijo algo, como por ejemplo si buscaba a alguien. Si era así, debía huir.

¿O quizá pedirle ayuda a Luke?

Pero era un conocido de él ¿Por qué ayudarla a ella?

En su mente se agolpaban los recuerdos tanto de aquella vez cuando creyó matarlo con el atizador y junto con Matty lo arrastraron para arrojarlo al rio.

Y luego de su reencuentro en Boston, que le pareció aún más terrorífica.

Cuando las sirvientas volvieron, trajeron novedades.

El extraño y atractivo hombre de la cicatriz se marchaba por la mañana, sólo estaba de paso porque buscaba algo.

¿La estaría buscando a ella?

¿Qué otra cosa vendría a buscar a Texas?

Pensaba en eso cuando Rose entró a la cocina repentinamente.

—La señorita Delilah quiere que ayudes a vestirla para dormir, parece que Daisy cometió un error y eso la puso furiosa.

Matilda se levantó de la silla.

—¿Y los señores? —preguntó de forma disimulada

—¿A qué viene eso? No es asunto tuyo, pero todos ya se retiraron.

Matilda dudó un poco en hacer la siguiente pregunta.

—¿Y el yankee?

Rose enarcó una ceja.

—¿Tienes miedo de los yankees? La guerra ya acabó y aunque ese hombre hubiera sido un soldado de ellos, nada puede hacer aquí en Texas, muchacha.

Afortunadamente Rose confundió su pregunta por un miedo a la soldadesca yankee.

Si, Matilda le tenía miedo y no sólo por eso.

—No lo vas a encontrar, fue a dormir a las barracas y se marcha temprano —agregó Rose—. Y ahora ve junto a la señorita.

Un gran alivio se apoderó de Matilda, así que se desató el delantal y salió más tranquila.

Cuando entró a la habitación de la bella invitada, la encontró peinándose frente al tocador.

Todavía tenía puesto el vestido de la cena.

Delilah la miró frente al espejo.

—No te he visto mucho en estos días…—dijo levantándose para que Matilda le aflojara el vestido y la cambiara por el camisón.

—En la cocina tenemos mucho trabajo.

Delilah sonrió de lado.

—No lo creo, más bien te debes esconder como una rata desde que te dije tus verdades.

Realmente esa mujer era odiosa y tenía ganas de pincharla con alguna aguja.

Pero hizo tripas corazón y finalmente la calzó dentro del camisón, que era uno de seda precioso, Matilda no recordaba haber visto uno igual. Incluso podría tildársele de atrevido.

—Hoy dormiré con Luke —comentó repentinamente Delilah mientras veía su apariencia en el espejo.

Disfrutaba hacer aquel comentario y miraba a Matilda con el rabillo del ojo

Para Matilda fue incómodo y fastidioso, pero hizo lo posible por disimular con esa bruja.

El saber que esos dos dormían juntos desde antes de casarse decía más de ella que de él, que seguro siempre un truhan mujeriego como todos los vaqueros.

—Si no necesita nada más, me retiro —dijo bruscamente.

Delilah la estudió unos momentos, quizá buscando algún gesto que delate algo parecido a los celos o a la derrota, pero al notarlo, le hizo un gesto despectivo con la mano para que se marchara.

—Bruja maldita…—murmuró mientras bajaba por las escaleras.

Volvió a la cocina y en un arranque, echó al suelo un jarrón que tenía restos de café. No había nadie así que no importaba tener esos accesos, siempre podía culpar que fue un accidente.

Con los brazos en jarras, miraba por la oscura ventana sin ver realmente nada.

La única y estúpida imagen que se le venía en mente era la de la hermosa Delilah envuelta con ese precioso camisón de seda en

brazos de Luke, haciéndole sentir más que el aroma, más de lo que ella sintió cuando compartieron el caballo.

—Vas a llevar estas velas a la chimenea del señor Jasper —la insidiosa voz de Daisy la despertó.

—Ese es tu trabajo…

—Pero me lo debes, yo te salvé antes cuando tuviste el ataque de locura y no quisiste llevar la bandeja a los señores —Daisy le señaló las velas que se ubicaban en un rincón de la cocina—. Deben ser tres o el señor Bowles se enfada.

Quizá necesitaba distraerse y el dichoso señor Bowles aún le debía una explicación, recordando repentinamente el libro que aun guardaba con ella. La excusa de las velas para hablarle era excelente y además le quitaría esa extraña sensación que la embargaba con la idea de Delilah y de Luke.

Además, eso la ayudaría a distraerse de la idea de que ese hombre de la cicatriz estuviera en el rancho.

Cogió las velas y subió escaleras arriba.

La única habitación que tenía clara era la de Jasper, porque investigando lo de los libros, se aseguró de conocer bien esa y su despacho de abajo.

En una mano llevaba el manojo de velas nuevas y otra una palmatoria para ver el camino.

Iba cruzando el oscuro pasillo, cuando oyó voces que venían de abajo.

Reconoció la de Rose…hablando con una voz terriblemente familiar.

—No me llevaron las mantas extras que pedí…

Pocas palabras oyó de esos labios en todos estos años, pero suficientes para reconocerlas donde sea.

Gideon estaba dentro de la casa grande de nuevo ¿no debía estar dormido en las barracas?

Oyó pasos subiendo por los escalones y su pecho comenzó a tiritar de alarma. Corrió por el pasillo, sintiéndolos cada vez más cerca, dejó la palmatoria en una de los aparadores del pasillo y en

un impulso empujó una de las puertas con fuerza y entró, volviéndolo a cerrar.

Se quedó recostada tras la puerta, respirando pausadamente, con la oreja pegada intentando escuchar algo.

Sintió una mano en el hombro y ella giró violentamente dispuesta a gritar por inercia, pero ese alguien fue más rápido y le tapó la boca, aplastándola hacia la pared.

Las velas sin usar que llevaba en la mano derecha se le cayeron al suelo.

Matilda tenía los ojos muy abiertos y sólo una débil llama de vela alumbraba la habitación, pero cuando la penumbra inicial pasó, pudo distinguir al que la tenía sujeta y más al oír su voz.

—Si su idea es esconderse, flaco favor se haría gritando porque la encontrarían ¿no parece? —le habló de tan cerca que Matilda estuvo por un momento mareada de aquel intenso aroma masculino.

Luke quitó su mano lentamente de la boca de la joven, quien aún normalizaba su respiración.

¡Acababa de entrar en la habitación de Brazo de Hierro!

Y aunque él soltó su boca, aun la sostenía del brazo.

No quería que él se diera cuenta que ese toque y la cercanía la estaban perturbando.

—No me toques…

Luke sonrió de lado y la soltó lentamente, sin dejar de mirarla desde aquella posición tan cercana.

—Entonces, señorita Tulstan —deslizando a propósito su mano por su brazo—, No entre a la habitación de un hombre, si no quiere que éste la toque.

Ella estaba hecha un manojo de nervios, pero no quería dejarse.

Miró a ambos lados.

—Pensé que la señorita Delilah estaría por aquí…

—¿Celosa, señorita Tulstan? —él prácticamente murmuró cerca de su oído—. Usted se lo perdió al rechazarme.

La mención de aquella situación la desconcertó, porque creía que existía un trato no hablado de jamás mencionar aquello. Ella se

desasió de aquel acorralamiento, buscando las velas del suelo mientras él sonreía y se sentaba sobre la cama.

—No tiene ninguna gracia, yo sólo llevaba velas para el señor Bowles…

—Si…claro y entró sigilosamente a mi habitación.

—¡Ni siquiera sabía que esta era tu habitación!

—Cielos, baje la voz o la encontraran los que sean que la estén persiguiendo.

Para pesar de Matilda, verlo sentado en aquella cama era algo que le costaba mirar sin temblar de algo parecido ¿al deseo? Y peor estando en un lugar lleno de cosas que olían a él.

Como las botas o las camisas tendidas.

Se veía imponente sin camisa, con sus pantalones y descalzo.

Matilda nunca había visto un hombre tan bien formado, con líneas de musculatura tan delineadas. Podía perderse mirando a ese hombre y entonces supo que debía marcharse.

—Debo llevar las velas…

—No me parece mal o de lo contrario se quedará viéndome toda la noche.

Matilda abrió la puerta, pero Luke le dijo unas palabras antes de que saliera.

Se lo dijo en un tono más serio, lejos del juguetón de antes.

—Sepa que puede confiar en mí si tiene un problema, yo la ayudaré. No sufra sola, señorita Tulstan…

Matilda se volvió a mirarlo.

Él se veía compuesto y ya no sonreía. No supo que contestarle y se limitó a hacerle un gesto con la cabeza antes de salir rápidamente de allí.

.

.

.

Le tomó varios minutos, normalizar su respiración antes de decidirse a tocar la puerta de la habitación de Jasper.

Lo sucedido con Brazo de Hierro la había afectado tanto que si alguien la examinaba cuidadosamente sería capaz de detectarlo en ella.

Pero necesitaba hacer esto.

Apenas Jasper autorizó, ella entró.

—Las sirvientas de este lugar son de lo peor, llevo tiempo esperando las velas ¡enciéndalas! —lo primero que escuchó fue el agrio reclamo de ese hombre.

Pero Matilda no encendió las velas, sino que se acercó a donde él estaba sentado.

—No lo creo, tenemos algo de qué hablar primero.

—¿Cómo se atreve? Puede darse por despedida, así que ¡lárguese de aquí!

Matilda pasó por alto los insultos y sacó el libro de contabilidad que llevaba oculto.

Jasper pareció sorprendido de verlo.

—¿Con que usted cogió mi libro?

—Sí, lo hice —aceptó Matilda—. Fue una lectura interesante y si el señor Garrett lo viera, el asunto sería realmente colorido ¿no cree?

—¿Qué puede saber una sucia criada de libros contables? La denunciaré al alguacil y la colgaran en menos de mediodía.

—Deje de fingir, señor Bowles…sé leer libros contables y, sobre todo, detectar fraudes en ellas ¿acaso no despidió a la anterior cocinera por unos supuestos faltantes? Faltantes de inventario que vendió usted, no ella. Por eso la amenazó para que se vaya del pueblo.

—¿Quién demonios es realmente usted? —quiso saber Jasper

—Una simple cocinera…

—¿Qué quiere…?

—Es fácil, quiero que reintegre a Nanny West al servicio o se lo diré todo a Brazo de Hierro —Matilda sonrió de lado—. Pero no se alegre tan pronto, porque tendrá que reponer el dinero que falta, no hay peor cosa que un administrador ladrón…

Jasper la estudiaba en silencio, ya pasada la sorpresa inicial de verse amenazado por aquella mujer, que no era nada simple.

—¿Qué cree que no he visto en este mundo? ¿acaso cree que le temería a Brazo de Hierro?

—¡Pues debería! No creo que a ese hombre le guste saber que le están robando, por más futuro primo político que sea —decir esa última frase la molestó mucho.

Jasper intentó coger el libro de sus manos, pero Matilda fue más rápida al guardarlo.

—Esto se regresa conmigo —la joven se dio la vuelta y le señaló los veladores—. No podré encender sus velas, así que tendrá que hacerlo usted mismo. Tiene hasta la mañana para ir a buscar a esa pobre mujer ¿entendió?

Jasper se la quedó viendo, con una mezcla de indignación, pero también de admiración, porque era la primera vez que alguien lo chantajeaba, nunca creyó que pasaría algo así en el rancho.

Esa mujercita no era una simple campesina.

Y era de armas tomar.

.

.

.

Se metió a la cama, pero le costó conciliar el sueño.

Pese al asunto con el administrador, la única escena que tenía en mente era lo ocurrido antes en la habitación de Luke.

Nunca imaginó que la suya sería la del ventanal tan grande. Ahora lo sabía y muy bien.

Matilda prefirió extorsionar a Jasper, pese a que las palabras de Luke le resonaban en los oídos.

De que podía acudir a él si necesitaba ayuda.

Caramba que la necesitaba y la quería…

Pero hacerlo significaría seguir metiéndolo a su vida.

Y ya le costaba demasiado controlar todas las cosas que le pasaban cuando él estaba cerca.

Siempre le gustó tener todo bajo control y ese asunto directamente se le escapaba de las manos.

CAPÍTULO 13

Hasta por un momento creyó que volvía a caminar en medio de los algodonales de Trixera, donde su palabra era ley y la respetaban.

Su actuación de anoche frente a Jasper le había devuelto unas agallas poderosas y se le notaba hasta en la forma de caminar. Tanto que se levantó temprano, hizo café, horneó pan e hizo pasteles con moras para untar con sémola de maíz.

Hasta le dio tiempo de preparar una pequeña tarta con leche, colocarla en una bandeja y llevarla personalmente a Frankie, quien de a poco recuperaba la movilidad.

Claro, luego de que una las criadas le confirmara que el yankee se marchó por la madrugada.

La libertad de saberse lejos del enemigo también se festejaba.

—¿Me hiciste tarta? Hasta trajiste leche —el pequeño glotón de Frankie veía las golosinas extasiado y rápidamente cogió la tarta para llevársela a la boca—. No puedo dejar de pensar que metiste la pata en grande y por eso tanta amabilidad —hablando con la boca llena y echando pedazos al suelo.

Matilda le dio un pinchazo en el hombro.

—Si no fueras tan grosero te hubiera traído más —se acercó al oído de Frankie—. Además ¿crees que no sé qué estas retrasando tu recuperación a propósito? Para poder holgazanear —rió Matilda a carcajadas.

—Si me guardas el secreto y traes más pasteles como este no le diré a todos que te quedas mirando al amo como cordero degollado —Frankie no quedó atrás, riendo a tambor batiente.

Matilda enrojeció hasta la punta de los cabellos y para disimular se puso a pinchar al niño con los dedos y que él no se percatara de su azoramiento.

Ese Frankie no estaba lejos de la verdad.

Y la prueba fue lo ocurrido anoche en la habitación de Luke.

La puerta se abrió repentinamente y entró una de las criadas que ayudaba con Daisy.

—La señora Rose quiere que vayas a recoger los huevos del cobertizo en este momento.

A Matilda no le extrañaba, ya que probablemente la omnisciente anciana se enteró que ella estuvo arriba paseando por las habitaciones de Luke y ahora pretendía castigarla, mandándole tareas que debían realizar las otras.

Se acercó y besó en la frente al niño revoltoso.

—Volveré con otra tarta por la noche.

—¡Recuerda que es una promesa!

—¡Y tú no te imaginas el trabajo que te espera cuando te recuperes!

Cerró la puerta, pero la sirvienta ya se había ido, adelantándose hacia la cocina.

Matilda salió, cuidando de no toparse con Luke y salió hacia la zona de los cobertizos, que estaban un poco alejados de la casa y de los establos.

Las gallinas dejaban huevos allí y también solía guardarse baúles con cosas viejas en ese lugar.

Empujó el portal y entró buscando los benditos huevos.

Lo peor es que seguro debía sacrificarse buscándolos para hacer un revuelto de huevos con mantequilla para esa Delilah.

Cuando encontró un nido con seis huevos relucientes, sus ojos se iluminaron y se agachó a cogerlos, pero apenas lo hizo una mano enorme le tapó la boca con fuerza.

Por un segundo pensó que sería una broma de Tucker, pero entendió que no era eso cuando la arrastraron de atrás y repentinamente sintió un fuerte golpe cerca de la nuca, que la hizo atontar y perdió fuerza.

Fue levemente consciente de que alguien, un hombre enorme con sombrero, según distinguió en las brumas de su desfallecimiento, la cogió alzándola por los hombros para huir a toda prisa.

Quiso gritar, pero no podía, no le salía la voz y mucho menos moverse. No sabía hacia donde era llevada hasta que percibió que la subían a un caballo como si fuera un animal recién cazado con el hombre manejando las riendas.

Lo último que sintió antes de caer en la oscuridad fue el sordo sonido de los galopes.

.

.

.

La desaparición de Matilda fue notada enseguida por Rose.

A pesar de no haberse llevado nada, intuía que pudo haber huido, harta del trabajo.

Se encargó ella misma del almuerzo, bastante enfadada por lo hecho por esa malagradecida.

Cuando le llevó el estofado a Luke, quien almorzaba sólo ya que Delilah y Jasper salieron al pueblo, él dejó la cuchara al probar el primer bocado.

—Esto no fue hecho por la señorita Matilda…

—Pues tiene razón, amo. Lo hice yo porque la muy ingrata desapareció desde esta mañana, ya sabía yo que no duraría mucho en el cargo porque era extraña y sin contar las miradas que daba a la casa grande.

Luke se levantó repentinamente sin dejarla terminar la retahíla.

Cogió su sombrero y se dispuso a salir.

—Pero ¿no terminará el almuerzo?

Él estaba muy serio.

—Creo que debo ir a buscar a alguien, no informes a Delilah de este asunto o a su primo. No estoy de humor para tonterías —ordenó seriamente.

Rose se limitó a asentir.

Pero hace bastante que no veía el rostro de Luke tan descompuesto.

.

.

.

Luke supo que algo andaba mal.

Si Matilda desapareció quizá tenía que ver el hecho que ella estuviera tan asustada anoche, como huyendo de algo o alguien.

Ella no se iría sin pedirle ayuda, al menos esperaba él.

Ordenó a Rose que revisara el sitio donde Matilda dormía y comprobó que sus escasas pertenencias seguían allí, incluso un viejo amuleto de madera en forma de caballo que encontró al revisar las cosas. Ese objeto fue el último regalo que él le dio al despedirse en Trixera, antes de la guerra.

No sabía que ella lo conservaba, y que incluso lo trajo a ese lugar. Ordenó que sus cosas fueran llevadas de nuevo, pero conservó en su bolsillo el amuleto de caballo.

Matilda y su rastro no fueron hallados en ninguna parte del rancho, incluso fuera de los limites

Tucker junto a Wyatt entraron porque él los llamó.

—Organicen una batida al bosque para buscar a la señorita Matilda, que los hombres estén listos para salir en cinco minutos —les ordenó

Los primos nunca habían visto a Luke tan nervioso y se apresuraron en cumplir la orden.

Aunque no les parecía extraño, porque Luke era muy dedicado cuando alguien del rancho se extraviaba.

Luke en persona se encargó de liderar la batida.

¿Cómo pudo haber desaparecido sin dejar rastro?

¿Qué fue?

¿Un lobo o quizá uno de esos Raffles malditos hurgando en su propiedad?

Era difícil que uno de esos bandidos apestosos entrase porque los vaqueros tenían la orden de disparar primero y luego preguntar en caso de verlos en las cercanías del rancho.

Vio el rostro desencajado de Rose, extrañado de verlo tan preocupado y tan seguro de que ella no desapareció porque quiso.

¿Y si era como Rose sospechaba?

Que ella simplemente huyó porque sí.

Quería creer que no era así.

Finalmente, luego de buscar mucho, cerca del claro junto al lago, Luke encontró un objeto que le resultó conocido.

Una cinta larga que servía para atar un delantal. El delantal de ella.

Luke identificó también las huellas de un caballo a medio borrar.

Era claro que las huellas y rastros se borraron para no ser rastreados, salvo por los indicios encontrados.

Apretó fuertemente el trozo de cinta.

La esperanza de que ella hubiera huido voluntariamente se desvanecía lentamente.

Ya no le gustó en nada la idea.

.

.

.

Matilda abrió los ojos cuando sintió que le derramaban agua en el rostro.

Tenía las manos atadas y estaba recostada por un barril. Por el suelo de paja, entendió que estaba en un cobertizo.

Finalmente pudo distinguir al hombre del sombrero que le derramó el líquido.

Sus ojos se ensancharon de miedo.

Era ese Yankee Gideon, quien sonreía diabólicamente.

—Tu…—masculló Matilda

—Culpa a tu mala suerte, querida —rió él, sentándose sobre una caja de madera—. Cuando Jasper me dijo que me pagaría una buena suma si lo ayudaba a deshacerse de una criada molesta, nunca creí que se trataría de ti.

—¿Jasper?

—Pues donde vas, consigues enemigos nuevos para coleccionar —Gideon quitó un cuchillo de su bota y comenzó a afilarlo con una piedra—. La idea era matarte y arrojar el cadáver a los lobos, pero la cosa cambió desde que vi que eras tú —el hombre la miró fijamente,

viendo las piernas expuestas de Matilda porque el vestido estaba roto—. Me dan ganas de cobrarte esta cicatriz, terminando lo que empezamos hace años.

Matilda sabía que ese miserable la violaría. No había forma de salvarse ahora.

—¿Dónde estamos?

Gideon sonrió.

—En el rancho de los Raffles, son unos bandidos apestosos, pero odian al Rey del Ganado y me dieron alojamiento para encargarme de ti.

—Si lo odiabas tú también ¿Por qué aceptaste su hospitalidad?

—Escucha, mujerzuela…un yankee jamás podrá ser amigo de basura confederada. No realmente.

—Pero lo eres de Jasper…

—Somos socios y tenemos negocios juntos. Cosas que una mujercita como tú nunca entendería —se acercó a Matilda y le estiró el cabello con violencia—. Ya estoy harto de las preguntas ¿Por qué mejor no me cuentas como acabaste aquí? Supe en Boston que tomaste el tren hacia esta zona, pero nadie sabía nada de ti, incluso tus primos te buscaban con afán.

—Venir a Boston me ayudaba a huir de ellos —Matilda decidió preguntar, total ya no tenía nada que perder —. ¿Mis primos saben que estoy aquí? ¿te enviaron ellos?

El yankee comenzó a reír a carcajadas.

—¿Esos idiotas? —el hombre se volvió a seguir afilando su cuchillo—. Pero si tu prima Lydia me lo decía, yo lo hubiera hecho.

Matilda lo miró.

Ese hombre llamaba a su prima por su nombre, eso era extraño.

—¿No sabes nada? —el yankee volvió a reír—. Tu prima fue amante mía en Richmond y fue ella la que me dio la información de que estabas sola en la casa aquella vez —el hombre se puso serio—. Esa maldita vez donde me hiciste esta cicatriz —señalando su mejilla izquierda.

Pero Matilda quedó abatida al oír aquello.

Su prima volviéndose amante de un soldado yankee cuando estaban en plena guerra. Acostándose con el enemigo y peor aún, vendiendo a Matilda, porque si ella no se defendía, Gideon la hubiera violado y asesinado, terminaría de robarse todo. La pobre Matty hubiera tenido el mismo destino.

Lydia siempre intrigó contra ella, quien sabe que otras cosas le hizo escudándose bajo el papel de prima acompañante, que comía en la mesa de los Tulstan mientras conspiraba.

Una lagrima perdida salió de sus ojos. No pudo limpiársela.

No podía creer que terminaría sus días de esa forma.

El yankee se reía y seguía hablándole, pero Matilda ya no le escuchaba.

Pensaba en su padre, a quien pronto vería al fin.

Y pensaba en Luke, lo imaginaba en el porche del rancho bebiendo café y feliz con Delilah.

¿Se daría cuenta de su desaparición?

Claro que no ¿Por qué hacerlo?

Aun así, le deseaba una buena vida. Era un hombre bueno y se lo merecía. Aunque Delilah no era suficiente para él ¿Quién era ella para decidir el tipo de mujer que le convenía a él?

Sólo le pedía a su padre, fuerza para aguantar lo que ese Gideon quisiera hacerle.

Acababa de perder por tonta y confiada.

Jasper era demasiado listo para darle tiempo.

Lo más probable es que no quedaría nada de ella.

Su vida, su nombre y sus recuerdos se irían con el árido viento de Texas.

.

.

.

—Me molesta que se tomen tantos recaudos por buscar una estúpida criada —refunfuñó Delilah a su primo.

Ambos cenaban solos porque el dueño de casa estaba fuera, buscando a una persona extraviada.

—No iba a arriesgarme teniéndola en la casa, además no encontraran ningún rastro de ella. A estas horas ya debe ser polvo —la tranquilizó Jasper.

—¿Pero porque Luke lideró la partida? Ya te había dicho que no me gustaba como lo miraba ella y él tampoco se comportaba ajeno a sus insinuaciones.

—Él se preocupa mucho por todos los empleados —Jasper siguió cortando el filete con tranquilidad.

—¿Pudiste recuperar el libro al menos?

El rostro de Jasper se puso serio.

Rufus buscó en toda la habitación y no encontró nada. Pero ya no le preocupaba porque la persona que lo guardó ya debería estar muerta.

—No te pongas nerviosa, primita. Recuerda que nuestros planes no han cambiado nada, yo cumpliré mi parte y tú también deberías seguir con lo tuyo ¿acaso quieres perder todo el sacrificio?

Delilah se calmó más luego de aquellas palabras de su primo.

Jasper, como siempre tenía razón. Debía conservar la calma.

.

.

.

Luke y su grupo revisaban una zona boscosa del bosque por la mañana, cuando uno de los vaqueros que quedó en la casa, apareció avisando que Frankie recordaba unos detalles.

El rey del ganado ordenó a los demás que sigan buscando y él volvió a la casa a buscar la información.

Frankie estaba sentado en la cama y tenía el rostro muy abatido.

—Ella prometió volver anoche con un pastel…

—Nunca dejaré de buscarla ¿me oyes? —le dijo Luke.

—Ayer ella regresó cuando apareció Emily, la criada de cocina, le dijo que la señora Rose le ordenaba recoger huevos del cobertizo, ahí se marchó.

—¿Cuándo ordené yo eso a Emily? —preguntó Rose, extrañada

—¡Traedme a esa muchacha en este instante! La interrogaré yo mismo —ordenó Luke con un vozarrón.

Al cabo de un rato, Wyatt trajo a Emily, quien temblaba de pies a cabeza por la inquisitoria mirada del rey del ganado.

Estaban en la habitación de recuperación de Frankie.

—¡Habla, niña! —insistió Rose—. Yo nunca ordené que Matilda recoja huevos del cobertizo.

La chica tembló.

—Es que no creí que fuera nada malo…el yankee me dio veinte dólares para pasarle ese mensaje para que ella fuera…

—¿El yankee? —Luke la miró

—El hombre de la cicatriz —la joven se echó al suelo a llorar—. ¡No pensé que fuera nada malo, lo juro! Creí que eran amantes y que él quería verla sin levantar sospechas.

—¡Me hubieras avisado! Conoces mis reglas, tonta —la increpó Rose furiosa.

Pero Luke quedó pensativo.

La chica decía la verdad, pero no estaba seguro de que Matilda se hubiera ido por propia voluntad. Recordaba su miedo del otro día, como si escapara y algo comenzó a encajar.

Quizá escapaba de Gideon.

No tenía idea de cómo pudieron haberse conocido, pero quizá la guerra era una respuesta.

—Preparen mi caballo de refresco y el grupo de batida —ordenó a Wyatt, quien aguardaba sus órdenes cerca.

—Vamos a visitar la zona de los Raffles así que preparen las armas.

—¿Los Raffles?

—Esos desgraciados siempre están involucrados en cualquier cosa turbia que ocurra, pero si no fueron ellos, Gideon tuvo que haber pasado por sus tierras y ellos los habrán visto —rugió Luke.

Brazo de Hierro se colocó el sombrero y salió rápidamente.

Tenía que encontrar a Matilda Tulstan a como dé lugar.

No quería creer ni por un minuto que se hubiera ido por voluntad propia.

CAPÍTULO 14

Ella sobrevivió una guerra, llevó adelante la plantación mientras se podía y no hubo cosa que no haya visto o sufrido durante esos años en su tiempo en Boston.

Aun ahora, estando en el rancho del Rey del Ganado, debía luchar por sobrevivir todos los días.

El fatal encuentro con Gideon la colocaba en una difícil posición, que no podría sortear.

El yankee había ido a beber con los otros rufianes, esos Raffles. Alcanzó a ver a dos de ellos, quienes tuvieron la cortesía de avisarle que ellos serían los siguientes en violarla, pero que Gideon exigía ser el primero.

Se reían y en el estómago de Matilda se formó un revoltijo de nauseas.

Si, podrían ultrajarla y torturarla, pero ella mantendría la cabeza en alto. Podrían robarle todo, pero no su dignidad. Aunque ese yankee formaba parte de sus miedos más oscuros, Matilda decidió que debía ocultar esa sensación, tanto a él como a los otros desgraciados.

No la verían sufrir ni pedirles clemencia, aunque se rompiera en mil pedazos.

Mientras los dos Raffles se reían de ella, haciendo gestos obscenos señalando la parte rota de su vestido, Matilda escupió hacia ellos.

—Supongo que no os basta toquetearos entre vosotros, que necesitáis reafirmar la masculinidad atando a una mujer más delgada ¿verdad? —Matilda los desafió

Uno de ellos se acercó y le dio una bofetada a Matilda, que casi la hizo perder el sentido.

—¡Cállate maldita zorra!

—¡No golpeéis tanto a la puta que no me gustan las magulladas! —gritó otro hombre, que Matilda supuso que era algún otro de esos Raffles.

Estaban bebiendo y jugando cartas en la otra habitación.

El golpe le había dolido muchísimo a Matilda, pero no pensaba mermar su actitud pendenciera y retadora. Era el único modo que tenía para protegerse de ellos, hiriéndolos con sus palabras y Matilda sabía cómo.

Al cabo de un rato, apareció Gideon limpiándose la boca con el borde de su sucia camisa.

Matilda lo vio venir hacia ella, tenía un cuchillo en la mano y traía una apestosa sonrisa con él.

—Tuve que apostar con esos otros por quien iba a ser el primero…

Matilda tenía la boca ensangrentada por el último golpe, pero la fuerza de su espíritu estaba intacta.

—¿Acaso te crees especial por eso? ¿Y cómo apostaron? ¿dándose besitos?

Funcionó porque Gideon se acercó y le dio un puntapié en el vientre.

Matilda casi se ahoga con el golpe, el desgraciado tenía una bota muy dura.

El hombre se arrodilló y con el cuchillo cortó las cuerdas de Matilda, quien aún se revolvía en el suelo y la cogió del cabello para lanzarla sobre la vieja mesa que se encontraba en la esquina.

Le arrancó la parte superior del vestido y le rompió las pantaletas.

Matilda recostada sobre la mesa con las piernas abiertas, sangraba por la boca, pero lo seguía mirando desafiante.

—¿Quieres que grite, suplique o intente huir? Eso no pasará, basura yankee…—mientras veía que él se desataba el cinto para bajarse los pantalones

—¡Cállate, zorra!

Matilda miró hacia abajo, riendo burlonamente.

—¿Qué te pasa, alfeñique? No te puedes excitar con una mujer que no te tiene miedo ¿verdad? —viendo que Gideon se tocaba abajo intentando lograr algo—. ¡Sácalo y déjame ver la aguja de costura con la que Dios te obligó a andar por esta vida, miserable!

—¡Guarda silencio, perra maldita! —le gritó el hombre ya muy enfadado y nervioso porque no lograba consolidarse allí abajo para tomarla.

Matilda se dio cuenta que sus palabras y su actitud lograron el efecto, aunque posiblemente en represalia, el yankee la torturaría de otras formas, pero al menos logró herirlo de alguna forma.

—¡Aunque logres hacerlo, dudo que sienta algo! —le gritó ella.

Rabioso luego de intentar unos minutos, Gideon volvió a darle una fuerte bofetada a la mujer, quien no dejaba de reírse como burla hacia él.

—¡Te mataré y te daré a los cerdos! —quitó un arma de su cintura y se lo puso en la cabeza—. Voy a borrar esa sonrisa de tu cara con una bala, maldita perra…

—¡Pues bórramelo, asqueroso yankee! —le retó ella, con la boca llena de sangre y con el aliento casi sofocado, pero con los ojos brillantes de firmeza.

Sea lo que fuera, el primer sonido de una bala no fue para el rostro de Matilda.

Estaban tiroteando en la otra habitación, se oían cascos de caballos y gritos de hombres peleando.

Gideon la soltó y se acercó con su arma hacia la puerta, pero alguien le dio un puñetazo que lo arrojó al otro lado de la habitación. Su arma cayó al suelo e intentó recogerlo, pero ahí vio que el recién llegado era el mismísimo Luke, quien vio a Matilda sobre la mesa, ensangrentada y adolorida y se lanzó de nuevo a Gideon a darle unos puñetazos en el rostro, golpeándolo de seguido mientras el yankee seguía en el suelo, incapaz de defenderse ante la fuerza de Brazo de Hierro.

—¡Espera, Luke! No podemos matarlo, porque aún estamos en tierras de los Raffles —fue Wyatt quien lo detuvo.

De todos modos, Gideon había quedado inconsciente en el suelo, con el rostro casi desfigurado de los golpes.

—¡Los herimos a todos! —Tucker entró a la habitación—. Respondimos a sus disparos.

Luke se acercó a Matilda, quien seguía consciente a duras penas. Ella vio como la miraba horrorizado. Se quitó su chaqueta y la puso sobre ella para cubrirla y la cargó en brazos.

—Me gustaría matarlos a todos, pero no quiero darle una razón a esos Raffles para volver a molestarnos. Lo pagaran, pero debemos irnos antes que avisen al resto.

Wyatt y Tucker salieron rápidamente a avisar a sus hombres, para largarse antes y evitar una confrontación aún más grande.

Matilda, mareada, en aquellos fuertes brazos miraba como el cuerpo inerte de Gideon yacía en el suelo. Tenía ganas de matarlo y acabar definitivamente con la pesadilla.

Sintió como Luke la llevaba en volandas en brazos, la subió con suavidad sobre el caballo frente a él. Pese a todo el dolor, era perfectamente capaz de sentir el olor de él. Recostó su espalda en su pecho y se dejó llevar en silencio, mientras desaparecían rápidamente en la oscuridad.

.

.

.

Luke llegó a tierra de los Raffles, siguiendo la pista de Gideon, cuando supo que él fue quien se llevó a Matilda.

Irrumpieron las tierras y fueron recibidos a disparos. Sus hombres respondieron con él a la cabeza, aunque no murió nadie.

Su intuición no le falló, los Raffles le estaban dando hospedaje a ese miserable y llegaron cuando estaban torturando salvajemente a Matilda.

Ella no se fue voluntariamente, como presintió.

Su corazón se estrujó al verla sobre esa mesa.

Una mujer no debería sufrir así nunca.

Cuando estuvieran en territorio neutral o en sus propias tierras, se encargaría de matar a todos ellos. Los Raffles era un problema para la región.

Con respecto a Gideon, esperaba que la golpiza lo dejara en ese estado por varios días.

Sintió que Matilda se removía y decidió parar el caballo, aunque con una seña a Wyatt le ordenó que ellos volvieran primero al rancho. Ya no estaban en tierras de los Raffles, así que cualquier defensa estaba justificada.

—Agua…—pidió ella

Él bajó del caballo y ayudó a bajarla mientras le pasaba la cantimplora para beber. Ella bebió con fruición.

Verla en ese estado calamitoso fue más de lo que Brazo de Hierro pudo soportar y la abrazó, intentando con eso, darle seguridad y paz, de que ahora estaba segura, lejos de enemigos. Que ella se sintiera confiada que él estando cerca, nadie le haría daño.

Ella se dejó, no sabía si por debilidad, pero lo cierto es que lo hizo. Cuando se separó un poco de ella, pudo reparar en su precioso rostro que tenía sangre seca en la zona de los labios.

La luz de la luna les daba suficiente iluminación en la penumbra de la noche.

No pudo resistirse a pasarle suavemente el dedo, como si con ella intentara removerle el dolor que había sufrido.

La cogió de ambas mejillas y ya no pudo resistirse más al notar esa boca entreabierta. La besó, no con fuerza ni voracidad para no lastimarla, pero si firmemente para que ella pudiera sentirlo y ella respondió porque lo atrajo hacia ella, rodeando sus brazos al cuello.

Estaba mal, él lo sabía. Es como si estuviera aprovechándose de alguien en situación de vulnerabilidad.

El tacto y el calor de esos labios eran tan magnéticos que se perdió él también, pero cuando iba bajando sus manos para cogerla de la cintura, ella abrió los ojos como si despertara de algo.

Lo empujó para sacárselo de encima.

—¿Tú también? ¿es que os habéis puesto todos de acuerdo? No estoy a la venta tampoco para ti—le increpó, aunque tenía los ojos cristalizados.

Luke supo que estaba demasiado nerviosa aun, por lo de antes.

¿Qué hacer ante una mujer que parecía desconfiar de todos?

Probaría entonces usando la verdad.

Él volvió a colocarle una mano en la mejilla.

—Te busqué como loco, pensando que te habías ido…—declaró él, llamando la atención por tutearla por primera vez en la vida—. Que te hubieras ido…antes de hacer apropiadamente esto —Luke le estiró suavemente del brazo para volverla hacia él y poder tomar de nuevo esos labios de fresa.

Esta vez ella ya no volvió a rechazarle y se dejó besar. Dejó de pelear y resistirse. Él lo entendió perfectamente porque ya no la soltó.

Ella cerró los ojos y se entregó.

Luke quería transmitirle con aquel beso, que ella podía confiar en él.

Lo hicieron por un largo rato más hasta que Matilda salió, porque comenzó a toser.

Los golpes que Gideon le dio en el vientre comenzaban a hacer efecto residual.

Él volvió a cargarla y sin decir nada más, volvieron en silencio al rancho.

Cuando ella estuviera lista para contarle, él la escucharía.

Así que mientras, simplemente la acompañaría.

.

.

.

Acomodaron a Matilda en una habitación, cerca de Frankie, en la casa principal.

Fue un tumulto generalizado verla llegar en brazos del Rey del ganado, tan magullada y golpeada.

La primera que sintió remordimientos fue Rose, ella fue quien se apresuró en acondicionar la habitación, mientras enviaban hombres a buscar al doctor.

Ella se encargó de atenderla esos días que permaneció en reposo.

No estaba grave, pero necesitaba sanar esas heridas. Pese a toda su fortaleza, no dejaba de ser una mujer de cuerpo frágil que fue golpeada por hombres que pesaban casi el doble que ella.

Hasta Daisy fue menos grosera con ella.

—La señora Rose me ordenó traerte la sopa y también que me quedara a asegurarme que lo bebieras todo —le dijo la sirvienta.

Matilda se incorporó un poco en la cama, sonrió levemente a Daisy.

—Oh, vamos Daisy, ambas sabemos que apenas me recupere por completo, iré a decirle a tu Tucker que estoy disponible.

—¡No te atreverías!

Matilda se rió con la reacción de Daisy, era tan fácil hacerla caer.

—Qué fácil es sacarte tu verdadero yo —Matilda cogió el plato y comenzó a beberlo, la sopa estaba caliente y deliciosa—. Espero que no hayas metido las manos en la sopa.

—Lo hizo la señora Rose, ella cocina mejor que tú…—Daisy recogió el cuenco vacío luego de examinarlo.

Matilda aún no terminaba de acomodar sus ideas porque pasó los días prácticamente durmiendo y levantándose sólo para comer y bañarse.

Luke no había venido una sola vez.

Creyó detectarlo una vez en la puerta mientras el medico daba indicaciones. No se atrevía a preguntar a nadie, ni siquiera a Frankie, quien solía acompañarla gran parte del día.

Hasta Rose pasaba a verla con frecuencia y hasta Daisy, pero la persona que más hubiera querido ver no.

Al segundo día, aquello comenzó a darle una especie de sofocación.

Al tercero no aguantó y se levantó de aquella cama tan cómoda a medianoche y salió afuera.

Bajó las escaleras y salió de la casa.

El viento nocturno y callado era tan agradable.

Al pasar junto al cobertizo, no tenía intención alguna de robar algún caballo. No podría, aunque estuviera en su mejor estado, pero se sorprendió cuando vio salir al enorme caballo negro de Luke, con la montura puesta.

Pero la sorpresa fue mayor cuando vio a Luke salir detrás.

El corazón comenzó a latirle de prisa.

—Parece que ambos no podemos dormir —le dijo él—. ¿Quiere dar una vuelta? Así hablamos de algo que dejamos pendiente.

—¿Me esperabas…?

—Es lo que parece ¿no?

Matilda se acercó y él, con mucho cuidado la cogió de la cintura para subirla a lomos del animal, para luego hacerlo él mismo.

Sentir de nuevo ese aroma detrás de ella, era mucho mejor que las sales que le daba Rose o el médico. Era lo que ella realmente necesitaba, aunque no lo decía.

No fueron muy lejos, era aun dentro de las tierras del Rey.

Era un área iluminada por la luna, a las orillas del lago que cruzaba parte del rancho y de donde Frankie solía recoger bayas y donde también solía a traer a enfriar la leche porque la poza del lago era muy fría.

Luke bajó primero y luego ayudó a bajarla.

Ella se acercó a mirar el agua, era preciosa realmente y viendo su extraordinaria quietud, Matilda hubiera querido que su vida también fuera así.

Al cabo de unos segundos, sintió que él la abrazaba desde la espalda, dándole un calor anhelado, aunque no admitido. Se dejó llevar unos segundos cuando sintió el mentón de él rozándole la mejilla derecha. Era una sensación tan intensa y dulce a la vez.

Pero, aun así, su mente decidió resistir así que se giró intempestivamente dándole un empujón a Luke para alejarlo de ella.

—¿Viniste a cobrar la deuda que te tengo? Por eso me trajiste a un descampado —Matilda se rompió la parte superior del camisón como ofreciéndoselo—. Ven por ella, no voy a gritar.

Él la miraba de forma seria y parecía sentirse dolido, pero no por él, sino por ella.

Se quitó la chaqueta y la cubrió.

—No quería que todo el mundo nos viera en el rancho, ya suficiente tuviste con las cotillas y sé que nunca me dirías la verdad con tanta gente cerca. Yo nunca te haría daño, jamás…

Matilda no pudo evitar llorar, y se dio la vuelta para que él no viera que su rostro se deformaba cuando lo hacía.

—¡Es que nada salió como planeaba! ¿de qué están hechos los sueños? Si al final todos se me escaparon —tragó un sollozo—. ¡Perdí a mi padre, mi hogar y fui traicionada por el hombre con quien soñé desde niña! Ese apestoso yankee, atacó mi casa e intentó matarme ¡yo fui quien le hizo esa cicatriz de la cara! Pensé que estaba muerto, pero volvió y quiere vengarse —Matilda rió—. Hasta me he enterado que mi propia prima Lydia me traicionó vendiéndome a ese yankee esa vez. Eran amantes ¿puedes creerlo? Y luego fue a seducir al hombre que se suponía era para mí.

—¿La prima que vivía en Trixera?

—La misma…

—Entonces es buen momento para recordar un detalle ¿recuerdas esa serpiente que quiso atacarte y donde yo te salvé?

—¿Cómo olvidar? No dejabas de vanagloriarte…

—Pues esa serpiente fue soltada por ella esa vez, yo la vi cuando junto con un criado la trajeron ¿nunca le pareció extraño que una serpiente como ésa entrara en terrenos altos?

Matilda no sabía si sorprenderse o no.

Lydia resultó peor que esa serpiente.

Quien sabía que otra atrocidad pudo haberle hecho. Se volteó a verlo.

—Vivo huyendo de ese yankee y de esos primos que me robaron Trixera, sé que me buscan ya que me mantuvieron como cautiva casi

dos años en Boston y no van a dejarme libre. ¡Siempre me salvé yo sola! No espero nada de nadie porque todos me traicionaron…—ella comenzó a llorar de nuevo, era como una explosión de todo lo que tenía guardado hace tiempo.

Él se acercó y la cogió de los hombros.

—Y entonces quieres volver a huir —le dijo él con aquella voz aterciopelada que la volvía loca—. Pero ¿huyes porque quieres o de algo que tienes miedo de querer?

Sus rostros estaban tan cerca uno del otro.

Los ojos de él eran más azules de que lo ella creía, aun en esa oscuridad encubierta era capaz de distinguirlo. Temblaba ante la posibilidad de sucumbir, ya lo hizo el otro día cuando él la rescató del yankee.

Él soltó sus hombros y tomó su rostro, acariciándole sutilmente la mejilla con el dedo.

—Tú eras la persona con la que hubiera querido todo…—declaro él, haciendo que las rodillas de Matilda comenzaran temblar—. Y todavía lo eres, mucho más que antes…

—Tienes a esa señorita Delilah en casa…

—Pues yo no la invité…

El tono de su voz, su aliento masculino y ese aroma que era capaz de marearla se conjugaron para romper la escasa oposición que aún le quedaba.

Ella fue quien lo besó.

Se colgó de su cuello como si de eso dependiera su propia existencia, él rodeó su cintura con sus fuertes brazos, devorándose con fruición con una furia y deseo animal, harto de tantas excusas y del maldito tiempo.

Cayeron al suelo, rodando por el, primero con Luke encima de ella y luego ella sobre él, en un delicioso entusiasmo de pasión, no les importaba que incluso la mitad de sus cuerpos quedaran a la mitad en el suelo y la otra sobre el agua fría del agua.

Ella, desde esa posición dominante, le arrancó la ropa, sin importarle nada más. Lo único que quería era refugiarse en él.

Él fue un poco más cuidadoso ya que le quitó el camisón para no lastimarla. Para ella era su primera vez, aunque él no lo supiera.

Él ni siquiera se lo preguntó, aunque probablemente creía que el yankee o algún otro estuvo antes pero su forma de tocarla le daba a entender que a él no le importaba.

La quería tal cual era y estaba.

Finalmente, cuando él le apartó la parte baja del camisón y la hizo suya, se sorprendió bastante al encontrarla intacta, intacta en medio de tanto sufrimiento.

Matilda permaneció quieta sobre él mientras se abría camino poco a poco.

Él acarició sus caderas y sus senos expuestos con delicadeza

Al cabo de unos segundos, la progresión había acabado y Matilda comenzó a mecerse suavemente, aunque aún le dolía, tenía ganas de llegar a más.

Y él así lo entendió, porque de un solo movimiento hizo que ella quedara abajo.

—Déjame a mi…—le murmuró al oído, comenzando un doloroso y sabroso balanceo, tomando el control de la situación.

Y volvió a besarla, no hubo un sitio del cuerpo de ella que él no consintiera, en especial las partes donde se le notaban los cardenales de los golpes físicos que sufrió.

Acabaron agotados en el mismo sitio.

Con sus piernas remojadas en el agua del lago que los protegía y que fuera testigo de su entrega.

Ella se quedó abrazada a él, como si quisiera asegurarse que él no se fuera.

Y él se encargó de apretarla fuertemente.

—Yo no seré como esas personas —él cogió su mano y le besó los nudillos—. Yo sí me quedaré, así que, si tengo que esperar que confíes en mí, yo esperaré…como mucho te esperaré toda mi vida, ya sea desgracia o fortuna, quiero atravesarlas contigo.

Matilda lagrimeó de felicidad; nunca nadie había sido tan dulce con ella. Tal vez su padre, cuando era una niña pequeña.

La vida le robó la ilusión, el desengaño endureció su corazón.

Quiso fingir desde que se volvió a encontrar con Luke, pero lo cierto es que ya nada volvió a ser igual para ella.

En la ternura de esos brazos, Matilda finalmente podía ser alguien.

Comenzaba a refrescar esa noche, apenas cubiertos con la chaqueta de Luke, pero por primera vez en muchos años, Matilda se quedó dormida placenteramente arropada por la calidez de aquella promesa.

CAPÍTULO 15

—Esto es exclusiva culpa tuya ¿Cómo pudiste ser tan tonto y dejar que esa criada te descubra? —Delilah caminaba de un lado al otro en el despacho de Jasper. Eran poco más de la una de la madrugada y ambos primos se reunieron de urgencia.

Rufus les trajo la novedad de que esa sirvienta y Luke salieron juntos ¿y que iban a hacer juntos a medianoche esos dos?

Desde que ella volvió rescatada por Luke, Jasper estuvo muy nervioso, en caso de que la criada revelara lo de los faltantes en los libros o que el idiota de Gideon hubiera contado el papel de Jasper en aquel secuestro.

Pero en los tres días que transcurrió desde su rescate, no sucedió nada.

Lo que quería decir es que ella no se enteró de nada o se encontraba en un estado de conmoción por lo sucedido. Y no le extrañaba, porque Gideon y los Raffles eran unas bestias.

—¿Soy el único culpable, Delilah? Tú estás aquí hace semanas y no pudiste lograr meter a Luke en tu cama —rió con ironía—. Una criada con ropas grasosas parece ganarte la partida.

—Subestimas al enemigo, yo no creo el cuento que sea una simple sirvienta, esconde algo y de eso estoy muy segura —refirió Delilah sentándose—. Que sepa leer, escribir y conocer de libros contables, ya debió llamarte la atención.

Jasper sabía que la situación acababa de complicarse.

Desde siempre sus planes junto a su prima, es que Delilah se casara con el Rey del Ganado, engendrara pronto un mocoso y heredarían los bienes, una vez muerto Brazo de Hierro, una circunstancia que ellos adelantarían una vez asegurada la prole. Delilah le aseguraba la mitad de la fortuna, sin contar que en algún lugar de esas tierras debían estar enterrados los cofres del oro confederado robado.

Jasper no creía en la inocencia de Luke, para él nadie lo era.

La aparición de aquella mujercita insignificante lo complicaba todo.

Por más que Rufus los espió cuando ella estuvo convaleciente, el dueño del rancho no se acercó una sola vez a su habitación, lo que le hizo dudar del mentado interés que percibía Delilah.

—Si son amantes, entonces toca cambiar los planes y hacer unos ajustes —Jasper cogió su bastón para levantarse.

—¿Dónde vas? —preguntó Delilah

—Necesito escribir una nota y que Rufus lo lleve en este momento —sentándose a escribir algo—. Los Raffles aún tienen hospedado a Gideon, dicen que está rabioso y busca venganza, así que vamos a aprovechar la buena voluntad de ese imbécil.

Jasper lo escribió todo en menos de cinco segundos.

—¿Qué podrías escribir en una sola línea? —quiso saber Delilah

Jasper le enseñó la corta nota.

Oro confederado.

—Esto movilizará incluso a los Raffles, quienes siempre ambicionaron lo que tiene Brazo de Hierro, igual que nosotros, por eso debemos tomar el control ahora. No sabemos qué cosa le diga la sirvienta a ese idiota.

Rufus entró con la mera señal del bastón, porque aguardaba tras la puerta. Tomó el papel que le diera su patrón y le susurró unas instrucciones en el oído.

—Debe ser cuanto antes, antes que amanezca, porque debemos tomar a todos de sorpresa —fue lo último que Jasper le advirtió a su criado antes de que este saliera corriendo.

Ambos primos quedaron en el despacho.

—Ve a descansar, prima. Lo que va a pasar ahora es cosa de hombres —le advirtió Jasper

Delilah entornó los ojos y salió del despacho.

.

.

.

Luke ayudó a vestirla, pese a la extrema timidez de Matilda.

Lo que hizo que finalmente se levantaran de aquel inesperado lecho en el lago, fue la posibilidad de contraer una gripe por haber estado jugando en el agua.

Todavía no cantaba ningún gallo, lo que quería decir es que aún no tocaban las cuatro de la madrugada.

Habían pasado todo ese tiempo, semidesnudos haciendo el amor, amándose y descubriéndose.

Matilda estaba demasiado emocionada viviendo el momento.

Cuando él terminó de atar la última cinta de su camisón, volvió a mirarla con intensidad.

—Si dejáramos de jugar a las escondidas —le dijo, con seguridad —. Quizá yo podría ser para ti lo que ese primo idiota tuyo desperdició.

—¿Celoso?

—Mucho…

Matilda rió, no podía evitar sentirse nerviosa y cogió el rostro de él con sus manos, en un gesto tierno y espontaneo.

Estuvieron a punto de besarse de nuevo, cuando Matilda se separó intempestivamente al acordarse de algo.

—¿Acaso mi aliento apesta? Parecía gustarte mucho hace sólo unos minutos —adujo él oliéndose.

—¡Tienes que investigar a Jasper!

—¿El administrador del rancho?

—Es un ladrón, tiene libros paralelos, los excedentes de la casa son todos vendidos por él, y en lo que pude descubrir, culpó a la antigua cocinera por robo cuando ella era inocente —Luke la escuchaba sorprendido—. Y eso no es todo, ese idiota yankee me dijo que fue Jasper quien le encargó llevarme, debía matarme, pero cuando él vio que se trataba de mí, decidió torturarme primero —la mueca de Matilda reflejó un profundo asco al recordar eso—. Tengo un libro oculto, lo cogí para estudiarlo cuando comencé a sospechar.

Luke tuvo un profundo gesto de decepción reflejado en su rostro.

La parte juguetona de él se esfumó.

—Siempre creí que, siendo un ex soldado, tendría algo de honor….

—Sabes que yo no mentiría con esto, él lo hizo y es una persona de temer…porque tiene conexiones con el alguacil, así amenazó a Nanny West.

—Le dispararé y luego preguntaré —Luke apretó sus puños.

—Es mejor que lo tomes de sorpresa —aconsejó Matilda acercándose a él, que parecía estar ya bastante enojado pero el toque de ella lo apaciguó.

Él la besó en la nariz.

—Volvamos al rancho entonces, así nos preparamos para tenderle una trampa a ese traidor…

Pero Matilda le estiró del brazo.

—Mantengamos en secreto esto mientras arreglas esa situación —Matilda no sólo pensaba en ello, sino también quería decírselo a Rose, porque no deseaba que la anciana pensara que era una oportunista—. Además, desde esa posición podré descubrir más cosas de Jasper.

—¿No te molesta que Delilah no se largue pronto?

—No lo sé ¿te preocupa Delilah? —Matilda hizo una mueca de desaprobación.

—Ella y su primo tendrán que largarse de mis tierras ¿contenta? —él se colocó el sombrero con una enorme sonrisa en los labios.

Volvieron a abrazarse y en esa posición, caminaron hacia donde estaba el caballo.

Ya que Matilda insistía en mantener lo suyo en secreto unos días, tendrían que llegar separados.

Decidieron que se separarían cerca de los pórticos de entrada.

Ella fingiría que los medicamentos le hacían perder la noción y por ello salió a caminar afuera, terminando dormida bajo las estrellas.

Él no necesitaba explicar nada a nadie. Tampoco nadie se lo increparía.

Fueron juntos, con ella sosteniéndose fuertemente a la cintura de él y recostándose sobre aquella fuerte espalda. Era un sueño, tenía que serlo.

Lo que más le había gustado fue que Luke no dudó un segundo cuando ella le contó sobre Jasper. No desconfió de ella, en cambio estaba muy seguro que, si era por él, anunciaría lo suyo al llegar.

No pudo evitar derramar una lagrima perdida. Nunca, ningún hombre se portó así con ella. El único fue su padre y pasó mucho tiempo desde eso.

—Voy a prepararte un estofado delicioso al llegar, te lo prometo —fue lo único que se le ocurrió decirle mientras se apretaba fuertemente a esa espalda que la protegía.

Estaba prácticamente adormecida mientras escuchaba como él le contaba una anécdota cuando llevó junto a Leroy la primera vacada hacia Arkansas. Le encantaba el tono de su voz y más cuando le narraba aquellas aventuras.

Matilda notó que él evitaba hablar de su participación en la guerra, segura de que lo hacía por evitarle malos recuerdos.

Pero el ruido de cascos de caballos viniendo hacia ellos, hicieron que ella despertara del aquel sueño.

Se fijó y notó que eran los primos Wyatt y Tucker. No traían buena cara.

—¿Que estáis haciendo aquí? —exigió saber Luke con un rugido.

—¡Hay problemas graves! —anunció Wyatt—. Los pórticos del lado sur se abrieron y Matthew ha desaparecido, todo el ganado que estaba pastando en esa área salió huyendo.

El rostro de Luke se descompuso.

—¿Cómo es que no pudisteis hallar a Matthew?

El hombre era uno de los vaqueros que le tocaba vigilar ese pórtico.

—Lo buscamos, pero aún no lo encontramos, además los hombres se están preparando para salir a buscar al ganado que escapó —el rostro de Tucker también se veía grave.

—¡Maldición! —rugió Luke—. Preparad a los hombres en cuadrillas de tres grupos, dos que vayan por el ganado y la otra para buscar a Matthew, yo iré con ese grupo —anunció Luke.

—¿Sospecha que fue intencional? —preguntó Tucker

—Con el incidente reciente en tierras de los Raffles no me extraña, imaginé que tomarían represalias, pero no tan pronto, pero esos infelices son capaces de asesinar a Matt…—miró a Wyatt—. Ve a organizar las cuadrillas para buscar el ganado —el hombre salió rápidamente a cumplir la orden; allí se dirigió a Matilda, quien se apretaba fuertemente a él, asustada de todo lo que escuchaba y sintiéndose íntimamente culpable porque el asunto con esos bandidos fue culpa suya—. Vuelve con Tucker a casa, yo debo salir a buscar a Matt.

—No quisiera dejarte…

—Y yo no quisiera ponerte en peligro, pero si voy a romper pescuezos de los Raffles, debo ir sin debilidades ¿entiendes? —el tono de voz de Luke cuando hablaba con ella era muy diferente del duro con el que hablaba con los vaqueros.

Luke bajó y luego ayudó a que ella hiciera lo mismo.

Tucker los miraba desconcertado, pero no se atrevió a decir una sola palabra. Tanto tiempo se habló de la boda de Brazo de Hierro con la señorita Delilah que resultaba chocante y extraño verlo con otra mujer en abierta situación romántica.

Matilda lo hizo sin rechistar, pero antes de subir al caballo de Tucker, se soltó y corrió hacia Luke para volver a besarlo. Y él respondió apretándola entre sus brazos.

Se soltó una de las tiras de su camisón y se lo ató a la muñeca izquierda de Luke.

—Estaré aguardando que devuelvas la tira de este camisón, lo intercambiaremos por el plato de estofado que prometí ¿sí?

Él asintió con la cabeza y volvieron a besarse.

A Matilda no le importaba hacerlo, aunque tuvieran público, porque entendía que Tucker era hombre de confianza de Luke y

nunca iría contra su idea de mantenerlo en secreto hasta que descubriera los planes de Jasper.

Finalmente él subió al caballo mientras Tucker y ella se alejaban rumbo hacia el rancho.

Como Matilda comenzó a lagrimear, Tucker la tranquilizó con unas palabras.

—Brazo de Hierro es el mejor rastreador del estado, él encontrará a Matt a como dé lugar…

—¿Tú también iras con él…?

—Luego de dejarte en el rancho, cogeré el equipo de Brazo de Hierro y vendré a su encuentro…

—¿Equipo?

—Lo que necesita un vaquero, armas y ropa adecuada para rastrillar —Tucker sonreía—. No sé si sea correcto tutearte, creo que me meteré en problemas con Brazo de Hierro si lo sigo haciendo…

—Nadie en el rancho debe saberlo aún…

—Descuida, no acostumbro meterme donde no me llaman…

Llegaron al rancho y Tucker bajó a Matilda cerca de la puerta trasera del servicio.

Matilda lo vio marchar hacia el establo y cuando ella giró, se topó con el rostro inquisitivo de Daisy.

No parecía nada contenta.

—Escucha, Daisy…no es lo que estás pensando.

Daisy se tragó un sollozo que parecía escapársele.

—¿Qué sabes tú de lo que estoy pensando? —la joven se volteó y volvió a entrar—. El café no se hará solo y tampoco el desayuno de la señorita Delilah y el administrador.

Matilda suspiró.

Daisy estaba realmente enamorada de Tucker, y se le notaba. Cuando estuvieran más tranquilas y cuando el rancho estuviera en paz, le aclararía que ella no tenía nada con Tucker.

Se dirigió hacia la casa menor, para cambiarse la ropa por un vestido con delantal.

Se iba a distraer preparando el desayuno, era lo único que podría tranquilizarla mientras aguardaba noticias de Luke.

.

.

.

Delilah terminó su almuerzo con tranquilidad.

El rancho despertó súbitamente con el desastre de las compuertas abiertas y la corrida en estampida de parte del ganado.

No era estúpida, sabía que aquello tenía que ver con una idea de Jasper. Supo por Rufus que la cocinera volvió con uno de los vaqueros, no con Luke. Según le reportaron, él encabezaba la búsqueda de un cowboy que desapareció.

Jasper ya le había advertido lo que podría esperar, una vez finalizado su plan, así que Delilah decidió indagar más en aquella cocinera.

Ordenó llamar a ella y a Rose.

Esas pequeñas maldades la divertían mucho mientras aguardaba noticias alentadoras para su causa. Jasper le garantizó que así sería.

Cuando la cocinera y la anciana ama de llaves se presentaron frente a ella, Delilah repasó una rápida mirada en la más joven.

Pese al harapo que lucía, se la veía resplandeciente.

—¿Sabéis porque hice llamar a ambas?

—¿En qué podemos serviros? —preguntó Rose

—¿No lo sabe? —increpó Delilah, sentada a la derecha del sitio principal de la mesa.

—Si hay alguna queja, no dude en comunicármelo que lo resolveré —ofreció Rose.

—¿Y cómo resolvería que la cocinera de la casa se revuelque con uno de los vaqueros, en una actitud escandalosa y ridícula?

Notó que esa Matilda enrojecía violentamente, al verse descubierta. Debía ser porque la vieron con Tucker, esa mañana.

La anciana no esperaba el reclamo y pestañeó confusa.

—Es que…

—¡Usted nada! Yo seré la señora de este rancho y no toleraré ese comportamiento promiscuo y tampoco la pasividad con la que usted maneja esa situación tan vergonzosa— Delilah las fulminó con la mirada—. Entrégueme las llaves del rancho —exigió Delilah—. Y en cuanto a la zorra desvergonzada, que permanezca en la cocina, aguardando por mi decisión.

—Pero es que…el manojo de llaves me fue dado por el señor Garrett…—refirió Rose, desconcertada.

—Y pues ahora le será quitado por la señora Garrett.

—Usted no es la señora Garrett —fue esa Matilda, quien se atrevió a increparla.

Delilah se estaba divirtiendo con esto, pero el desafío de esa criada no le gustó nada.

Le dio una bofetada a la mujer.

—Largaos de mi vista…y no volváis a contradecirme o la siguiente vez, os haré maniatar y azotar antes de echarlas de mi rancho —las amenazó.

La anciana no dijo nada, salvo un gesto de reverencia con la cabeza.

Matilda se quedó un momento más, mirándola desafiantemente, pero la propia anciana se encargó de estirarle del brazo para sacarla de allí.

El asunto de las llaves no le preocupaba, pero quería medir la actitud de la anciana.

Tendrían que despedirla también a ella.

Con respecto a la zorra, Jasper le había dicho que tenía un plan mejor para ella, en vez de echarla como tenían ideado al principio.

.

.

.

—¿Es que perdiste la cabeza? —increpó Rose a Matilda cuando llegaron a la cocina.

—No podía dejar que esa mujer le falte el respeto de esa manera y no creo que Brazo de Hierro lo apruebe…

—¿Qué sabes, tu? Y además todavía me tienes que explicar que es ese cuento entre tú y Tucker, esa tonta de Daisy ha estado llorando toda la mañana.

Matilda suspiró.

—No es lo que ella cree…él sólo me trajo —Matilda se acercó al fogón—. Pero aun no puedo contarlo, además prometí que prepararía un estofado para la cena —le dijo de espaldas a la anciana.

Temía que ella notara que estaba muy preocupada por Luke y se iniciara un malentendido que pusiera de sobre aviso a Delilah y a Jasper.

Rose le puso una mano en el hombro.

—Creo que esto también sirve para que entiendas que luego de la boda, tanto tú como yo pasaremos a ser desempleadas, porque claramente no le agradamos a la señorita Delilah. Yo tendré una pensión y Luke no me dejaría desamparada ¿pero tú? —mirándola con pena—. Intenta conservar este trabajo.

Matilda quería contarle todo, pero aun no era el momento. La anciana realmente se preocupaba por ella y su empleo, lo cual decía que Rose la apreciaba y no querría verla mal por causa de una tirana como Delilah.

—No se preocupe, señora Rose, le prometo que nadie perderá el trabajo aquí.

La anciana se retiró y Matilda comenzó a picar las verduras del estofado que le prometió a Luke.

Cocinar era lo único que podía hacer por él.

No dejaba de pensar que los rufianes que ayudaron a mantenerla en cautiverio, tuvieron que ver con el ataque y que era culpa suya.

Sólo deseaba que Luke regresara pronto.

Otra de las sirvientas apareció para ayudarla a prender los fogones mientras Matilda salaba la carne.

Aún estaba arrojándole unas plantitas de tomillo a la olla, cuando Frankie comenzó a gritar desde el porche.

—¡Han vuelto!

El niño se mantenía con una muleta en el lugar, no había querido volver a meterse dentro desde que los hombres se fueran.

Al oírlo, Matilda salió corriendo también, esperando encontrar a Luke, pero la sonrisa se le borró cuando vio a un grupo de cuatro vaqueros liderados por Tucker, quien traía a un hombre herido en la espalda.

—¡Hemos encontrado a Matt! —anunció Tucker bajándose del caballo, mientras Matilda corría a su encuentro—. Id al pueblo a buscar al médico —ordenó a uno de los vaqueros—. Llévenlo a la barraca —le dijo al resto.

Matilda miraba a todas partes. No había rastro de Luke.

—¿Dónde está? — preguntó Matilda.

El rostro de Tucker estaba muy serio.

—Fue una maldita emboscada de los Raffles —farfulló enfadado —. Luke me ordenó regresar con estos hombres, para proteger el rancho, porque él sospecha que todo esto fue una estrategia para sacarlo de aquí. Por el camino de vuelta, pudimos hallar a Matt, inconsciente a la vera del arroyo, lo golpearon salvajemente…

Matilda lo lamentaba por el pobre vaquero, pero en ese momento sus pensamientos se perdían en Luke. Cogió de las solapas del cuello de Tucker para exigir respuestas.

—Él y parte de mi grupo se quedaron a pelear para que yo siguiera buscando a Matt y viniera a proteger el rancho… ¡malditos Raffles!

En eso, escucharon el retumbe de los pasos de una manada de vacas que regresaban, escoltados por vaqueros de los grupos que salieron a buscarlos, entre ellos Wyatt.

Matilda se quedó tiesa oyendo aquello.

Y no fue la única, porque Frankie quien se acercó arrastrándose con la muleta, también lo oyó.

—Debo ir a avisar a Wyatt que preparemos la defensa del rancho, así que vosotros haced el favor y entrad dentro, porque no sabemos dónde pueden estar esos malditos, además que Luke no me perdonaría si no cumpliera la orden de mantener a salvo a todos —

fue lo único que dijo Tucker, antes de volver a subir sobre el caballo y trotar hacia donde fue Wyatt.

Profundamente agobiada y tensa, Matilda observaba la zona de los pórticos que estaban cerrando luego de que la manada haya vuelto a entrar, pero ella no notaba eso.

Sólo pensaba en Luke y lo detestaba que fuera tan testarudo de enviar a la mayoría de los hombres para protegerlos, en vez de dejarlos con él para que lo ayudasen.

Sintió la manecita de Frankie estirando su delantal, igual de preocupado.

—Él volverá pronto…nadie podría derrotarlo nunca, Matilda…

Matilda quería creerlo; Luke le prometió que él no la abandonaría como hicieron otros con ella.

Él le juró que siempre regresaría.

CAPÍTULO 16

Matilda fue testigo de cómo ese viejo vaquero Leroy quiso salir a bordo del caballo a buscar a Luke y Tucker tuvo que detenerlo. El antiguo cowboy incluso propinó algunas bofetadas al más joven, quien aseguraba que contra sus propios principios y cumpliendo la orden de Luke, nadie debía salir del rancho y debían protegerlo, así como a sus habitantes.

Se organizaron grupos para cuidar los pórticos y todos estaban en alerta máxima, con sus armas listas para para disparar si fuera el caso.

Dentro de la casa grande, permanecían los sirvientes y en las habitaciones se encontraban Delilah y Jasper.

Leroy no tuvo más opción que ir a sentarse junto a Frankie y aguardar con la misma angustia por la falta de noticias.

Por supuesto tanto él como el chiquillo se enfundaron con armas. El asunto era serio.

Matilda seguía preparando el estofado, que era un caldo especial que llevaba carnes con varias horas de cocción. Todavía faltaba mucho para la hora de cena, pero ella quiso iniciar temprano, para poder servirle ese platillo a él cuando volviera.

Afortunadamente Delilah no volvió a llamarla, pero detectó que el criado de Jasper venía a vigilarla cada tanto.

El resto de las sirvientas estaban tensas también porque se filtró la información de que el rancho podría ser atacado por todos los Raffles en cualquier momento.

El causante fue ese Rufus, quien con eso sembró el terror entre la servidumbre.

—Antes de acribillarlas, os violaran —le había dicho el sirviente de Jasper.

Matilda tuvo que dejar el control de cocción de la olla, para ir a reprenderlas.

—Nadie os hará daño, estamos rodeadas de los mejores cowboys de la región y esos bandidos no saldrán bien librados.

—¿Cómo es que el amo aun no regresa?

—Él volverá…lo hará —decía Matilda, intentando que no se le notara la extrema angustia en la voz, antes de regresar a la labor volteada de espaldas a esas mujeres, y que no vieran su aspecto preocupado.

Rose seguía ordenándoles las tareas como siempre, pero la instrucción es que no salieran del rancho, salvo que las autorizaran.

.

.

.

Al no poder salir de la hacienda, el criado de Jasper se limitó a pasearse por todas las estancias para informar de cualquier novedad a su amo.

Desde el ventanal controlaba si había movimientos afuera.

Jasper aprovechaba la situación para arreglar libros contables y junto con Delilah se embarcaron en una tarea que nunca se hubieran atrevido de hacer en caso de que Brazo de Hierro estuviera cerca, que era la revisar los documentos y libros de su despacho privado.

—Esto es adelantarse demasiado a los hechos —le susurró Delilah mirando unos documentos, aunque no pudieron acceder a un par de gavetas. Tendrían que romperlas más tarde para revisarlas a fondo.

—El plan va a funcionar ¿piensas que Gideon y esos rufianes perderán la oportunidad de coger la mitad del oro confederado perdido? —revisando otros documentos.

—¿Y si Brazo de Hierro regresa? Nos echará a ambos si descubre que hurgamos sus cosas…

Jasper entornó sus ojos.

—Si regresa, algo se me ocurrirá…pero la situación es complicada, y ni siquiera el hombre más fuerte de Texas podría revertirlo.

Jasper se encontraba muy tranquilo.

Era un hombre inteligente y pragmático, y desde que decidió que la fortuna de Brazo de Hierro debía ser suya, no escatimaba esfuerzos para ello de forma paciente y certera. Le molestaba profundamente que un soldado igual a él que conoció en la guerra, tuviera ese despliegue de fortuna, para finalmente darse la humillación final que fue cuando Luke le ofreció un trabajo, que aceptó por necesidad porque nadie contrataba tullidos como él y además para cumplir su idea de arruinar a Luke.

—Sólo intenta fingir un rostro preocupado ¿entiendes? Tu sufrimiento frente a los otros vaqueros se debe ver genuina — aconsejó a Delilah.

.

.

.

Matilda tenía los ojos perdidos en la ventana cuando oyó gritos y alaridos desde afuera.

Todos los empleados se acercaron a los ventanales, mientras Frankie y Leroy, desde el porche, apuntaban hacia dónde provenía el grito.

Todos los otros vaqueros, liderados por Wyatt y Tucker también estaban en posición de alerta, apuntando sus armas y listos para disparar a esos rufianes.

Pero cuando los vaqueros que vigilaban los pórticos, los abrieron para dejar pasar el grupo, Leroy fue el primero en bajar su arma.

Los que entraban eran de la cuadrilla que estaba con Luke.

Llegaban sucios y algunos ensangrentados, como si hubieran enfrentado una carnicería.

Matilda corrió hacia afuera, intentando identificar a los que entraban, ninguno era Luke, pero su corazón se paralizó cuando notó que el enorme caballo negro de Luke era traído por otro de los vaqueros, trayendo sobre él algo grande cubierto.

Los primeros en acercarse fueron Wyatt con Tucker, y tras de ellos el propio Leroy.

Todos los sirvientes en tropel también lo hicieron, incluso Jasper con Delilah salieron a ver cerca de la puerta.

Matilda quiso acercarse, pero cuando Tucker la miró con los ojos cristalizados, fue que entendió algo que no deseaba.

Los hombres bajaron con cuidado el bulto cubierto.

—¿Qué demonios está pasando? —gritó Jasper

Los rostros compungidos de los vaqueros respondían sin hablar palabra alguna.

Wyatt, haciendo uso de un autocontrol inmenso se quitó el sombrero y fue quien lo anunció.

—Estos hombres regresaron, dicen que se libró una batalla campal a orillas de ese peñasco al final del bosque, en las afueras del pueblo y que…—Wyatt dudaba en narrar lo que acababa de decirle el vaquero que acababa de llegar—. Que el amo, peleando con uno de esos asesinos, cayó al vacío, que los fueron a buscar, bordeando el peñasco, pero ambos cayeron en la zona de los incendios forestales…sólo encontraron un cuerpo.

Matilda estaba inmovilizada, oyendo, queriendo que fuera una pesadilla. No podía estar pasando de nuevo.

Wyatt, con pesar, levantó la manta que usaron para cubrir el cuerpo.

Era grande, y se encontraba completamente calcinado. Lo notable y que sirvió para que los hombres lo reconocieran como el cadáver de Luke es que la osamenta calcinada sostenía fuertemente un resto de sombrero que, por sus características tan conocidas, era fácil reconocerla como la de Luke Garrett.

—¡No puede ser! —gritó Rose.

Leroy lloraba alrededor del cuerpo, intentado buscar una señal de que se trataba de otra persona, no del hombre que vio crecer y que había criado como a un hijo.

Los vaqueros que volvieron, visiblemente apesumbrados y doloridos apenas eran contenidos.

Wyatt y Tucker no podían creerlo.

Debía ser un error, el hombre más fuerte de Texas no podía haber caído tan fácil.

Arrastrando su bastón, Jasper se acercó a observar el cadáver, con una mirada seria no exenta de asco ante la visión del cuerpo.

Delilah no se acercó, pero comenzó a llorar, con exageración, llorando en el suelo del porche.

Sólo Matilda permanecía sin llorar, como anestesiada de un dolor inconmensurable y aunque Frankie le puso una mano en el hombro, ella no pensaba tragarse esto sin comprobarlo con sus propios ojos.

Se giró y corrió hacia el enorme caballo negro de Luke y antes de que los hombres pudieran detenerla, subió a bordo del mismo.

—Brazo de Hierro no puede estar muerto…ese cadáver no es él —masculló la mujer

—¿Qué demonios hace esa loca? —gritó Jasper—. Detenedla.

Pero nadie se sintió capaz de cumplir aquella orden, no cuando Matilda ya había subido y exigido al caballo, apeando la correa.

—Yo también iré con ella, no me conformaré con esta respuesta —replicó Leroy, haciendo que uno de los vaqueros bajara del caballo para subir él.

Con el anciano cowboy tan decidido, Wyatt y Tucker también subieron a sus caballos para seguirlos, a los que se le unió uno de los vaqueros que trajo el cuerpo para mostrar el lugar de la pelea y del hallazgo del cadáver.

Con tal respuesta, Jasper prefirió mantener silencio.

Todos respetaban demasiado a Leroy.

Matilda ya no volvió la mirada ni una sola vez, desde que vio ese cadáver, su mente no alcanzaba a procesarlo como verdadero. Se negaba a llorar una muerte que no confirmaba.

Unas lágrimas salieron de su rostro que no pudo evitar, porque si lloraba, con ello ratificaba esa verdad que se negaba a creer.

Sólo anoche se encontraba entre sus brazos, en medio de la luz de la luna y cientos de promesas que ahora se evaporaban en el viento.

Luke no podía estar muerto.

¿Qué clase de broma macabra le jugaba el destino?

Notó que Tucker cabalgaba muy cerca de ella. Del otro lado, lo mismo hizo Wyatt. Su primo le había dicho lo que pasaba entre ella y Luke.

El caballo era demasiado grande para una mujer tan menuda y era claro que cuidaban que ella no cayera, bordeándola.

.

.

.

En el rancho, el tumulto era generalizado y las lágrimas también.

El único que se mantuvo tranquilo fue Jasper, quien supo que ése era el momento adecuado para actuar. No le importaba que esos idiotas fueran a cerciorarse, Luke estaba muerto y de la muerte nadie regresaba.

Debía tomar medidas enseguida.

Veía a Delilah llorar de forma desconsolada en el sillón del porche.

La muy maldita sabía fingir.

Hasta los criados lagrimeaban y eso comenzaba a ponerlo nervioso.

Llamó a Rufus y le dio instrucciones claras.

—Trae al magistrado local y al alguacil con un par de hombres a su cargo, diles que en el rancho ocurrió una tragedia y necesitamos aval legal.

El sirviente asintió con la cabeza y se apresuró en salir para cumplir la orden.

Jasper paseaba con su bastón de un lado a otro, debía mantener la cabeza fría si quería que el plan funcionara y tenía que hacerlo ahora, cuando la muerte de Luke aún era reciente.

Sólo tenían a los sirvientes y los vaqueros. Wyatt y Tucker podrían ser difíciles, pero debía deshacerse de ellos.

Leroy tampoco sería sencillo, así que debía pensar la forma idónea para neutralizarlo.

Y luego esa estúpida criada Matilda, quien se comportaba como si ella fuera la viuda.

El número de hace un rato no debía volver a repetirse.

—Traed una mejor cobertura para el amo, esperaremos la llegada de las autoridades para enterrarlo —ordenó a los sufrientes vaqueros que esperaban cerca.

Rose quiso intervenir, pero la calló con un gesto con la mano.

—Guárdese sus opiniones, la servidumbre no tiene nada que opinar en este menester, mejor organice el café que enseguida vendrá el magistrado. La cocinera parece haber olvidado sus funciones.

Rose no pudo replicarle, pero Daisy tuvo que prácticamente empujarla para sacarla de allí a cumplir la orden.

.

.

.

Cuando Matilda y los otros llegaron al área que les señaló el vaquero, el lugar era sitio de una matanza.

Los hombres bajaron y Tucker se acercó a ayudar a Matilda.

—No creo que deba estar aquí…—le susurró Tucker.

Varios cuerpos se encontraban sobre el peñasco; fue sitio de una emboscada. Todos eran hombres de los Raffles.

Recorrían verificando si alguno tenía signos vitales, pero Matilda recorría la mirada buscando algo que deseaba con desesperación.

Al acercarse a la orilla del peñasco, se percató del humo que salía del vacío, era intenso y sofocante. Comenzó a toser, y se cubrió la boca con el delantal.

—No te acerques tanto, que puedes caer —Tucker se acercó y la alejó de la orilla.

—No voy a quedarme tranquila hasta bajar …—masculló Matilda.

Mientras los hombres discutían la forma para bajar, oyeron cascos de unos caballos.

Wyatt y Tucker enseguida tomaron sus armas, podrían ser los Raffles.

—Ocúltese, señorita Matilda —le pidió Tucker.

Pero bajaron las armas al notar que eran hombres del alguacil y uno con librea de la magistratura.

—Hemos sido llamados por Jasper, el administrador. Nos avisó de la tragedia y vinimos a certificar la muerte del señor Garrett —dijo uno bajando del caballo, el que tenía la librea de la magistratura.

—¿Qué muerte? —gritó Matilda—. Luke no puede estar muerto.

El hombre la ignoró deliberadamente.

—Bajaremos al fondo del peñasco, en el rancho identificaron un cuerpo como el del señor Garrett, pero necesitamos explicar los motivos de su muerte y proseguir las acciones contra los Raffles sobrevivientes, si es que los hay.

Los hombres comenzaron a revisar los cuerpos, mientras Matilda apretaba los puños con furia. Leroy se acercó a ella para solidarizarse.

En eso Matilda notó algo en el suelo, en la punta de la orilla del peñasco y se agachó a recogerla.

Estaba llena de barro, pero pudo reconocerla.

Era el pedazo de cinta de su camisón que ella le había dado a él, antes de irse.

Las lágrimas le regresaron al rostro y apenas Leroy pudo ayudar a levantarla.

Luke pudo haberlo perdido cuando cayó al vacío.

No se animó a decirlo en voz alta.

—Identificamos siete hombres muertos con heridas de bala —dijo uno de los hombres, haciendo que el otro tomase nota—. Tendremos que bajar hasta donde podamos —dijo señalando la orilla.

—Él cayó al vacío y cuando bajamos a buscarlo…el incendio forestal que se suscitaba abajo, no nos permitió adentrarnos mucho, pero cuando llegamos hasta donde pudimos, fue que encontramos ese cuerpo —murmuró el joven vaquero que estuvo presente—. Lo único identificable que poseía era el pedazo de sombrero en las manos.

Tendrían que bordearlo para bajar.

—Señorita, permanezca aquí, ese no es sitio para una mujer —le dijo el ayudante de magistratura

—¡No me quedaré! Tengo que verlo con mis propios ojos —reiteró Matilda con ferocidad

—Nosotros nos encargaremos de cuidarla —dijo Tucker, mirando a Wyatt y a Leroy para evitar que el hombre siguiera impidiendo que Matilda fuera.

Matilda se secó las lágrimas y comenzó el trayecto de bajada que fue mucho peor de lo que creía, y no avanzaban mucho porque el humo era insoportable, aunque el fuego ya se había mitigado.

Cuando llegaron a un punto imposible de avanzar, la comitiva se detuvo tapándose la boca y la nariz.

—Nadie pudo haber sobrevivido a esa caída, pero en el hipotético caso de haber ocurrido, el fuego terminó por matarlo —comentó el ayudante del magistrado.

Matilda quiso seguir avanzando pese a que el humo la hacía toser cada vez más.

—Quiero bajar a comprobar que no exista otro cuerpo….

—¡Déjese de tonterías! ¿No está contenta con las vidas perdidas de hoy? Nadie bajará porque es imposible —anunció el mismo hombre de la delegación, quien ya parecía muy molesto con la tozudez de Matilda.

Pero Matilda quiso insistir y el hombre la empujó al suelo.

Leroy en un impulso quitó el arma para apuntarles y los otros respondieron de igual forma.

—Viejo, guarde su arma. Entiendo su frustración por la muerte de su patrón, pero recuerde que ahora no tiene quien lo defienda, el señor Garrett ya no existe y nosotros sólo hacemos nuestro trabajo.

Leroy se vio desarmado con aquel anuncio. Esos hombres no eran malos, solo cumplían las órdenes del alguacil y el magistrado que esperaban en el rancho.

Los hombres guardaron su arma y Tucker ayudó a Matilda a levantarse.

—Certificaremos la muerte del señor Garrett, por ser una persona de interés es algo que no puede demorarse —anunció el hombre guardando su arma—. Lo siento, en verdad, el señor Garrett era alguien de mucha importancia y es ahora, cuando vosotros sus empleados, debéis mantener su legado.

Matilda comenzó a lagrimear y prácticamente cayó a los brazos de Tucker, quien la sostuvo.

La joven no tuvo consciencia de que como hizo la subida de regreso ya que prácticamente la cargaron.

En su mente sólo tenía la última imagen de Luke despidiéndose esa madrugada, que se mezclaban con las de anoche, cuando vibró entre sus brazos.

¡Eso no podía ser una despedida!

No cuando al fin entendía que estaba enamorada de él.

¿Por qué el cielo siempre le quitaba las personas que más amaba?

Veía el cielo de la tarde, pero para ella ya habían caído las nubes negras cubriéndolo todo. No sentía fuerza en sus extremidades, era como una muerta en vida, no escuchaba una sola palabra de lo que decían los hombres.

Sintió que la cargaban en un caballo, en la espalda de Leroy, mientras Tucker cogía las riendas del caballo negro de Luke, que comenzó a patalear en la orilla del peñasco, como si al igual de Matilda, llorara por una pérdida irreparable y no quisiera irse como ella.

¿En esta vida estaba condenada a la desgracia?

Perdió la noción del tiempo cuando iniciaron la cabalgata de regreso al rancho en una silenciosa procesión eterna.

Cuando Leroy la zarandeó suavemente para bajarla, ya estaban frente al porche del rancho, donde estaban un hombre con aspecto de abogado haciendo anotaciones, y junto a él se encontraban Jasper con una Delilah llorosa. Ése sujeto era el magistrado local.

Ya no estaban los otros vaqueros, el otro hombre allí era uno con ropa de alguacil.

Dos de los hombres que fueron al peñasco se acercaron a él a informarle algo mientras este asentía, y el ayudante de magistratura que fue a la expedición se acercó al sujeto sentado que anotaba sin parar.

Cuando Matilda desvió la mirada, descubrió que habían sacado la enorme mesada de madera de roble y encima estaba puesto el cuerpo cubierto completamente de sábanas blancas.

Rose y Frankie lloraban silenciosamente a su lado.

Matilda se sostenía fuertemente a Leroy para no caer.

Wyatt, Tucker y el otro vaquero se acercaron, sacándose el sombrero.

Era un instante demasiado triste.

—La muerte del señor Luke Garrett queda certificada, así como el levantamiento y envío de los cadáveres encontrados en el peñasco —dijo el alguacil, paseándose con las manos en la cintura —. Podéis enterrarlo en cuando lo creáis conveniente.

—Todavía tenemos otro problema grave —interrumpió Jasper, caminando con su bastón junto al magistrado que escribía—. El alguacil certifica la muerte del señor Garrett ¿Qué pasa con el rancho y las propiedades del difunto? —dirigiéndose al magistrado.

El magistrado era un hombre recto y honrado. Se sintió incómodo, teniendo el cadáver aun sobre la mesada, que se suscitara una consulta tan delicada y más cuando el hombre llevaba pocas horas de fallecido, pero era una verdad que necesitaba ser evacuada.

—Usted solía encargarse de los asuntos legales del señor Garrett ¿sabe si dejó disposiciones finales? —volvió a preguntar Jasper.

El magistrado meneó la cabeza.

—En mi caso, no puedo avalar que el señor Garrett haya dejado testamento conmigo…

—Entonces si no hay heredero…

—Los bienes podrían pasar a nombre del gobierno, a falta de un heredero factible o nombrado en un testamento —completó el magistrado, mirando hacia Delilah que no dejaba de lagrimear y a

Matilda que permanecía en un doloroso silencio con Rose, Frankie y Leroy contemplando el cuerpo envuelto sobre la mesada—. Podríamos discutir este asunto, una vez cumplido el período de duelo…atendiendo que no existe un heredero.

Wyatt y Tucker se encontraban a una respetuosa distancia. Ese asunto no les correspondía como bien les dijo el propio Jasper.

Delilah se adelantó, limpiando las lágrimas que tanto vertían de sus ojos.

—¿A qué se refieren de que no existe un heredero? —la mujer se acarició el vientre—. Yo estoy esperando un hijo de Luke Garrett —anunció para la anonadada sorpresa de todos.

CAPÍTULO 17

La primera sorprendida era Matilda.

Ella creía en Luke y si un niño viniera en camino, él se lo hubiera dicho. No le pasaba por la cabeza que él la hubiera engañado. Él no era así.

Si esa mosca muerta de Delilah realmente esperaba un hijo debía probarlo porque pese a su dolor, Matilda no pensaba dejar que pisoteen la memoria de Luke.

—¡No tenéis vergüenza! —Matilda les apuntó el dedo a Jasper y a Delilah—. Ni siquiera se ha terminado de enfriar el cadáver en la mesada ¿y ya queréis apoderaros de su dinero? —Matilda avanzó hacia Delilah, quien se refugió detrás de Jasper.

El hombre golpeó su bastón.

—¿Qué hacéis? ¡Detened a esa mujer! No es la primera vez que intenta algo contra mi prima —pidió al descolocado alguacil, quien con una seña de sus hombres los envió a detener el avance de la nerviosa mujer.

—¡Soltadme! —rugió Matilda intentando desasirse, pero los hombres la cogieron con fuerza.

—¡La están lastimando! —gritó Tucker, acercándose, pero el alguacil le apuntó con el arma, por lo cual Wyatt del otro lado también desenfundó su arma.

—¿Qué demonios pretendéis? ¿Vais a iniciar un tiroteo con miembros de la oficina del alguacil? Eso sería la horca directa —amenazó el alguacil, quien apuntó hacia Wyatt, y luego mirando hacia sus hombres—. No la golpeen ni le hagan daño, debo oír la denuncia del administrador.

Frankie y Rose observaban consternados la escena, tanto que la anciana fue hacia Wyatt para hacerlo bajar el arma.

Con las armas vueltas a enfundar, Jasper caminó unos pasos arrastrando su bastón y señaló a Matilda.

—Esa mujer es un peligro, y está haciendo un numerito porque su juego no le funcionó, intentó seducirme a mí y como no lo logró, intentó hacer lo mismo con el difunto amo…y su estrategia la llevó a atentar contra mi propia prima, quien es la madre del heredero de este rancho. Sin contar que es una ladrona, estuvo robando en la casa ayudada por una ex empleada despedida por el mismo motivo. No la quiero aquí, exijo justicia en nombre de Brazo de Hierro y de mi propio sobrino por nacer, ella juró vengarse y tiene apoyo en la casa con esos otros sirvientes que la defienden ¡el único hijo de Luke Garrett corre peligro con ella cerca!

—¿Dice usted que esa mujer es una ladrona e intentó asesinar a su prima? —el magistrado se levantó al oír la acusación

Matilda no podía creer aquella tamaña invención y comenzó a gritar, pero el alguacil hizo una seña para que le taparan la boca y uno de los hombres le ató un trapo alrededor para que guardara silencio, al tiempo que cogía una cuerda para atarle los brazos hacia atrás y le dio un empujón para que quedara arrodillada en el suelo.

Jasper tenía un rostro compungido y Delilah comenzó a llorar.

—Las pruebas de sus robos están en los libros y tenemos el testimonio de esa Nanny West —anunció Jasper.

Matilda no podía creerlo, si logró un testimonio de esa mujer, es porque Jasper hizo una movida sucia. Todo este tiempo, él estuvo activo viendo la manera de destruirla desde que ella enseñó sus cartas al amenazarlo con el libro que robó.

—Intentó asesinarme, porque su amante era un ex soldado yankee que se alió con los Raffles que pensaban atacar la casa, ya una vez tuvimos un problema cuando ella fingió un secuestro y el propio Brazo de Hierro fue a buscarla como haría un buen amo como él —Delilah se limpiaba las lágrimas en una convincente y lacrimógena actuación—. Desde que llegó a esta casa, no hizo más que preguntar por la famosa historia del oro confederado, ya que habrá oído ese cuento de que Luke lo tenía ¡por eso trajo a sus compinches rufianes para abrir los pórticos y que el ganado se dispersara para distraer!

Matilda, con las manos atadas y la boca cubierta, quiso gritar y comenzó a removerse con violencia sin éxito.

¿Cómo es que le tenían listo un cuento de mentiras? Peor aún, lo hacían sonar tan convincente.

Rufus le trajo un libro a Jasper y este se lo acercó al magistrado.

Era el supuesto libro contable con los faltantes atribuidos a Matilda, también una hoja con un sello de pulgar que era la supuesta declaración de Nanny West.

—Pensaba denunciarlo, pero no esperábamos esta tragedia —refirió Jasper mientras el magistrado leía el libro y analizaba el documento firmado con el pulgar de aquella testigo—. Tienen que ayudar a mi prima, es una mujer que ha quedado sola ¿Cómo podría traer al mundo a un niño que estará en constante peligro por causa de una mujer como ésa?

—¡Eso es mentira! Matilda no sería capaz —intervino Rose.

—¡Suelten a Matilda! —gritó Frankie

—¡Nosotros somos testigos de que Gideon, ese yankee, secuestró a Matilda y junto con el amo, la rescatamos! —Tucker no se quedó atrás.

—¡Porque sois una panda de tontos! Esa mujer siempre estuvo conjeturada con ese yankee y recordad vuestro lugar —les advirtió Jasper—. Sólo vino aquí atraída por ese supuesto oro.

Comenzó una ardua discusión, frente a una desesperada Matilda, quien se daba cuenta que había caído en una trampa horrible, de cual no podría escapar.

El único que se mantenía calmo era Leroy, quien miraba a los actores de esta tragicomedia.

Fue el único que se dirigió a Delilah.

—¿Es verdad que espera un hijo de Luke? —le preguntó con calma.

—Lo cierto es que no le debo a usted ninguna explicación…—Delilah se palpó el vientre—. Pero sí, estoy esperando un hijo de Luke y todo este asunto me estresa, más cuando sólo soy una mujer en búsqueda de justicia.

—Pero ella niega los hechos que le atribuyen —refirió Leroy, señalando a Matilda.

—¿Acaso vale más la palabra de una criada ladrona que la de una dama respetable? —gruñó Jasper y se dirigió al magistrado—. El castigo para los criados que roban a su amo es la horca, sin necesidad de juicio, porque ya tenéis los testimonios míos y de la señorita Delilah, quien os recuerdo ejercerá la tutela del heredero del rancho más grande de Texas.

El magistrado y el alguacil se miraron.

En efecto, cuando mediaban testimonios de personas respetables, los criados ladrones no recibían juicios ni eran apresados, sino que los ahorcaban en el mismo lugar donde cometieron el hecho, como forma ejemplificante y para disuadir a otros de copiar.

El magistrado cerró su libro, se notaba cansado. Realmente la muerte de un ranchero tan importante como Luke Garrett lo había puesto en un aprieto y él no era amigo de la horca, pero las reglas estaban para cumplirse, aunque el asunto se figuraba difícil porque la joven acusada tenía amigos en el rancho, pero él como magistrado no podía pasar por alto la posición de los denunciantes y, sobre todo, de la señorita Delilah, a quien todos conocían como posible prometida de Brazo de Hierro, quien murió antes de casarse efectivamente con ella.

La mujer era madre del heredero.

Miró el cuerpo cubierto en la mesada. Menudo problema dejó ese hombre.

Se secó el sudor con un trapo.

—¡Debe haber un error! No pueden acusarla —gritó Tucker—. Si Brazo de Hierro estuviera vivo no permitiría que nadie le hiciera daño a esa mujer…

Matilda hizo uso de una fuerza sobrehumana para escapar del hombre que la tenía arrodillada, y aun con las manos atadas, hizo un movimiento para sacarse el trapo que le cubría la boca, y corrió

hacia donde estaban Delilah y Jasper. Todo tan rápido y para sorpresa de los intervinientes.

—¡Como fue capaz de inventar tantas mentiras! Es una trampa —Matilda ya no pudo con genio y se arrojó hacia Delilah, aunque tenía las manos atadas.

Jasper fue más rápido y la interceptó dándole un certero golpe con el bastón que la envió al suelo, donde quedó casi inconsciente.

No podía moverse, pero lo oía todo.

—Esta mujer es un peligro y si vosotros, como autoridades no hacéis algo, el futuro del rancho es incierto. No podéis dejaros llevar por el simple hecho de que esa ladrona tenga amigos aquí —Jasper señaló a los primos, a Leroy, a Rose e incluso a Frankie—. Si insisten en defenderla, también se merecen la horca.

El magistrado no tuvo más opción que hacer una señal al alguacil, que improvisaran una horca y hacer justicia.

Los ayudantes del alguacil se apresuraron en conseguir un madero y unas cuerdas para hacer una horca provisoria. Siempre traían esos elementos entre sus cosas, porque en Texas siempre había alguien a quien ahorcar.

El árbol frente a la casa serviría para ejecutar la justicia, colgaron la cuerda y colocaron el poste al pie.

Matilda, dolida por el golpe del bastón, desde el suelo comenzó a removerse.

—No…no…por favor…—murmuró con un hilo de voz desesperado.

Vio que el propio alguacil apuntaba hacia los primos y Frankie recibió una bofetada cuando quiso intervenir.

A Leroy también le apuntaron.

En pocos minutos la horca improvisada estuvo lista y de pronto Matilda sintió que la arrastraban hacia ella.

Hasta Daisy vino a sumarse a las protestas, pero que ¿podía hacer ella?

Si hacían algo contra el alguacil o el magistrado, incluso el propio ejército podría venir a por ellos.

Matilda no podía permitir que todos pagaran por ella.

Además, con la muerte de Luke, a ella le habían desaparecido las ganas de vivir.

—Ya no más…—masculló apenas la joven ya que estaba atontada del último golpe de Jasper.

El magistrado la miraba con pena, pero era la ley del Oeste.

Los leales de Brazo de Hierro agudizaron sus protestas y comenzaron los empujones.

—La condena a muerte es lo que se aplica en estos casos y ella no puede estar encima de las reglas —aseveró el magistrado—. Con la muerte del señor Garrett, la prioridad de esta magistratura es proteger su legado y a su hijo por nacer —añadió mirando a Delilah.

Mientras los leales eran bloqueados por los hombres del alguacil, Matilda fue empujada a subir al poste puesto como tarima.

Matilda pensaba que todo esto era surreal, sus ojos se cristalizaron cuando sintió la cuerda alrededor de su cuello.

Veía a Delilah sonriendo desde el porche, con una expresión de triunfo. A Jasper con una pose siniestra con su bastón a cuestas.

El magistrado viéndola con pena.

Pero sobre todo los rostros de Wyatt, Tucker, Leroy y Frankie, quienes desesperadamente esgrimían protestas entre gritos y empujones.

—¡Si tiene una cuenta con la justicia, llévenla tras las rejas, pero no la maten así!

—¡Matilda!

—¡Por favor no la maten!

En un momento dado, Leroy volvió a enfundar su arma y uno de los ayudantes del alguacil le disparó muy cerca de la pierna.

—Retroceda y deje hacer nuestro trabajo o la siguiente bala irá entre su cejas —lo amenazó el hombre.

Veía como Daisy y las otras sirvientas lloraban. Incluso Matilda creyó leer en los labios de la primera, un sutil "perdóname…"

Matilda esgrimió una débil sonrisa.

Haciendo un rápido recordatorio de su vida desde Richmond, Boston y luego aquí, donde terminó de enamorarse de un hombre,

al cual la vida le arrebató antes de poder disfrutar plenamente de ese amor que aun maduraba en su pecho.

—Luke…—murmuró, cerrando los ojos—. Si no fue en esta vida, que sea en la otra…

El alguacil hizo una seña al hombre que sostenía el poste sobre el cual estaba parada Matilda y le dio un empujón, haciendo que Matilda cayera, ante los gritos de horror y desesperación.

Pero repentinamente el disparo de un proyectil impactó directamente en la cuerda, haciendo que se soltara y Matilda cayera al suelo, libre de las ataduras del cuello.

—¿Quién demonios fue? —exigió saber el alguacil.

Pero no fue ninguno de los hombres allí presentes.

—¿Qué es eso? —gritó Frankie, señalando hacia el pórtico abierto.

A bordo de un caballo salvaje, montado a pelo, venía un hombre completamente cubierto de ceniza y sangre, que tenía una pistola en la mano. Él fue quien disparó.

Los hombres del alguacil iban a responder con disparos, pero el propio alguacil les hizo señas que se detuvieran, porque aun en ese estado, él pudo reconocer al recién llegado.

Ya todos lo habían hecho porque ese porte era inconfundible, aun en esas condiciones.

—¡Es Brazo de Hierro! —gritó Tucker

Matilda abrió los ojos y miró también hacia allá.

Un hombre haciendo una entrada triunfal comenzaba una lenta marcha desde el pórtico, dejando a todos con la boca abierta, empezando por Delilah y Jasper, quienes no podían creerlo.

En ese momento, apenas el recién llegado cruzó el pórtico, detrás de él varias reses dispersas entraron al recinto a tropel, como si fuera una estampida, como si reconocieran a su único amo.

Los ojos vidriosos de Matilda temblaron ante tamaña visión del hombre que, en medio de tantas bestias, permanecía impasible y sin miedo.

Aun a la distancia y en medio de toda esa ceniza y sangre que lo cubría, ella fue capaz de distinguir los enormes ojos azules, unos que creyó que jamás volvería a ver.

Matilda estaba incrédula, él acababa de resurgir de entre los muertos y vuelto para salvarla del desastre.

Y los demás que lo presenciaban estaban paralizados también.

Estaban viendo el regreso del rey del ganado en todo su esplendor.

CAPÍTULO 18

Todos estaban boquiabiertos mirando la aparición inesperada.

No era un sueño o una alucinación.

Y más cuando *Viento Oscuro*, el enorme caballo negro de Luke, salió a relinchar en el patio, luego de saltar el cerco protector, al sentir la presencia de su amo.

Matilda, debilitada por los golpes y el tirón de la cuerda en su cuello, pensó que estaba muerta pero no, pudo verlo bajar del caballo y acercarse. Y eso era muy real.

Todos lo miraban, pero él solo la veía a ella, se acercó bajando a su altura y la ayudó a sentarse, le acarició suavemente la mejilla, aunque de paso ensució con hollín seco, algo de la maltratada mejilla de Matilda.

—Tu…regresaste…estas con vida…—Matilda esgrimió una débil sonrisa, levantando su mano hacia la cara de él, como si quisiera asegurarse que fuera de carne y hueso.

Él volvió a acariciarle el rostro con extrema ternura, como si solo estuvieran ellos dos solos y no tuvieran un público que observaba la escena en silencio y con absoluto pavor.

—Ya estoy aquí…nadie volverá a hacerte daño. Lo prometo —le susurró con delicadeza y allí desvió la mirada hacia el magistrado, cambiando su tono de voz por uno más duro— ¿Qué demonios significa este circo en mis tierras? ¿Qué intentabais?

El alguacil, que tenía el rostro lívido y pálido, porque le tenía pavor a Brazo de Hierro, fue el primero en reponerse.

—Sólo respondíamos una denuncia del administrador, sobre su presunta muerte —señaló el cadáver cubierto sobre la mesada—. Con el cadáver y la denuncia, tuvimos que intervenir con el magistrado para poner en orden las cosas…

Luke, sin soltar a Matilda y aun agachado hacia ella, no se veía nada convencido.

—¿En orden las cosas…? —Luke levantó una ceja irónico.

—¡Luke, hijo mío! ¡Qué bueno te encuentras con vida! —una Rose, llorando de felicidad fue la siguiente en hablar.

Frankie, a su lado se veía emocionado y a punto de llorar, pero no lo hizo porque Luke le había dicho que los hombres no lloraban.

Los primos Wyatt y Tucker también se veían profundamente conmovidos. Lo creyeron muerto y se habían sentido impotentes de no poder ayudar a Matilda, quien estuvo a punto de morir frente a sus ojos, pero Luke de vuelta, no les había fallado y regresó para salvarlos a todos de un destino incierto.

Leroy observaba estremecido y le hizo un gesto de aprobación a Luke, que supiera que estaba feliz y orgulloso de él.

Luke sonrió levemente a los suyos, pero enseguida endureció la mirada, demandando más explicaciones al alguacil.

—La ley es clara con los ladrones de ranchos…y teníamos una denuncia contundente del administrador y de la señorita Delilah… usted sabe que la palabra de personas respetables como ellas, suplen la necesidad de un juicio y simplemente se aplica la horca…

—Nos mostraron libros y una declaración —agregó el magistrado, visiblemente nervioso—. No podíamos dejar de aplicar la ley…

Luke volvió a mirar a Matilda.

Ella estaba dolorida y muy cansada.

Mientras el magistrado seguía explicándole detalles del libro contable al que Luke ya no prestó atención, él cargó a Matilda entre sus brazos para levantarla del suelo.

Delilah y Jasper permanecían callados, pero éste último se dio cuenta que su situación se complicó, así que mientras los hombres hablaban, aprovechó para deslizarse lentamente y escapar de alguna manera.

—¿Dónde diablos piensas ir? —le increpó Luke, quien se había dado cuenta—. Tienes cuentas que pagar con la justicia.

Jasper se veía aterrorizado, igual ya no pudo avanzar porque Wyatt lo rodeó imposibilitando su huida.

Casi al mismo tiempo, Tucker traía a rastras a Rufus, el criado de Jasper que intentó escapar por la parte trasera pero que fue atrapado por los vaqueros. El rey del ganado había vuelto y, por tanto, la verdadera ley y orden volvieron al rancho.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el magistrado.

—Ese cadáver que casi entierran bajo mi nombre no es otro que Gideon, ese infeliz que se alió a los Raffles para matarme —reveló Luke—. Una alianza patrocinada por mi querido administrador Jasper —todos se voltearon a mirarlo—. ¿Quieren colgar a alguien? Si la ley que dicen se aplica, con mi denuncia ya debería ser suficiente para ahorcar a este sujeto.

—¿Qué? ¡Eso no es cierto! —Jasper comenzó a removerse, pero los primos lo tenían fuertemente sujeto para que no huyera.

—¡Ya deja de fingir, traidor! Lo sé todo y también sé que ella vino para ayudarte en el plan para deshacerse de mí —señalando hacia Delilah—. Colgad a los tres…y hacedlo fuera de mis tierras, no quiero que se pudran cerca de las cosechas del rancho y terminen contaminando la comida con su hedor…

El magistrado escuchaba impávido el asunto, pero se repuso e hizo una seña al alguacil para que prendiera a los acusados por Luke.

Mientras Luke se volteaba para entrar hacia la casa grande con su preciosa carga en brazos, oyó que Delilah también gritaba a sus espaldas.

—¡Yo soy inocente! Si Jasper hizo algo, es cosa suya. No tengo nada que ver —se defendió Delilah, haciendo que Jasper la mirara con desprecio por causa de la traición.

—¡No podemos colgarla a ella! —anunció el magistrado.

Mientras los hombres del alguacil intentaban prenderla y ella se removía también ansiosa a los gritos.

—¿Por qué no? ¿no iban a hacerle lo mismo a ella? —inquirió Luke señalando a la mujer entre sus brazos.

El magistrado, se encontraba muy incómodo y más al darse cuenta de la relación existente entre Brazo de Hierro y la joven que

estuvieron a punto de ahorcar.

—Ella está embarazada…y es suyo.

Luke enarcó una ceja, divertido.

—¿Mío? —no pudo evitar reír a carcajadas—. Apuesto que, si el niño nace, si es que realmente está embarazada, saldrá con una cara muy diferente a la mía. Yo nunca toqué a esa mujer, ni siquiera estando ebrio, quien sea el padre de su hijo, no soy yo —Luke hizo una pausa—. Está bien, no la cuelguen si les dan remilgos de conciencia, pero ya lárguense de aquí y llévense a esa zorra, métanla en prisión o lo que quieran, pero están avisados que si vuelvo a verla sea donde sea, le meteré un tiro en la frente —amenazó Luke, ya volteando para meterse a la casa.

Mientras los tres acusados eran arrastrados por el alguacil y sus hombres, ante los gritos desaforados de Delilah y las quejas de Jasper, también sobresalía las del propio Rufus.

—¡No quiero morir! Puedo testificar de todo lo que hicieron ellos.

—¡Estúpido traidor! —Jasper intentó desasirse del amarre, para golpear a su criado desleal, pero era imposible

—Pero todavía queda pendiente que hacer con el cuerpo —observó el magistrado

—Dádselo a los lobos —ordenó Luke— Esa basura no merece una tumba.

Mientras se los llevaban, casi todos los vaqueros que fueron confinados en los establos por Jasper, entraron a la zona para vitorear el regreso de Luke, quien lentamente entraba a la casa, cargando a Matilda, quien sonreía débilmente pero completamente entregada a esos brazos que la arropaban con tanta calidez.

.

.

.

Luke debería estar absolutamente cansado, pero sin embargo se daba el tiempo para pasar la esponja por el cuerpo de Matilda.

Ambos estaban metidos en la tina caliente, disfrutando del agua y de la compañía mutua.

Pasaron casi cinco días desde el regreso casi milagroso de Luke y esos días él los pasó recuperando fuerzas y cuidando a Matilda, quien había resultado herida con el bastón de Jasper.

Ahora juntos en aquella tina, se comportaban con perfecta naturalidad, como si fueran una antigua pareja de años; Matilda aún seguía conmovida con el relato que les dio Luke del infierno de emboscada que preparó Gideon en complicidad con los Raffles. Salvo el cowboy herido como carnada, fue afortunado que nadie perdiera la vida en aquella brutal represión.

Luke se enfrentó a Gideon, y fue una decisión del propio Brazo de Hierro lo que hizo que la lucha cuerpo a cuerpo terminara cerca del peñasco, en un intento de Luke por alejarlo de sus hombres y darles tiempo de huir, porque ese idiota de Gideon era bastante perjuro y podía disparar por la espalda a esos vaqueros que vinieron con él.

Con tal mala suerte, que ambos cayeron al vacío.

Gideon se fue al fondo y si no lo mató el golpe de la caída, terminó por rematarlo el fuego del incendio forestal que se suscitaba abajo.

Luke quedó pendido de una roca, sujetándose con una sola mano. Pensó que no podría aguantar mucho tiempo, pero pudo alzar el otro brazo y finalmente entrar dentro de las cuevas del peñasco donde se refugió unas horas.

Gideon alcanzó a herirlo y el cansancio que le produjo el sostenerse para no caer al vacío acabó por dejarlo exhausto.

—La ambición de esos hombres casi lo destruye todo…—comentó Matilda, con ojos vidriosos, ya que aún lamentaba lo que Luke sufrió.

Él le acarició suavemente el rostro.

—Es que, si construyes algo que valga la pena, alguien querrá tomarlo —comentó Luke, quien era perfectamente consciente que nunca se libraría del todo de eso, pero volvió a sonreír y cambiar su tono de voz—. Pensé que iba a morir…y en esos últimos momentos, sólo me venía el arrepentimiento de no haberte dado una nueva familia porque ya la perdiste una vez…

—Si estabas muerto, hasta la fraguada horca de Jasper me parecía apetecible —Matilda se acercó y se pegó al cuerpo desnudo y mojado de su amado—. No me vuelvas a dejar, no sé si pueda soportarlo.

Él la abrazó, acariciando su espalda desnuda.

—A la familia no se la abandona…y tú eres parte de ella ahora —dijo él con voz aterciopelada, haciendo que sus miradas se encontraran porque ella se incorporó a mirarlo al oír aquella frase.

No hubo necesidad de palabras para responderle. Se besaron apasionadamente y Luke volvió a hacerle el amor en esa agua tibia, que comenzó a perder calor con el ímpetu de ambos amantes.

La vela se apagó y ninguno de los dos se dio cuenta que de la penumbra.

.

.

.

Lydia volvió a releer la carta que recibió hace una semana.

Era de Gideon y llegó con retraso, porque la misma estaba fechada hace casi cuatro semanas, pero el correo desde Texas a Boston tuvo algunos problemas.

Y llegó en un momento oportuno, necesario para hacer planes.

Jeremiah, su esposo tenía varios problemas graves por el déficit de depósitos en el banco. Muchos clientes lo denunciaron por robarse el dinero y los problemas con el alguacil y el alcalde eran pan de cada día.

Lo peor es que eran ciertos, porque Jeremiah efectivamente se robaba el dinero, pero fue demasiado estúpido y lo terminaron descubriendo.

Era humillante no poder salir de la casa, las damas que antes tomaban el té con ella se negaban a compartir espacio y la ignoraban.

Llevaban días pensando que hacer, y siempre la premisa fue huir.

La primera opción era Trixera, pero el sitio estaba en ruinas. Peor aún no pudieron venderlo al Ferrocarril porque los documentos aun

necesitaban una firma de la heredera, Matilda.

El abogado de Jeremiah, que era otro estafador, cometió un error y no pudo subsanarlo. Tampoco pudieron engañar a los representantes del ferrocarril, quienes exigían la presencia de la heredera Matilda Tulstan para avalar la venta.

Si esa estúpida no hubiera escapado, no habría problema.

Pero la carta de su ex amante estaba plagada de buenas noticias.

Gideon le contaba que encontró a Matilda y daba los datos de su localización. Que tenía que matarla, pero también le daba a conocer un hecho muy interesante, que la misma vivía en un rancho enorme en Texas de un hombre muy rico, sospechoso de haberse robado el oro confederado de la guerra. Que se estaba conformando un complot para arrebatarle su dinero con ayuda de su administrador y de una mujer que parecía ser su prometida o algo así.

Con el apoyo de ellos y una flota de malhechores de la zona, pensaban emboscarlos y matarlos. Luego repartirse el dinero.

Gideon le decía a Lydia, que aprovechara ella de venir a sacar una tajada también, que su prima Matilda estaría en el bando de los asesinados.

Con eso el panorama cambiaba, ya que si iba a Texas y conseguía un documento que certificaba la muerte de su prima, eso le ayudaría a vender Trixera finalmente e inyectarse de un capital que necesitaban.

Lydia se sentó, tocando suavemente su barbilla.

Con el dinero de la venta de Trixera y si lograban sacar algo de ese ranchero que decía Gideon, su suerte cambiaba totalmente.

Ya no podían seguir en Boston, porque todos los días venían acreedores a golpear la puerta e incluso esa estúpida criada malagradecida Matty tuvo el atrevimiento de denunciarla ante el alguacil, por los reiterados maltratos y también porque Lydia insinuó con venderla para hacer dinero, algo que estaba absolutamente prohibido ya que la esclavitud estaba proscrita y aun resonaban los ecos de la guerra reciente.

Lydia reía pensando en su prima y su tío.

Ambos lo perdieron todo, gracias al ingenio malévolo de Lydia.

Cuando vivía en Trixera, la prima infiel y celosa cometió sinfín de malas acciones para dañar a su prima, desde esconderle ropa, dañarle sus objetos e incluso cosas más graves como soltar una serpiente venenosa en el jardín para que se topara con ella o pinchar a su usualmente dócil caballo para que la echara.

Envidiaba su belleza y talante, viéndose obligada a vivir bajo su sombra, observando como ella tenía todo lo que Lydia no. Peor aún, esa desgraciada era un petulante, pero Lydia esperó pacientemente y fue lo suficientemente astuta para sacarle todo lo que Matilda anhelaba, como era el amor de Jeremiah.

No fue difícil para ella seducirlo y asestarle a Matilda aquel golpe, ya que Lydia aprendió artes amatorias de una mujer de un burdel, a quien pagó para que le enseñara todo lo necesario para complacer a los hombres. Todo a escondidas de su tío y prima, ella fingía que asistía a bordar en el convento cuando la realidad es que se preparaba para sobrevivir y prevalecer usando sus encantos de mujer.

En una de aquellas visitas, se topó con un cliente que venía a visitar a la prostituta que enseñaba a Lydia. El hombre más atractivo que Lydia hubiera visto nunca. Él no se mostró indiferente, encantado de que se tratara de una mujer decente que aprendía de otras indecentes.

No tardaron en convertirse en amantes intermitentes, ya que luego la guerra los separó porque él se enlistó y ella era del bando contrario, pero eso no impedía sus fogosos encuentros en cualquier sitio. Solo bastaba una nota secreta y Lydia sabía que debía estar lista.

En el fulgor final de la guerra, decidió que debía sacar a su tío David del camino, así que Lydia escribió una carta al comisionado encargado de los asuntos militares confederados, avisándole que Trixera era una finca con suficientes provisiones y que el propio dueño, David Tulstan podría llevarlos al frente. Firmó con el nombre de Matilda.

Pero que, al enviar la orden, debían asegurarse de no mencionar la primera carta para que David sintiera que lo llamaban por honor.

Los agentes confederados, quienes, necesitados de hombres, armas y provisiones, desahuciados hasta la medula por el cerco impuesto por la Unión, respondieron con la carta donde pedían a David Tulstan que llevara las provisiones.

David nunca volvió, como previó Lydia.

Ahora solo faltaba darle una lección a Matilda, ya que, sin la protección de su padre, ella estaría más desvalida.

Ella fue quien le pidió a Gideon que atacara a su prima, y luego robara las provisiones que Matilda mantenía en el hoyo.

Si la mataba allí, Lydia podía esperar un tiempo prudencial para pedir ser nombrada heredera de Trixera a falta de David y Matilda.

Para su horror, Matilda sobrevivió y Lydia le perdió la pista a Gideon, sólo supo lo que ocurrió varios meses después, poco antes de que marcharan rumbo a Boston, cuando su amante le avisó de que apenas sobrevivió.

Cuando eso ya Lydia se preparaba para seducir a Jeremiah, lo que finalmente ocurrió. Se dio el gusto y placer de tener como sirvienta a Matilda por casi dos años, cobrándole con creces todas las humillaciones.

Y ahora de nuevo, Lydia se preparaba para tomar ventaja.

Jeremiah estaba desesperado y la idea de su mujer de huir a Texas fue tentadora. Juntarían el dinero de los clientes que aún tenían guardado en las cajas de seguridad de su quebrado banco y se marcharían.

Con el documento certificado de la muerte de Matilda, podrían vender Trixera y comprar algo en Texas, echar raíces y abrir un nuevo banco, captando el dinero que Gideon y sus secuaces tomaran de aquel ranchero tan rico.

Jeremiah corroboró la información sobre aquel texano. Las noticias eran certeras, era dueño de un rancho enorme y una gran fortuna. Por lo bajo, algunos murmuraban que podría tratarse del oro confederado perdido.

Los esposos ya podían saborear la idea.

A Jeremiah no le sería difícil atraer con su verba a la viuda o la heredera de ese ranchero, ofreciéndole sus infalibles servicios financieros.

Celebró con su mujer el plan y comenzaron a preparar el viaje. El hombre ignoraba que el tal Gideon era amante de Lydia, ya que ella lo presentó como un medio hermano.

Huyeron una medianoche, llevando sólo los baúles con el dinero robado y sus ropas. La casa pronto sería embargada así que Jeremiah vendió todos los objetos de valor una noche antes.

Tomaron el ferrocarril, esperanzados y listos para emprender esta nueva aventura.

Antes de emprender, Lydia le escribió una carta a su amante, avisándole que irían en una fecha determinada, siempre y cuando le llegara una respuesta de él, avalando el plan.

La respuesta, aunque corta llegó una semana después. Le decía que él enviaría a un hombre de su confianza a recibirlos, para no levantar sospechas de su marido.

Tras unos días de viaje, en la estación de Abilene fue imposible ignorar a dos viajeros tan elegantes como Lydia y su marido, así que muy pronto el hombre que se presentó como Walt Raffles, enviado de Gideon, no tardó en hallarlos.

Ya los esperaba con una carreta, que Lydia odió por ser tan simple y el tal Walt hablaba tan poco que era imposible preguntarle algo.

Lo único que les dijo que tenía órdenes de llevarlos al rancho de los Raffles, donde Gideon los aguardaba. Tenían una hermosa habitación lista y no era necesario que alquilaran una habitación de hotel.

Jeremiah, encantado de no gastar dinero aceptó con gusto.

El viaje hacia la mentada finca comenzó, y aunque el polvo y el sol ya comenzaban a poner nerviosa a Lydia, la perspectiva de fortuna que se mecía ante sus ojos suplía cualquier deficiencia.

Salieron del pueblo, y ya sólo se veía un ambiente árido y desolador, que Walt advirtió era el camino a la finca.

Tras dos horas de viaje, con un silencio ensordecedor por parte del guía, finalmente pararon, pero en el sitio no había absolutamente nada.

—¿Por qué paramos? —exigió saber Lydia, sacando su cabeza por la ventanilla

Pero quedó paralizada que el cochero había bajado y la apuntaba con un arma.

—Bajaos de la carreta en este mismo momento —la amenazó.

—¿Qué ocurre? —Jeremiah despertó de su siesta y se topó con la dramática escena.

Los esposos tuvieron que levantar sus manos en señal de rendición.

—¿Dónde está Gideon? —exigió saber Lydia mientras bajaba, no dispuesta a rendirse hasta tener claro el panorama.

—Pudriéndose en algún lugar —anunció Walt—. Murió hace casi un mes cuando peleaba contra el rey del ganado.

—¿La carta? —Lydia comenzó a temblar por la respuesta—. Él no puede estar muerto…él prometió que haríamos una fortuna.

—Yo sabía que ese idiota tenía un amorío con una muchacha con dinero y que vendría pronto, y cuando los planes cayeron, yo fui el único que pude escapar —Walt sonrió maquiavélicamente—. Cuando llegó la carta, yo estaba escondido en la finca y se me ocurrió responder, y funcionó —el hombre los hizo bajar y alejarse de la carreta—. Todos los baúles que trajeron son míos ahora, necesito huir de esta región. No voy a quedarme a esperar que me atrape el alguacil o peor que lo haga Brazo de Hierro…

Jeremiah y Lydia estaban paralizados oyendo.

El hombre los estaba asaltando y abandonando en aquel desierto.

Pero cuando Walt se disponía volver a subir al mando de la carreta, Lydia fue directamente hacia él, y Walt le dio una bofetada que la lanzó al suelo.

—Quieta, si no quieres que también te viole —la amenazó

Jeremiah, lleno de miedo observaba la escena sin intervenir.

Después de oír que Lydia tenía un amante, no iba a mover un dedo por esa golfa.

Lydia comenzó a lagrimear, no por el dolor del golpe, sino porque prácticamente todos sus sueños y proyectos caían en picada con ello.

—Si Gideon está muerto ¿Dónde está esa mujer que él debía asesinar? La que trabajaba en ese rancho tan grande —Lydia no pensaba dejar que ese forajido se marchase antes de que le confirme la muerte de su prima.

Walt hizo un gesto de extrañeza, y luego pareció entender.

—¿Te refieres a la esposa de Brazo de Hierro? Se acaba de casar con el rey del Ganado. Ese maldito es un inmortal, no sé cómo diablos pudo sobrevivir…y tampoco me quedaré cerca para averiguarlo.

Fue un baldazo de agua helada para Lydia.

—Ella no puede estar viva…y casada con un hombre así.

Walt rió a carcajadas.

—Te aconsejo buscarte una rival más a tu altura…hasta ese idiota de administrador que era nuestro aliado terminó siendo colgado por las autoridades. A la mujer, que se suponía era la novia de Brazo de Hierro, la enviaron a una prisión de mala muerte…—recordando el destino de esos infelices—. Ustedes no son nada…

Pero Lydia, quien sabía sobrevivir y planear, no iba a dejar que Matilda tuviera un final feliz.

Se levantó repentinamente.

—Si me ayudas a entrar a su rancho, te diré donde fue que ese tal Brazo de Hierro enterró el oro confederado.

Eso hizo que Walt volviera a girar, mirando a la mujercita.

Lydia pensaba que su voz disuasiva surtió efecto, pero el hombre volvió a abofetearla y Lydia regresó al suelo.

—No intentes engañarme, no volveré a caer en ese cuento. No quiero volver a saber nada de Brazo de Hierro ni de su mujer, me largo…

Walt subió y se marchó sin mirar atrás, mientras Jeremiah intentaba perseguirlo, pero no hubo caso.

Lydia en el suelo, se retorcía de rabia y celos.

Estaban solos en el desierto, con nada más que una cantimplora vacía.

La mujer comenzó a llorar de la cólera y la irritación.

Jeremiah comenzó a gritar y en un arranque también comenzó a golpearla.

—¡Esto es culpa tuya, perra infiel! Si me hubiera casado con Matilda y no contigo, nada de esto hubiera pasado. Ahora ella es una especie de reina aquí en Texas y nosotros víctimas de un estafador ¡por tu culpa!

Lydia lo empujó para defenderse, pero él se le puso encima para ahorcarla, pero Lydia encontró una piedra y le golpeó la cabeza con todas sus fuerzas.

Jeremiah cayó muerto en ese mismo momento sobre ella.

Lydia empujó el cadáver, intentando normalizar su respiración y tocándose el cuello, mientras el sol abrasador se cernía sobre ella, quemando hasta sus pensamientos.

Luego se desmayó y perdió la noción del tiempo.

Cuando despertó no supo cuánto tiempo había transcurrido.

A lo lejos podía ver el cadáver ya oloroso de Jeremiah, y los buitres revoloteando a su alrededor. El sol y la sed comenzaban a enloquecerla.

En su delirio, creía ver en el horizonte, a su prima y a su tío David riéndose de su desgracia y principalmente de ella, como siempre hicieron, mientras su cuerpo, apenas cubierto con un vestido ya hecho jirones, se abrasaba al sol bajo un cielo indiferente a sus suplicas.

.

.

.

Matilda, sentada en el porche sonreía de lado viendo el sermón que Rose les daba a Tucker y a Daisy; esos dos tendrían que poner

fecha a su boda o recibirían regañinas hasta el fin de los tiempos.

Frankie reía a carcajadas y en tanto Wyatt observaba intentando disimular la risa.

Los aires nupciales resoplaban aun en el rancho, porque hace quince días atrás, en una ceremonia sencilla pero emotiva bajo el árbol de roble se celebró la boda de Matilda y Luke, bajo el padrinazgo de Leroy.

Ahora ella era la señora Garrett y le resultó muy divertido ver la sorpresa que le dieron a todos cuando supieron de su romance y que fuera en serio.

Por primera vez, Rose le dio un abrazo en un gesto plagado de disculpas.

Luke no quiso esperar para la boda, decía que el tiempo no había que perderlo.

Él, protector y leal juró que nadie volvería hacerle daño a ella y su imponente presencia disuadía a cualquier amenaza del pasado.

Pero el divertido momento se vio cortado cuando vio a su marido llegar con el alguacil en compañía de otro hombre de aspecto impecable; posiblemente algún abogado.

Hace poco el alguacil le informó que Nanny West fue liberada luego de comprobarse que fue otra víctima más de Jasper, ya que fue obligada a firmar aquel manifiesto falso. Matilda ya no quería saber más nada de ellos, con enterarse que Jasper fue ejecutado era suficiente, no estaba interesada en el destino que le darían a Delilah, quien seguía presa.

—Querida, este es el abogado del ejército, el señor Collman y trae unas noticias para ti —le informó Luke, poniéndose del lado de su esposa. Estaba muy serio porque evidentemente ya las sabía.

—Yo estoy aquí, porque coincidimos en la jefatura y me ofrecí a mostrarle el camino del rancho—informó el alguacil quitándose el sombrero—. Temo que no traigo buenas noticias, señora Garrett, se han hallado dos cuerpos, de un hombre y una mujer en el camino desértico y luego atrapamos a Walt Raffles cuando huía hacia Arkansas y nos confesó que eran parientes de la señora Garrett.

El alguacil siguió relatando más datos. Eran los señores Morley de Boston y huían de la justicia allí. Walt Raffles los engañó para robarles, pero también confesó que la pareja no parecía tener buenas intenciones con la señora Garrett.

La mujer mató al esposo a golpes y ella murió de inanición.

Matilda escuchó el final de sus dos primos. Esperaba sentir algo, pero no pudo.

Lydia y ese hombre la traicionaron, eran capaces de lo peor, así que probablemente ese Raffles decía la verdad.

Luke miraba a su esposa, esperando su resolución.

—No me haré cargo de sus cuerpos, si es que viene a consultar eso —refirió Matilda muy seria, no pensaba tener remordimientos por esos dos.

Tenían el final que se buscaron en vida.

El abogado del ejército, con el sombrero en la mano fue el siguiente en hablar.

Traía noticias de David Tulstan.

Al oír el nombre de su padre, Matilda casi se cae al suelo, pero fue sostenida fuertemente por su marido.

El abogado le narró que David Tulstan murió por una bala a traición y su tumba fue identificada hace unas semanas. Que, por respeto a su familia, el ejército enviaba a un abogado para informar.

Matilda oyó las noticias mientras se deshacía por dentro.

Pero lo peor fue cuando el abogado le mostró una carta vieja que cuando Matilda lo leyó, inmediatamente reconoció la letra de Lydia.

Obviamente el ejército buscaba deslindar responsabilidades.

Su prima había forzado que enviaran a su padre al frente. La muy traidora firmó como si fuera Matilda. Ella lo había matado.

Conocer esa verdad fue más de lo que pudo soportar, aunque estaba fuertemente sostenida por su esposo, acabó desmayándose y perdiendo el conocimiento.

.

.

.

A pesar del dolor por la confirmación de la muerte de David Tulstan y el cierre del negro capítulo de Lydia en su vida, otra alegría se cernió en el rancho.

El desmayo aquel día sólo fue un aviso de que un heredero del rey del ganado venía en camino.

La siguiente vez que el abogado del ejército se presentó en el rancho fue para traer en un cofre los huesos del padre de Matilda; ella hubiera querido llevarlo a Trixera, pero prefirió enterrarlo en el cementerio del rancho, para tenerlo cerca. Además, Luke no le permitiría nunca un viaje de esa magnitud en su estado ya que su hijo estaba por nacer.

Pero como ella misma le dijo a su esposo, con estas revelaciones finalmente su padre podría descansar en paz y la causante de esa desgracia ya estaba muerta, no valía lamentarse más.

Sólo sobrevivir, tal y como había hecho hasta ahora, con la clara consciencia de que recuperó Trixera, como un legado para sus hijos.

A David Tulstan le hubiera gustado que sus nietos se encargaran de aquella tierra que él tanto amó.

.

.

.

Matilda sentada sobre la piedra miraba a su familia, con quienes salió a tomar algo de aire fresco, al bosque cercano al rancho.

Tres hijos varones revoltosos que todo el tiempo andaban tras su padre, recorriendo las tierras con él y persiguiendo ganado. Matilda se quedaba en la casa, supervisando todo a la espera que sus hombres regresaran.

Estas salidas familiares eran diferentes, porque además de incluir a la madre, eran un descanso para Brazo de Hierro, quien siempre estaba muy ocupado.

—¡Padre dijo que el que sea capaz de subir sobre *Viento Oscuro* sin ayuda, será quien irá con él a la feria de Arkansas!

—¡Apenas puedes con un pony!

—¡Y tu ni siquiera puedes con la mula de Rose!

—¡Madre, intercede por mí!

Y comenzaba una nueva discusión, la de todos los días.

Mientras los niños se enfrascaban a ello, Luke se sentaba junto a Matilda y le cogía las manos para besarle los nudillos.

Ambos eran absolutamente inmunes a los nervios que producían esos niños.

—Tomamos el camino más largo, pero mira lo lejos que hemos llegado, mi amor…—le murmuraba él mientras le besaba los labios antes de que los niños volvieran a interrumpirlos.

Ella se dejaba besar y se llevaba la mano a la medalla que tenía colgada al cuello.

Era el trozo de caballito de madera que Luke le dio hace muchos años atrás, en Trixera, en otra vida y que Matilda hizo enmarcar en una medallita.

—Nunca entenderé como fue que un hombre como yo, acabó con una mujer que hace que el cielo sea pequeño….

Muy lejos quedó el pasado, de una Matilda prófuga y sin un lugar donde volver. Sin familia.

Ahora tenía un hogar y un legado que proteger.

FINAL.